

ota

Completo.

78/1

# PTO

*revista de documentacion social*

ENERO



pta.

Ayuntamiento de Madrid



**CUADERNOS DE CULTURA** formará su inteligencia sin el menor esfuerzo mental ni sacrificio económico.

La revista **ORTO** le formará su conciencia, leyendo a los grandes maestros de la sociología contemporánea.

Los **CUADERNOS DE CULTURA** le presentan, poco a poco, en dosis asequibles al menos apto, todos los conocimientos humanos.

La revista **ORTO** los humaniza y enfoca hacia una sociedad más justa, creando ciencia sobre la desgracia del trabajador.

**No deje de contribuir a este gran  
esfuerzo desinteresado de cultura  
y emancipación social**

Haga usted una

## **Suscripción combinada**

a las dos publicaciones, y por

**11'50 Pesetas**

podrá recibir

12 números de

**CUADERNOS  
DE CULTURA**

y 6 números de la

**Revista ORTO**

## **ORTO**

*Revista de documentación social*

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

### **SUSCRIPCIÓN**

España.

Semestre..... 6 pesetas.

España y América.

Un año..... 12

PAGO ANTICIPADO

*Dirigir toda la correspondencia a*

MARÍN CIVERA

Calle de Luis Morote, 44

VALENCIA (España)



# Orto

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAU

Año II Núm. 11

Valencia, en. 1933

## La organización política... o administrativa

### IV

**E**s a propósito, con todo conocimiento de causa empleo estos dos términos para designar una misma cosa.

Para la inmensa mayoría de la gente, la palabra «política» tiene un sentido netamente picaresco. Vulgarmente significa una cosa poco recomendable, en la cual la traición, la «martingala», la deslealtad, la ambición malsana, el deseo de gozar, de dirigir, de mandar, encuentran un sitio apropiado, y este conjunto está caracterizado por la palabra «política».

Para la mayoría, la casi totalidad, el que se ocupa en la política, el político, es un ser más o menos vil, tarado, cobarde y embustero.

Comúnmente se dice de un político: «Es un *camaleón*», para indicar que cambia frecuentemente de ideas, de convicciones, de doctrina; para indicar que lo subordina todo a su llegada al Poder y al ejercicio de este último.

Aunque la palabra «política» tenga un significado diferente, y todo el mundo admita que es el *arte de gobernar*, sin añadir a esta significación un carácter necesariamente picaresco, hay que reconocer que, en la práctica, para el pueblo, el sen-

tido vulgar es el que prevalece y no sin motivo.

No es, pues, extraordinario, en definitiva, que el sistema político, y más aún los políticos, estén desacreditados y que el descrédito se extienda hasta el porvenir; que el mero hecho de pronunciar la palabra «política» provoque una especie de *repulsión instintiva*.

Así, pues, me parece necesario sustituirla aquí por la palabra *administración*. Sobre todo, que no se crea que se trata pura y simplemente de reemplazar una palabra con otra con el único deseo de cubrir con una nueva bandera un sistema condenado por la opinión general.

No; tengo para ello otra razón, una razón poderosa, indiscutible, de un indudable valor.

Como todos los teóricos y prácticos de la acción social que creen que el sistema capitalista debe ser completamente destruido y que el nuevo sistema social no debe admitir nada del antiguo, para su construcción, tengo la absoluta convicción de que *el gobierno de los hombres tendrá que ceder su sitio a la administración de las cosas*. Esta era también la opinión de Proudhon y yo la comparto plenamente.



Contrariamente a Marx, Engels y sus discípulos modernos, no creo en la necesidad del Estado provisional, en la eliminación progresiva de sus funciones, en la desaparición automática y fatal de aquel Estado, decretando su propia muerte.

En cambio, estoy completamente convencido de que hay que hacerlo desaparecer desde el principio de la Revolución e impedirle renacer, bajo cualquier forma que fuese.

Una concepción como esta implica, necesariamente, la desaparición completa del sistema político actual, cuyo coronamiento es el Estado, y la abolición total de todo sistema susceptible de conducir a la creación de un nuevo Estado.

En este punto, todos los antiautoritarios, todos los federalistas, sean anarcosindicalistas o comunistas-anarquistas, tienen que estar de acuerdo.

La solución de este problema es fácil.

Puesto que no se trata ya de *gobernar a los hombres*, sino de *administrar las cosas*, en provecho de la colectividad entera a base de una *estricta igualdad social*, es una cosa indicadísima el dar al conjunto de los engranajes que constituirán la nueva organización el nombre de *administración*.

Se llegará prácticamente a este resultado, no por medio de una *eliminación progresiva* de las funciones políticas, sino con una *sustitución inmediata y total* de las funciones políticas con las funciones administrativas.

En una palabra, un *sistema administrativo* reemplazará automáticamente y en definitiva al *sistema político actual*.

Cuando digo, por ejemplo, que habrá que poner al *hombre necesario en el sitio en que haga falta*, no imagino ni por asomo, afirmar que se trate, en especie, de un hombre político, de un hombre de Estado, de un político. Tampoco me refiero a no sé qué idea, que se me atribuye gratuitamente, de «superestructura política», estimada por Jaurés y sus discípulos intelectuales.

Precisamente es todo lo contrario lo que está en la imaginación mía. Cuando hablo de aquel *hombre necesario en el sitio que hace falta*, me refiero a que, en el sitio mismo del trabajo: en la fábrica y en los campos, en todas partes donde se ejerza la actividad humana, los trabajadores de-

ben esforzarse en designar, para representarlos temporalmente, a *los más capaces y los más dignos*, sin que éstos tengan la posibilidad de sustraerse a su control permanente y vigilante.

Esto quiere decir que, en las mismas condiciones, deben elegir a los que, en su nombre y temporalmente, tendrán el cargo de administrar el conjunto de *las cosas* para el único provecho de la colectividad.

Y que no vengan a decirme que es imposible «medir» la capacidad del técnico, del delegado de fábrica, de astillero o de granja, del *administrador*. ¿Su capacidad? Pues ésta será demostrada por medio de sus actos cotidianos, y si se conserva a un incapaz es porque se habrá querido... y se lo merecerán por su propia incapacidad.

Tanto más imposible es medir la capacidad —y más aún la buena fe— de un político, cualquiera que sea, cuanto que es fácil, por el resultado, por medio del control directo y severo, juzgar la capacidad y las aptitudes de un administrador.

Me parece suficientemente concluyente la demostración y creo que no debo insistir en este punto.

● ●

Hechas estas aclaraciones necesarias, examinemos ahora la organización administrativa por la que, por necesidades de claridad, opto definitivamente.

Ante todo, ¿cuál será la base de esta organización administrativa?

El individuo. Por él y para él funcionará este sistema administrativo.

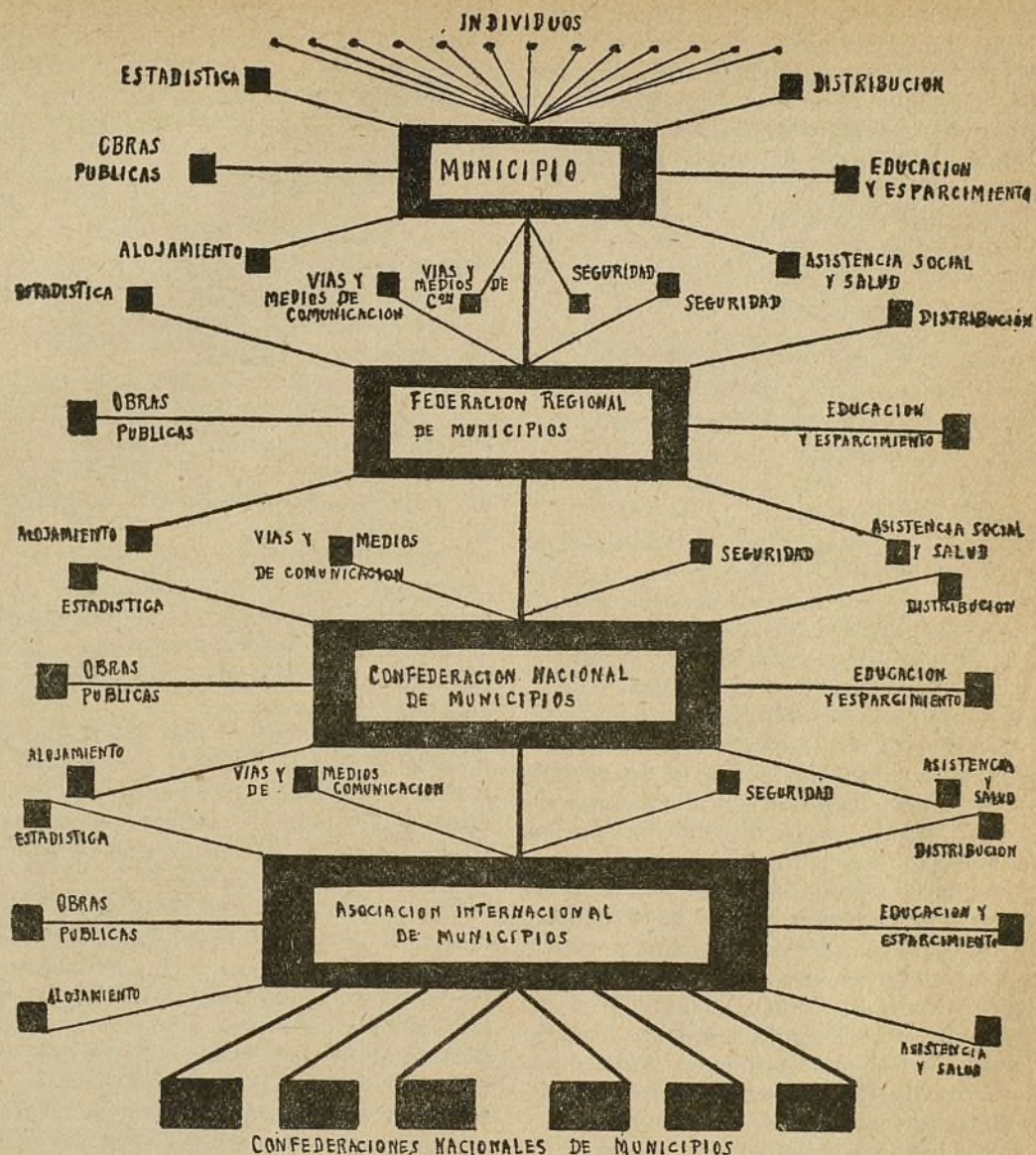
¿Para él? Porque se trata, aparte de la satisfacción de sus necesidades alimenticias, de asegurar al hombre la satisfacción no menos necesaria de todas sus restantes necesidades: alojamiento, circulación, educación, esparcimiento, asistencia, seguridad, etc.

¿Por él? Porque el individuo, asociado con sus semejantes, será el artífice de su propia felicidad; porque es él quien decidirá cómo entiende debe realizarla; porque él decidirá, actuará, ejecutará, en aquel sentido; porque él controlará a sus mandatarios, cuando reconozca la utilidad, la necesidad, la indispensabilidad de ellos.

Como el trabajador, será a la vez el *motor y el inspector* del sistema administrati-



# IV y V. PLAN DE LA ORGANIZACION ADMINISTRATIVA Y SOCIAL



vo que habrá creado en todas sus partes para su uso.

La institución será a imagen suya. Querrá lo que él quiera. Ni más ni menos. Sólo dependerá que aquélla marche, lo más rápidamente posible, hacia la perfección y que, al contrario del Estado, ella se elimine a sí misma progresivamente.

¿Cuál será mientras tanto la célula inicial, fundamental, esencial de aquella organización administrativa? Con toda seguridad, será el Municipio.

¿Por qué? Porque, por su delimitación, que es determinada por la fuerza de atrac-

ción y de radiación de la Unión Local de Sindicatos, célula básica de la organización económica, permite, por su carácter, a todos los que habitan en su extensión interesarse e *inspeccionar directamente* la marcha de este engrane administrativo.

Dotada de una vida animada, que proviene de la actividad económica de los Sindicatos que componen la Unión Local, constituye un centro completo, hacia el que convergen fácilmente todos los esfuerzos. Allí es donde se ordenan y coordinan estos esfuerzos para el más grande beneficio de todos.



La existencia simultánea del Municipio y de la Unión Local de Sindicatos es una necesidad absoluta. Evita la confusión de las tareas, que no dejaría de producirse si el Municipio estuviera encargado de las tareas económicas y administrativas, si era lo que fué al principio de la Revolución rusa el SOVIET.

Cada cual debe realizar la tarea que le incumbe: en los Sindicatos, el trabajo económico; en los Municipios, los asuntos administrativos. Este es el único medio de evitar el caos, la confusión y el enredo. Sólo de esta manera, de organismo a organismo, de engranaje a engranaje, se podrá establecer sobre el mismo plan la trabazón indispensable para el buen funcionamiento de la organización general del sistema social entero.

¿Cuáles serán las tareas administrativas del Municipio?

Deberá de ocuparse de todo lo que interese al individuo, aparte de su trabajo; tendrá a su cargo el satisfacer todas sus necesidades materiales y morales.

De esta manera, el Municipio deberá interesarse en toda la extensión de su jurisdicción en todos los trabajos de urbanización de la ciudad, en el alojamiento de los habitantes, en la distribución de los géneros y productos puestos a su disposición por la Oficina de Intercambio y de Reparto de la Unión Local; en la higiene, en la estadística de la población y de sus necesidades; en la seguridad, en la educación, en la asistencia, a las cuales tienen todos derecho del nacimiento hasta la muerte; en el establecimiento y el mantenimiento de los medios de comunicación locales.

Para llevar a cabo estas tareas, que representan todas un carácter particular, los Municipios deberán tener a su disposición los engranajes técnicos apropiados, servicios competentes y capaces de asegurar las tareas que les incumban, cada cual en su dominio respectivo.

Estos servicios diferentes me parece que tienen que ser los siguientes:

1. Distribución.
2. Educación y esparcimiento.
3. Asistencia social y salud.
4. Estadística.
5. Obras públicas.
6. Alojamiento.
7. Seguridad.

#### 8. Vías y medios de comunicación.

De su buen funcionamiento, de su enlace entre ellos y los engranajes económicos correspondientes, dependerá la buena administración del Municipio, del que se encargarán de asegurar la actividad social.

### Federación Regional de Municipios

Igual que los Sindicatos deben federarse industrial y regionalmente, los Municipios de una misma región deben establecer entre ellos un lazo federal.

¿Por qué este lazo? No puede temerse que constituya una especie de reminiscencia estatal, una especie de poder enmascarado que apuntaría, por caminos tortuosos, más a gobernar que a la administración y a la gerencia.

Tranquilemos enseguida a los que pudieran temer que ocurriera semejante cosa.

La Federación Regional de los Municipios no es, no puede ser, una organización superior a los Municipios: el principio de un poder cualquiera.

No tiene por misión más que hacer posible la mutua ayuda y la solidaridad social entre los habitantes de los Municipios vecinos que tengan intereses comunes e idénticos, por el carácter mismo de su economía y de su producción.

Especialmente, en el seno de la Federación Regional de Municipios, cuya extensión corresponderá a la de la Unión Regional de Sindicatos, es donde se examinarán las cuestiones que sean susceptibles de interesar a varias o a todas las municipalidades federadas. Allí, también, es donde se compararán los diversos métodos administrativos y los resultados obtenidos, lo que permitirá eliminar los sistemas deficientes y garantizar los buenos.

Las Federaciones Regionales de Municipios serán, en cierta forma, los engranajes donde se elaborará el progreso social, gracias a la emulación beneficiosa, sin la intervención de una autoridad ni de violencia alguna.

### La Confederación Regional de Municipios

La Confederación General de Municipios, como la Federación Regional de Municipios o la de Sindicatos, es también



una federación que está compuesta, en cada nación, por las Federaciones Regionales de Municipios.

No puede, pues, como tampoco la Confederación General del Trabajo, constituir un engranaje central, director.

Es un órgano de coordinación, de regulación, y nada más.

Tiene por misión el estudiar los mejores métodos de administración social, compararlos entre sí, juzgarlos según los resultados obtenidos, estar constantemente al corriente de los trabajos realizados por los servicios regionales, vulgarizarlos por medio de la prensa, conferencias, proyecciones cinematográficas, estudiar los programas de los trabajos de interés general; facilitar el intercambio de información entre las regiones; entenderse con las Federaciones industriales interesadas en la ejecución de aquellos trabajos; seguir muy de cerca toda la vida social del país; enlazar y desarrollar las relaciones con las Confederaciones Nacionales de otros países.

En el plano local, regional y nacional, los Municipios federados y confederados celebran juntas con los Sindicatos federados y confederados, para examinar con ellos todas las cuestiones que interesen a la vez al trabajador y al individuo y poner en práctica los programas de los grandes trabajos a ejecutar.

### **La Internacional de Municipios**

La Internacional de Municipios es, también, una federación formada por las Confederaciones Generales de los Municipios de cada nación.

No ejerce, bien entendido, ningún poder. Es una especie de laboratorio universal donde se elabora, por medio de la comparación, el progreso social.

Informada de los trabajos ejecutados por doquier, siguiendo muy de cerca los ensayos realizados en todos los países, los presenta a todas las Confederaciones Generales que la componen, para que éstas obtengan enseñanza y fruto.

Sus comisiones de estudios, sus servicios técnicos, la ponen en disposición de interesarse de una manera constante y detallada en la vida de los pueblos y de sugerir a cada cual los mejores medios para mejorarla.

Estudia igualmente todos los proyectos de trabajos de carácter internacional, susceptibles de requerir, para su ejecución, el concurso de los obreros de varios países.

Se mantiene igualmente en relaciones constantes con la Internacional Sindical, encargada del estudio de los problemas económicos, y verifica, periódicamente, reuniones con aquélla para la solución de los asuntos que interesan a los dos organismos.

### **Funcionamiento de Municipios, Federaciones Regionales, Confederaciones generales e Internacionales de Municipios**

**EL MUNICIPIO.**—El Municipio está administrado por un Consejo municipal designado por el conjunto de los habitantes de la jurisdicción.

El número de miembros del Consejo será determinado por los mismos interesados.

Este Consejo es el que administra, en nombre de todos, el Municipio. Se reúne periódicamente y sus deliberaciones son públicas. Los consejeros deben dar cuenta de su mandato, entre cada sesión, ante el conjunto de sus mandatarios, reunidos en Junta general. Esta última es absolutamente soberana, inspecciona severamente la gestión del Consejo municipal, confirma y revoca a los consejeros en sus funciones y procede, cada año, al reemplazo, *por mitad*, de los administradores municipales, a fin de que haya siempre un determinado número de consejeros al corriente de la administración municipal.

Los consejeros continúan ejerciendo su actividad de trabajadores cuando no hay sesión, y el funcionamiento de los diversos servicios municipales está asegurado por empleados, inspeccionados por sus propios Sindicatos y responsables ante el Consejo municipal.

El Consejo municipal se reúne periódicamente con el Consejo de la Unión Local, para el examen de las cuestiones que interesan a los dos organismos, llamados a actuar constantemente de acuerdo.

### **La Federación Regional de Municipios**

La Federación Regional de Municipios está compuesta por todos los Municipios



situados en la jurisdicción de la Unión Regional de Sindicatos.

Está administrada por un Consejo Federal, formado por un representante de cada Municipio.

El Consejo se reúne periódicamente según las necesidades, y procede a un examen general de las cuestiones interesantes al conjunto de los Municipios de la región y pone sus trabajos en conocimiento de los Municipios federados.

Lo mismo que los consejeros municipales, los consejeros federales son responsables ante sus mandatarios y pueden ser reemplazados por aquéllos a discreción.

No actúan tampoco de una manera permanente; continúan ejerciendo sus actividades en los intervalos que dejan las sesiones, y los servicios son asegurados por medio de empleados, bajo su responsabilidad y bajo el control de los Sindicatos.

Los consejeros federales no ejercen, pues, poder ni autoridad.

### Confederación General de Municipios

La Confederación General de Municipios está formada por las Federaciones Regionales de los Municipios que existen en el conjunto del territorio de una nación.

Está administrada por un Comité Confederacional compuesto de uno o varios representantes de cada Federación Regional.

Este Comité se reúne periódicamente y en casos extraordinarios, si es necesario. Celebra igualmente Juntas generales con la Confederación General del Trabajo todas las veces que lo exijan las circunstancias, y forma con aquélla el *Gran Consejo de los Trabajadores*, que, con el concurso de las oficinas técnicas sindicales y sociales, examina todas las grandes cuestiones que interesan al conjunto de los trabajadores y de los individuos de las naciones.

El Comité Confederacional no está en sesión permanente. Sus miembros, como los de los otros Consejos, continúan prestando sus servicios en sus ocupaciones de costumbre y no pueden ejercer ningún poder ni autoridad. Son responsables ante sus mandatarios, que pueden siempre reemplazarlos.

Las Federaciones Regionales de Municipios y la Confederación celebran Congresos anuales, que tienen la misión de

examinar la gestión del Consejo y proceder, *siempre por mitad*, al reemplazo de los consejeros.

De esta manera, el administrador municipal, federal y confederal, está siempre situado bajo el control de sus mandatarios y no puede renacer ninguna forma estatal ni clase alguna de poder.

### La Internacional de Municipios

La Internacional de Municipios, compuesta por todas las Confederaciones generales, no puede ser —hablando propiamente— un verdadero órgano administrativo. Evidentemente, no puede desempeñar más que un papel de agente de enlace e información. No interviene real y efectivamente más que en las cuestiones que se refieran a dos o varios países, para establecer los acuerdos necesarios.

Su Consejo, formado por los representantes de cada central nacional, no delibera menos periódica y extraordinariamente para el examen de las cuestiones indicadas anteriormente y para estudiar los trabajos que le son sometidos por las Confederaciones Nacionales.

Con el concurso de sus servicios especializados, con la ayuda de sus Comisiones de estudio, el Consejo está en condiciones de conocer la actividad social que se despliega universalmente en todos los dominios.

Sus deliberaciones son puestas en conocimiento de todos los países, por medio de los correspondientes engranajes, para vulgarizarlos.

Los miembros del Consejo internacional, como los de los otros Consejos, no cesan en sus ocupaciones habituales y están bajo el control permanente de sus mandatarios.

Son reemplazados anualmente, en las mismas condiciones que los otros consejeros.

Como la Confederación, la Internacional celebra, con la Asociación Internacional de Trabajadores, Juntas generales donde se discuten los grandes problemas internacionales, que interesan a los dos organismos.

Tal me parece debe ser la organización administrativa indispensable para asegurar



a todos los individuos el máximo de bienestar y libertad.

Completamente federalista, se basa de hecho, como la de los productores, en el hombre mismo.

El la pone en movimiento y la dirige de tal manera, que es imposible que un poder cualquiera se establezca y amenace, por poco que sea, la libertad de los individuos.

Solidaria en todas sus partes, es capaz —con un mínimo de engranajes y servicios— de asegurar, en todos los dominios,

la buena administración de las cosas y la libertad de los individuos.

No creo que al salir del régimen capitalista sea posible situarse por debajo de este mínimo de organización, que no puede —en momento alguno— oponerse a la marcha hacia adelante y que se eliminará a tiempo y medida que nos aproximemos a la perfección humana.

**Pierre Besnard**



*La Nochebuena de los humildes. (Dibujo de Lingner.)*

Ayuntamiento de Madrid



## La prehistoria de la Internacional (1862-1864)

**N**ADIE pondrá en duda que inmediatamente después de la fundación de la Internacional, Carlos Marx, elegido en la sesión constituyente del 28 de septiembre de 1864, miembro del Consejo central de la nueva asociación, rindió a ésta un gran servicio con la redacción final de sus primeros documentos públicos (Reglamento con preámbulo y Manifiesto inaugural) y que desde entonces, con su talento natural, llegó pronto a ocupar una situación preponderante en aquel Consejo y la mantuvo hasta que, en 1872, aquella preponderancia se hizo insoportable hasta para una parte de sus antiguos camaradas y admiradores. Pero el hecho de que Marx no tomó parte alguna en el largo trabajo preparatorio de la fundación de la Internacional (1862-1864) es mucho menos conocido; al contrario, es una afirmación estereotipada en discursos y artículos lo de decir: «Marx, el fundador de la Internacional, o la Internacional salida de la idea o de la iniciativa de Marx.» Eso es una pura leyenda, pero que no es inocente ni inofensiva, puesto que ayuda a proclamar la intervención del marxismo en todo movimiento obrero, de un solo golpe. No se trata de Marx aquí, sino de los reiteradores de segunda y tercera mano que pronuncian las inexactitudes sin pensar nunca en comprobarlas.

En 1901 y 1902 conocí a un viejo socialista francés, Pierre Vesinier (1824-1902), proscrito del 2 de diciembre de 1851, miembro de la *Commune* de París, y en sus papeles encontré más tarde cartas y documentos de los años 1860 a 1870, que me han permitido redactar un trabajo sobre la prehistoria de la Internacional, que fué publicado en la revista histórica *Documentos del Socialismo* (en alemán; julio-agosto de 1905), dirigida por Eduardo Bernstein en Berlín; Bernstein, el socialdemócrata «revisionista», acaba de morir el 16 de diciembre de 1932. Este fué, en el período de 1895 a 1900 —Engels murió en 1895— uno de los marxistas que se levantó contra el dogma marxista, en de-

mócrata, no en libertario, como lo habían ya hecho Domela, Nienwasthuis, Cornelissen y otros. Viendo que el marxismo, en el momento que pudiera, tiraría por la borda las pretensiones demócratas (consideradas, por él, como encerrando un mínimo de garantías de libertad) y se haría «blanquismo» (bolchevismo), simple dictadura, Bernstein demostró aquellas disposiciones y las repudió. La opinión socialdemócrata fué desencadenada contra él, pero él la hizo frente, y gracias a esta actitud, más crítica en los siguientes años, publicó mi artículo, aunque aliviándolo en cierta forma con una observación de la editorial. Cuando fueron publicadas las cartas de Marx a Engels, en 1913, la del 4 de noviembre de 1864, ha demostrado que el relato del mismo Marx confirma mi comprobación de que Marx no se preocupó de la Internacional, hasta después de haber sido informado de su objetivo y haber sido invitado a la reunión constituyente. En 1924, en el primer volumen de los *Archivos de Marx y Engels* (en ruso; Moscú), N. Rjasanov se ha ocupado ampliamente de esta prehistoria y, disponiendo de toda la documentación marxiana —que constituye unas cincuenta mil páginas manuscritas por Marx y Engels, en originales o fotografías, en la biblioteca del Instituto Marx y Engels de aquella ciudad y de millares de impresos relativos a ellos—, no ha podido producir un solo documento contra mis resultados, excepción hecha de afirmaciones sin ninguna prueba en una biografía americana de Marx, la de Spargo, en 1910, afirmaciones que Bjasanov reconoce que son improbables y que las mismas cartas que inserta dicha obra parecen refutar. Tampoco aporta nada de nuevo el texto completo de las cartas de Marx (edición alemana de 1930). La carrera de investigaciones de Bjasanov quedó interrumpida de repente hace dos años, cuando cayó en desgracia y fué desterrado a una ciudad de provincia. Los historiadores rusos un poco in-



dependientes no tienen muchas probabilidades de vida. Kornilov y Bogutcharsky murieron y, en 1932, Polouski, que había publicado tantos documentos sobre Bakunin, murió también.

En España, esta prehistoria de la Internacional, por lo menos según las noticias que yo tengo, no fué jamás discutida, y la leyenda de que Marx es el que lo hizo todo, será también corriente. Antes de hablar en otros artículos de la Internacional misma, creo útil presentar esta prehistoria, pues sólo ella puede mostrar cómo se conformó y de quiénes se compuso este grupo notable de hombres, que desde el 5 de octubre de 1864 hasta fines de agosto constituyeron en Londres el Consejo central o Consejo general de la Internacional. La mayor parte de las voluminosas actas de estos casi ocho años están conservadas y son accesibles al estudio; se puede, pues, discutir ya este tema con datos muy reales y las leyendas quedarán desvanecidas.

En la segunda mitad de los años 1850-1860, los pueblos de Europa, abatidos por la reacción de 1848 a 1851, se reponían, y los Gobiernos mismos, que tenían aún una carta a jugar, las guerras, por ello mismo necesitaban algún apoyo en la opinión general y aflojaban un poco los lazos de la represión. El período progresista en España, 1854-56, fué de corta duración, es cierto, y Napoleón III trató, aún una vez más, de gobernar con ferocidad, en 1858, después del atentado de Orsini, como el absolutismo en Nápoles se creyó aún una vez salvado después de haber aniquilado la banda del revolucionario libertario Piscane, en Sapri, en 1857. Pero la Rusia quedaba aparte por la guerra de Crimea y hasta llegó a preparar la emancipación de los siervos; la gran unificación de la Italia se hizo inminente por la guerra de 1859 y sus resultas, en el Norte y en el centro, bien pronto, por la epopeya de Garibaldi en el Mediodía (1860); se preparaba la insurrección en Polonia de 1862-64, y una gran crisis del comercio en 1857-58 y las consecuencias del librecambio, preconizado por Richard Cobden, triunfante entonces en Inglaterra. De todo ello se derivaba una nueva animación entre

los hombres de ideas avanzadas, que sentían aproximarse un nuevo 1848 que, esta vez, debía encontrarlos mejor preparados y más unidos que entonces, cuando la reacción había triunfado separadamente, localmente, en cada pueblo.

Se conocían aún bien poco los pueblos entre sí, ni siquiera ingleses y franceses, y los problemas eran diferentes en cada nación. Así que en Inglaterra, contra los tradeunionistas moderados y rutinarios, surgieron entonces los jóvenes oradores y jefes dispuestos a arriesgar los fondos acumulados, en grandes huelgas, dispuestos a emprender campañas políticas enérgicas y organizadas en pro de la extensión del sufragio, inspirándose en la ideología de Mazzini, simpatizantes con los italianos y polacos en lucha por su estadismo nacional. En Francia, por el contrario, fueron los viejos, en París, y en el destierro (Londres, Ginebra, Bruselas, etcétera), los que estaban por la guerra infatigable contra el usurpador, Napoleón III, y en pro de un socialismo rígido, mientras que la joven generación, educada en pleno imperio, a partir de 1852, sobre todo entre los trabajadores, cultivaba durante muchos años un republicanismo bastante ponderado, sin empuje; solamente algún tiempo más tarde por Blanqui, por los estudiantes, por los trabajadores de temple más robusto, dichos trabajadores fueron empujando hacia adelante, y los socialistas de la proscripción nunca se fiaron completamente de ellos. Había una diferenciación semejante entre los trabajadores avanzados alemanes, de los cuales, los que estaban en el destierro, eran intransigentes como Marx, mientras que los del país hasta se inclinaban pronto a la política preconizada por Lassalle que, él mismo, republicano rígido, por lo menos hubiera tratado de potencia a potencia con Bismark, como algunos en Francia hubieran tratado así con Napoleón III, y como muchos republicanos en Italia trataban verdaderamente con Cavour y Víctor Manuel. Para ellos, esto hubiera sido una «buena política»; para los desterrados, un contacto que mancha y deshonra. Como todas estas opiniones, disposiciones y temperamentos, se encontrarán y chocarán bien pronto en la Internacional, había que acordarse de estos hechos, que no están sin paralelos en los presentes tiempos, en



que la verdadera suerte futura de grandes países como Italia y Rusia no dependerá solamente de las opiniones formadas libremente fuera de aquellas naciones, sino que también de la mentalidad de los hombres del interior de aquellos mismos países, de la cual estamos tan poco informados.

Había en Londres, en 1859-60, una gran huelga de la construcción por las nueve horas, renovada en marzo de 1861, y en esta última ocasión los obreros del bronce de París, de los cuales fué muy nombrado uno de sus militantes, el cincelador Henri Tolain, con una carta de simpatía y una amplia suscripción entablan relaciones con los trabajadores ingleses, cuyo Consejo local en Londres (London Trades Council) había sido constituido en junio de 1860. La Sociedad general de Trabajadores de Nápoles envió su adhesión a los trabajadores ingleses el 17 de diciembre de 1861, a la que respondió el Trades Council el siguiente enero.

Otro Centro de Londres se componía entonces de trabajadores ingleses socialistas del matiz de Bronterre O'Brien, de cooperadores avanzados y otros, entre los que estaba el viejo anarquista individualista (en otros tiempos owenista) Ambrosio Caston Cuddon. Este grupo saludó a Bakunín, vuelto a Londres después de su fuga de la Siberia el 20 de diciembre de 1861, por medio de una diputación que el 10 del siguiente enero le presentaba su adhesión. Dicha comisión estaba compuesta por Cuddon, W. Turnbull, H. Baker, W. P. Wallarge, G. Hill y G. E. Harris (el secretario). Puede uno darse cuenta de sus ideas y propaganda por sus periódicos *The Working Man* y la *Cosmopolitan Review*. Cuando fué organizada una delegación obrera en París, en un Centro gubernamental, para visitar la Exposición Internacional de Londres en 1862, hicieron también dicho viaje unos delegados independientes dirigidos por Tolain y fueron saludados por el *Working Man's International Welcome Committee* (Comité Internacional de Bienvenida del Trabajador), en una reunión celebrada en La Free Masons Tavern, el 5 de agosto de 1862.

Fué presentada entonces una salutación por los ingleses, firmada por J. A. Nicholay, George E. Harris (secretario) y George Edgar, de la que extraemos estos párrafos:

«... Creemos que, con el intercambio de

ideas y observaciones entre los trabajadores de las diferentes nacionalidades, podríamos apoderarnos de los secretos reales de las operaciones económicas de la sociedad. Esperamos, ahora que nos hemos reunido y hemos estrechado nuestras manos —ahora que podemos ver que, como hombres, como ciudadanos y como trabajadores, tenemos las mismas aspiraciones y los mismos intereses a defender—, que no permitiremos que vuestra alianza fraternal quede rota por aquellos que piensan beneficiar sus intereses al vernos desunidos. *Esperamos que encontraremos algún medio internacional para comunicar nuestros pensamientos unos a otros* y que cada día se formará un nuevo eslabón en la cadena de amor que unirá a los trabajadores de todos los países...» He subrayado aquellas palabras que son *las primeras* que expresan el deseo de relaciones continuas. La respuesta francesa fué igualmente calurosa y, después del cambio de saludos, Harris y Tolain estrecharon sus manos.

Eran 70 franceses y alrededor de 500 ingleses. Se tomó el té, se cambiaron los saludos y los otros oradores fueron el cura inglés doctor Worthington, Charles Murray (un constitucionalista revolucionario y más tarde miembro del Consejo general, aún le oí hablar en 1885-86), W. P. Wallarge y Glazier, trabajadores; Melville Glover, el intérprete de la delegación, el que «expresó el deseo de que se formaran *Comités de trabajadores para el intercambio de comunicaciones sobre la industria internacional*»... Esta observación es la que se cita a menudo como la primera proposición precisa. Pero yo creo que el voto pronunciado en la salutación inglesa es más profundo y más amplio; aquellos ingleses socialistas se referían a los ideales sociales y no a la situación o la estadística industriales. Del lado oficial francés se encontraban, al cabo, menos libres para decir su opinión entera. Después habló J. B. Bocquet, un socialista revolucionario refugiado, el librepensador Charles Bradlough y el anarquista individualista A. C. Cuddon. Según *L'Opinion nationale* (París), del 8 de agosto, el delegado que leyó la respuesta francesa se llamaba Richard, pero *Le Courrier International* (Londres), del 11 de septiembre de 1865 dice que fué Tolain.

Los hombres avanzados de la delega-



ción francesa aprovecharon este viaje para reunirse con los refugiados y trabaron también amistades con belgas, alemanes, italianos y españoles; recordaré una observación de Fernando Garrido que puede referirse a esta época o bien a 1863 ó 1864, si es que aún permanecía Garrido en Londres en aquellos años. En 1862 había publicado *El Socialismo y la Democracia ante sus adversarios* (Londres), con un prefacio de Mazzini. En 1870 escribía en *La Solidaridad*, de Madrid —reproducido en *La Federación*, de Barcelona, del 19 de junio de 1870—: «... que estoy satisfecho de haber contribuido a su establecimiento, acompañando a las personas encargadas de esto por Centros de otros países y poniéndolas en relaciones con los trabajadores que me parecieron más a propósito, precisamente por el radicalismo de sus opiniones republicanas y socialistas...» Yo no puedo dilucidar este detalle, pero presento aún esta iniciativa española que no me era conocida más que por lo que dice *La Tribune du Peuple*, el diario socialista de Bruselas, del 11 de mayo de 1862.

Un demócrata español había propuesto entonces en la *Nuova Europa*, de Florencia, un Congreso permanente de delegados de la causa democrática universal. La continuación me es desconocida, pero el 16 de julio de 1863 se reunió en La Chaux-de-Fonds (Jura Neufchatelés) una Convención de demócratas internacionales, o se constituyó el 20 de julio; el Comité central internacional, 13 personas, fué situado en Ginebra. Habían en el Comité, según parece, alemanes, suizos, franceses e italianos; en la Convención habían también españoles y belgas. Esta fué la *Asociación para la creación de los Congresos democráticos*, y su primer Congreso fué convocado para el 26 de septiembre de 1863, en Bruselas, y duró tres días. Johaon Philipp Becker, el doctor Coullery y León Fontaine, los militantes de primera fila de la Internacional de Ginebra, del Jura y Bruselas, fueron bien pronto de esta Asociación. Becker escribía el 30 de mayo de 1867 a F. A. Sorge (el hombre de confianza de Marx, en Nueva York): «... en 1862 fuí co-iniciador del Congreso democrático internacional, del que salió la Internacional en 1864...» Esta filiación de Sociedades dada por Becker resulta que se refiere a su propio Centro de Ginebra, no a Londres, y

puede ser poco exacta, pero, en todo caso, aquello fué una Agrupación internacional interina, que sus componentes socialistas abandonaron bien pronto para pertenecer a la Internacional. La Sociedad fundada en Bruselas ha debido llamarse *Asociación federativa universal* (véase *La Rive gauche*, 26 de noviembre de 1865, y su secretario, Fontaine, escribió al Consejo central, que el 11 de febrero de 1865, la Sociedad decidiría si se afiliaba a la Internacional (acta del 31 de enero). César de Paepe dijo en la conferencia internacional (25 de septiembre) que aquella Sociedad, «teniendo demasiados elementos burgueses en su seno», estaba disuelta.

En 1862, aún, Rodbertus, un sociólogo alemán de gran reputación teórica y que se puede titular un socialista conservador, escribe una extensa Memoria al Congreso obrero reunido en Londres en 1862, en ocasión de la Exposición Universal, una relación teórica y práctica, concluyendo: «Instituíd un Comité permanente en Londres, hasta que la tarea esté terminada...» Este texto se encuentra en la *Revue socialiste* (París), 4 de marzo de 1909, páginas 260-272. No puedo precisar a qué se refiere esta iniciativa o proposición.

En todo caso se puede comprobar que los tradeunionistas ingleses, viejos y jóvenes, no tomaron parte en la recepción dada a los franceses en la Free Masons Tavern, y que Tolain y sus camaradas no se reunían con los socialistas del Centro inglés del *Working Man*. Probablemente, por medio de los franceses residentes en Londres u otras personas, comprendieron que aquel Centro era impotente como factor público, pues lo que buscaban verdaderamente eran relaciones entre Sociedades obreras o más bien con los militantes o jefes de tales Sociedades con ingleses de la misma posición. Es curioso advertir que, en 1878, en una Agrupación que puede llamarse un epílogo de la Internacional autoritaria, de dos militantes de la primera hora, Eccarius negaba que la Internacional fuera «el resultado de la Exposición de 1862», mientras que Jung insiste en dicho punto. Es imposible reconstruir el grado de relaciones entre París y Londres, desde 1862 a 1863, pero se ve que nadie estaba deseoso, ansioso, de mostrarse enérgico y entusiasta para iniciar un principio. Todos se conocían un poco, y si se



tenía necesidad del otro se sabían encontrar —aquí, Tolain y sus camaradas de los Centros corporativos franceses; allá, Odger, Cremer y, sobre todo, los jóvenes tradeunionistas—, y unos y otros sabían comunicar o estaban informados a medida de sus deseos por los refugiados franceses en Londres.

La precitada insurrección polaca de 1863 no tomó proporciones tan grandes ni un carácter aristocráticoconstitucional, o democrático, o agrosocial tan pronunciado que haya tenido su vida propia. Vivió de la esperanza de intervención, ya fuera la de Napoleón III o, en un espíritu más liberal, la del Gobierno inglés, y los partidos polacos estaban absorbidos en tales esfuerzos en París y en Londres. En Londres se contaba con la opinión pública, que se había mostrado tan simpática con los italianos, y en este orden de ideas se podía contar con los jóvenes elementos tradeunionistas, de los que un militante de entonces, George Howell, escribiendo en 1878 sobre la Internacional (*Nineteenth Century*, julio) expresa en estos términos el factor polaco en el origen de la Asociación: «... La fundación de la Liga polaca, por medio de la cual muchos trabajadores y refugiados continentales fueron puestos en contacto frecuente con los trabajadores políticos dirigentes de Londres, dándose cuenta entonces de que estaban de acuerdo sobre muchos puntos...» No he examinado las trazas que estas relaciones han podido dejar en la prensa de aquel tiempo, pero es probable que la organización de las grandes reuniones en favor de Polonia, en las que los oradores, trabajadores y otros, han podido hablar por una causa popular, se habrá llevado a cabo por los simpatizantes ingleses y polacos. La reunión celebrada en el gran vestíbulo de Saint-James, el 28 de abril de 1863, fué dirigida por los ingleses; para otra reunión, el 22 de julio, hicieron un viaje a Londres Tolain, el cooperador Cohadon, Perrachon, Aubert, Bibal y otros dos o tres militantes de París, y el conde polaco Zamoysky presentó a Tolain a la reunión.

En aquella época interesaba a los trabajadores una cuestión más local —la miseria en la industria textil, por la falta

de algodón americano (ya que América estaba en plena guerra civil)—. En noviembre de 1862 fué fundado el Working Man's Central Committee for the relief of the distress in Lancashire (Comité central de los trabajadores para el alivio de la miseria en Lancashire), con Odger, Cremer, etc., y en enero de 1863, Tolain y sus camaradas pedían una suscripción para los parados de la industria textil francesa. Se firma en París una petición al emperador y Tolain tomó parte en su redacción (según su camarada Fribourg).

Es probable que los parisienses, aprovechando aquel viaje, se hubieran propuesto llegar a una regularización de aquellas relaciones y, en efecto, inmediatamente después de aquella gran reunión comienza la fundación de la Internacional, que no se consigue más que *catorce meses después*. A partir de aquí baso mi relato en cartas de 1865, en las cuales, con motivo de recriminaciones, se reconstruyen las gestiones y se explican las demoras, y en los detalles impresos que son mucho menos precisos.

Después de la reunión, en un restaurante vecino, en Long Acre (una calle), los franceses discuten con los ingleses, entre los que se encuentran Odger, Cremer y Facey; el intérprete era G. Jourdain, un refugiado, socialista de la *Commune* revolucionaria (el grupo de Félix Pyat). Se ponen de acuerdo para formar una organización, y Odger debía proponer un proyecto en una reunión especial, al día siguiente por la tarde.

Al otro día, 23 de julio, los franceses, acompañados por Bocquet (refugiado), se reúnen en casa de Lardaux, otro refugiado, en el restaurante del cual se encuentra a menudo un jefe del antiguo tradeunionismo, George Potter, redactor del *Beehive* (*La colmena*), órgano de las Uniones —uno de aquellos jefes profesionales que fueron la bestia negra de la joven generación—. Llega allí también Le Lubez, joven socialista de Normandía, educado en la isla de Jersey, donde son bilingües (ya que se habla francés e inglés). Los franceses se ponen de acuerdo con Potter, que no creía en cosas nuevas, pero que ha podido prometer su benevolencia. Por la tarde, en la Bell Inn (Fonda de la Campana), Old Bailey, Odger propuso organizarse en Asociación, a base de la lucha con-



tra la diplomacia secreta y por la paz, así como también para la producción del trabajo contra el capital. Los franceses hubieran preferido entonces que la cosa se hubiera limitado al asunto de Polonia. Fué elegido un Comité inglés: Facey, Cremer, Goddard, Eglinton y Odger. Odger debía escribir primero un manifiesto para los trabajadores de Francia. Facey presidió, Jourdain fué el traductor en esta reunión. Odger, secretario del Trades Council, con otros miembros del mismo, Doddard, Coulston, Applegarth, Butler, Potter, etc., saludó a los franceses en nombre del Consejo. Wallarge, delegado polaco, y un trabajador alemán, Weber, hablaron también.

Estos últimos detalles fueron publicados en *The Beehive*, del 25 de julio de 1863. Marx y todo el mundo, pues, pudieron enterarse. Wilhelm Weber, un refugiado alemán de 1849, relojero, tenía cierta amistad con Marx, pero en aquellos mismos años quedaron totalmente rotas sus relaciones con él.

Solamente el 10 de noviembre, en una nueva reunión en la Bell Inn, fué leído y aprobado el Manifiesto a los «hermanos de Francia»; Tomás Grant, Facey, Cremer, Goddard, Eglinton y Odger lo firmaron. Era un extenso llamamiento para «la fundación de la fraternidad de las naciones...» «Convocamos a una reunión de representantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Polonia y de todos los países, en los cuales exista la voluntad de trabajar en común en beneficio de la humanidad. Convocamos a nuestros congresos, para examinar las «grandes cuestiones de las que depende la paz de las naciones...» Este es el Address of English to French Workmen (Manifiesto de los ingleses a los trabajadores franceses), publicado en el *Beehive* del 14 de noviembre. Entre los oradores estaban también Nieass, Graham, Askrill, Applegarth, etc.

G. Jourdain llevó aquel Manifiesto al grupo de Tolain en París. Allí, las cosas se retrasan con motivo de la candidatura de Tolain en las elecciones del 20 y 21 de marzo de 1864, precedida del famoso Manifiesto de los Sesenta. Esto es ya el núcleo de la Internacional futura. Tolain había sido apoyado ante los republicanos intransigentes con la garantía de Henri Lefort, un republicano social muy sincero y desinte-

resado. El mismo Lefort fué el que, después de la elección, se enteró de que no se había contestado al llamamiento inglés y se puso a acelerar las cosas, que se entretenían tan lamentablemente, teniendo la idea de que se encargara el asunto a Le Lubez, a quien había conocido hacía mucho tiempo en Jersey, y también a otro refugiado, Jules Denoval de Saint Malo. Lefort marchó, pues, a Londres —esto fué alrededor del mes de abril— y compromete a Le Lubez a elegir los hombres que constituirían la primera base de la nueva organización. En esto hay también que tener en cuenta el testimonio de Tolain, que afirma que, tan pronto como el llamamiento inglés les fué leído, decidieron contestar con la proposición de un gran Congreso obrero. Admite que no leyó su proyecto de respuesta a sus camaradas hasta después de las elecciones, estando presente Lefort. Este ofreció llevar la contestación a Londres y se le dieron las direcciones de Potter, Bocquet y Jourdain.

Sin embargo, yendo a casa de sus amigos Denoval y Le Lubez, Lefort debió darse cuenta al instante de que no había nada a hacer con Potter, a quien Le Lubez denomina «un jesuita que se vendía a cualquiera». Lefort se excedió en sus poderes o no, al confiar los trabajos a Le Lubez. Fué requerido muchas veces por los parisienses para que dijera en el estado en que se hallaban las cosas y él responde: «A causa de vuestras tardanzas, los ingleses creían que dais poca importancia al asunto y han cambiado de opinión sobre la reunión pública» (donde sería leída la contestación francesa). Los franceses tienen entonces prisa para marchar a Londres, sea la reunión pública o privada, y, en fin, Lefort les comunica que se celebrará la reunión pública el 28 septiembre de 1864. Lefort mostró el discurso que Le Lubez leyó por él en la reunión de St. Martin's Hall, a los tres delegados de París (Tolain, Perrachon y Limousin). Existe un texto inglés, firmado L. L., que precisa lo que se propuso en aquella reunión, como plan de organización, de la siguiente manera: «Una Comisión central, compuesta de trabajadores de diferentes países residentes en Londres, será elegida y domiciliada en Londres; otras subcomisiones serán establecidas en las capitales y ciudades principales de Inglaterra y del continente. El Comité



central debe elegir los temas, y todos los Subcomités examinarán, discutirán y presentarán sus conclusiones, y el Comité central deberá publicar las opiniones y acuerdos de todos los Comités y Subcomités, en varios idiomas. El próximo año (1865) los representantes de todos los países participantes serán convocados para reunirse en Bélgica, para celebrar el primer Congreso.»

La reunión del 28 de septiembre de 1864 fué, pues, organizada, según lo que el mismo Tolain afirma, de común acuerdo con París y por el esfuerzo principal de Le Lubez, que, sin duda, ha correspondido con Lefort, pero que ha obrado a su manera, en Londres, en los Centros socialistas y tradeunionistas, encontrando el concurso de aquellos hombres que vemos aclamados como Consejo Central Provisional, al terminar la reunión del 28. Lefort era muy conocido por Bocquet, Jourdain, Talandrier, Le Roux y otros proscritos. Le Lubez, hombre emprendedor, conoció este Centro socialista francés y supo atraerse a los tradeunionistas despiertos y progresivos, apartando a los George Potter y sus semejantes. De esta manera el socialismo y el tradeunionismo progresivo tuvieron, desde el principio, una representación equitativa en el Consejo central, lo que dió a la Internacional el prestigio inicial de ser a la vez un hogar de socialismo y de las fuerzas obreras reunidas y solidarizadas.

Lo que facilitó la elección de Le Lubez fué el hecho de que gran número de aquellos socialistas dispersos se encontraban unidos hacía algunos años en diferentes logias masónicas. El mismo y sus amigos de Jersey, probablemente, eran ya de la Logia de los Amigos del Porvenir, de Jersey. G. Jourdain pertenecía a la Logia de los filadelfenses. Cuando Garibaldi visitó Londres, en abril de 1864, fué saludado en el seno de la Logia la Concordia, fundada en 1857, compuesta de franceses, italianos, polacos, húngaros, ingleses, suizos, etc., por su venerable, que era Le Lubez, y entre los dignatarios estaban Bordage, Edmund, Nüsperli y E. de Holtorp, que pertenecieron bien pronto al Consejo central.

No hay que figurarse, sin embargo, que de esa manera la masonería tuviera alguna influencia en la fundación de la Internacional. Al contrario, todas aquellas pequeñas logias estaban separadas de la Gran Logia de Inglaterra, puesto que ellas no recono-

cían al gran arquitecto del Universo y eran socialistas, ateas y revolucionarias. Más tarde se reunieron las dos logias de Londres, en 1868 (Loge des Philadelphes et la Concorde Réunis); ésta existía así aún en 1872. Hacia aquella época se menciona también una logia *La Communaliste*.

Así es, pues, que después de la extremada lentitud, tanto por parte de Odger, Cremer, etc., como de la de Tolain y sus camaradas, reanimada por Lefort y coordinada, en fin, prácticamente por Le Lubez, fué llevada a cabo la fundación de la Internacional. Y ahora preguntamos: ¿Dónde está la más mínima traza de Marx? Cuando todo estuvo dispuesto —la reunión fué anunciada en el *Beehive* del 17 de septiembre, como una Asamblea donde una Diputación de París leería su contestación y propondría un plan para una mejor inteligencia entre las dos naciones— Marx recibió una invitación, escrita por Cremer, para presentarse por la tarde en la Cámara del Comité, es decir, para estar entre los que, las notabilidades, se sentarían en el estrado. El 26 de septiembre, su camarada alemán e íntimo amigo Eccarius, más tarde secretario de la Internacional, le escribió una carta urgente, diciéndole que, invitado a hablar, no tiene la menor noticia de lo que se trata y que Marx debía de informarlo, ya que puede ser que los franceses (los delegados, pues) le hayan hecho una visita.

Marx había recibido, en efecto, una visita, que describe así a Engels (carta del 4 de noviembre de 1864): «...Un tal Le Lubez fué enviado a mi casa, por si quería tomar parte «por los obreros alemanes» y especialmente por si podía proporcionar un obrero alemán como orador, para la reunión, etc. Yo envié a Eccarius, que se ha portado muy bien, y asistí asimismo como espectador en el estrado.» Añade: «Sabía que esta vez, de la parte de Londres y de París, habían verdaderas «potencias», y por dicha razón resolví renunciar a mi regla, de otra manera fija, de declinar toda invitación de este género».

¿Qué prueba falta aún para demostrar que hasta el 28 de septiembre no se había preocupado Marx de la fundación de la Asociación? El quedó impresionado por la



campaña electoral de Tolain, por los vigorosos discursos de los jóvenes tradeunionistas, en una reunión a la que asistió en 1863 (véase carta del 9 de abril de 1863); por lo demás, no tenía demasiado grandes ilusiones, puesto que, después de la redacción de los famosos primeros documentos de la Internacional, escribe (4 de noviembre): «...Fué muy difícil hacer las cosas de manera que presentara nuestra idea de una forma que la haga aceptable, desde el punto de vista del movimiento obrero actual. Estas mismas gentes celebrarán reuniones con Bright y Cobden (los liberales) para el sufragio...» Y Engels responde el 7 de noviembre: «...Pero está bien que entremos de nuevo en relaciones con gentes que representan al menos su clase; el fin es lo que más importa... Por lo demás, presumo que la nueva Asociación se fraccionará bien pronto, enseguida que los asuntos se hagan un poco precisos, en los elementos teóricamente burgueses y teóricamente proletarios...»

Al final de la reunión del 28 de septiembre, treinta y dos personas fueron

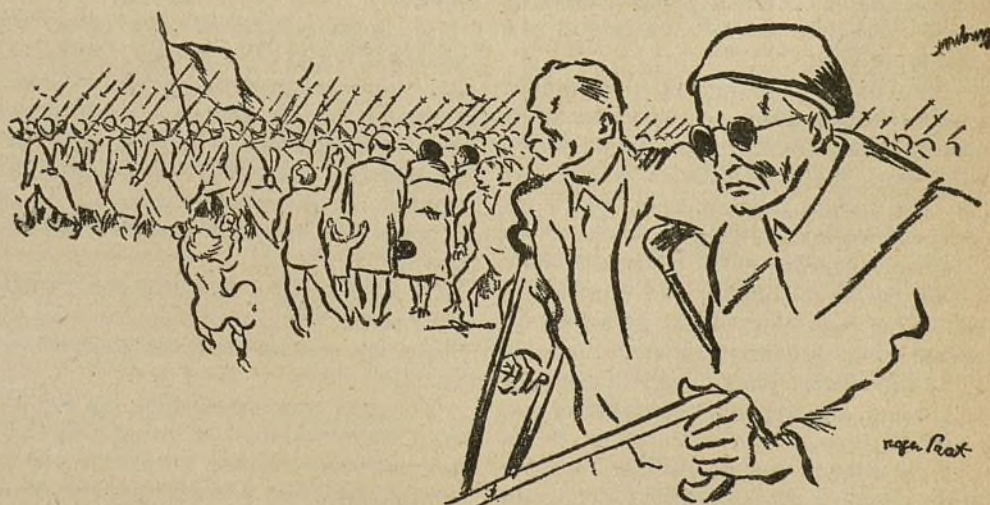
nombradas para formar parte del Comité, una de las cuales era Marx; eran veinticinco ingleses; tres franceses; dos alemanes; un italiano, y un individuo que más tarde se pudo averiguar que era un confidente de la policía. Pero, por las numerosas adhesiones, el Consejo central provisorio fué muy aumentado bien pronto.

He aquí esta prehistoria que presenta, durante más de veinticinco meses, una extraña mezcla de profesiones oratorias sublimes y retardos explicables por muchos conceptos individuales y colectivos. Esta es una verdadera lección para hacernos desprender de tales costumbres. No hay que extrañarse demasiado de que Marx, que sabía trabajar y actuar rápidamente, si era necesario, se impusiera desde el primer momento a aquella colectividad inerte, que le dejó hacer. Razón de más para aprender a hacerlo mejor.

**Max Nettlau**

Viena, 26 de diciembre de 1932.

#### SACRIFICIO INUTIL



—Al menos tú no ves...

Ayuntamiento de Madrid



# Fernando Pelloutier: precursor

Su vida, su obra

A pesar de haber publicado en nuestro número anterior una magnífica biografía de Pelloutier por la erudita y autorizada pluma de nuestro compañero Max Nettlau, empezamos en este número otra biografía sobre el mismo Pelloutier, escrita expresamente para ORTO, por el viejo militante sindicalista francés Georges Ivetot.

Georges Ivetot fué un gran amigo de Pelloutier, del que aprendió mucho, y le sucedió en la Secretaría de las Bolsas del Trabajo. En esta biografía encontrará el lector, aparte del valor de la narración de cosas vividas por su autor, detalles interesantísimos acerca de la propia vida de Ivetot, tan íntimamente ligada a la de su fraternal amigo y camarada.

Ello mismo nos releva a nosotros de la introducción de tan conocido militante.

ORTO se complace en contar entre sus colaboradores a tan eximio compañero, y le ruega, desde aquí, prosiga sus interesantes trabajos en esta Revista para bien de las ideas y de las luchas del porvenir.

**F**ERNANDO Pelloutier nació en París, calle de Courcelles, núm. 81, el 1 de octubre de 1867. Yo tengo ya de común con él el haber nacido igualmente en París, el siguiente año (22 julio 1868), en el cuartel de los Mínimos, calle de Bearn.

El cursó sus primeros estudios en los Hermanos de la Doctrina Cristiana, y yo también. En 1879, en compañía de su hermano, fué ingresado en el pequeño seminario de Guerande, para seguir los estudios. En 1880 entraba yo en el Orfelinato del abate Roussel, en Auteuil, donde hice mi aprendizaje de tipógrafo, hasta la edad de dieciocho años. A los veinte, me ganaba ya la vida.

No creo haber sido tan buen aprendiz como él fué buen alumno; por este motivo no pretendo comparar mis capacidades técnicas con sus capacidades intelectuales; sin embargo, así como él, fuí a mi manera una cabeza sólida, un carácter difícil, en un cuerpo débil y enfermizo... Como él, me di a conocer con ciertas travesuras que acusaban una determinada independencia que no podían calmar las ternuras familiares, pues no tenía más que una hermana, de dieciocho meses más que yo, metida en un convento antes de la muerte de nuestro padre (1880) e inmediatamente después de la muerte de nuestra madre (1875). Por otra parte, ella murió



FERNANDO PELLOUTIER, por A. Delannoy

(Publicada en "Portraits d'hier" en el año 1909.)

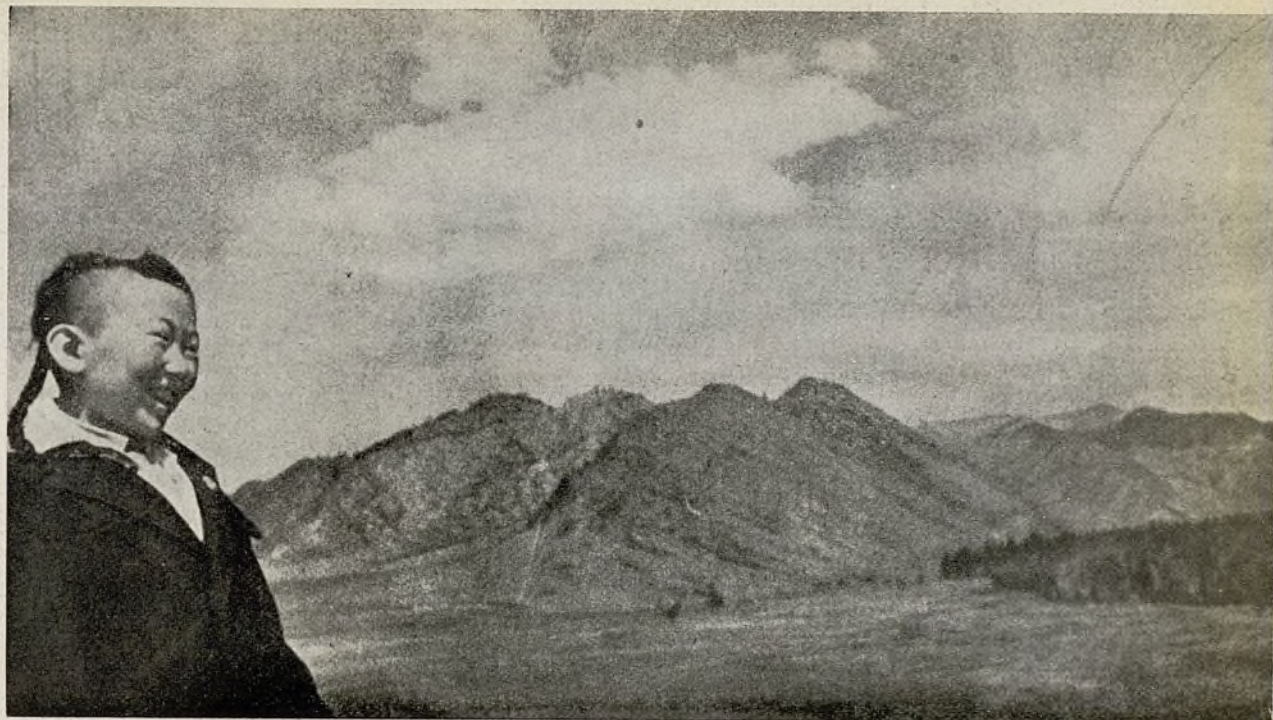
a la edad de veinte años. Mi amigo Pelloutier tenía, además de mí, una familia. Pelloutier era, por sus abuelos, de la nobleza bretona, y yo de la nobleza normanda.

Así, pues, sin familia, yo era el obrero parisién, sin dinero y casi sin salud, no teniendo más que mi escaso salario (seis francos y medio, por diez horas de trabajo) y la esperanza, si la había, de un mejor porvenir. En estas condiciones, únicamente con la despreocupación de la juventud, fué como libremente fundé una familia.

En el taller me encontré con camaradas de trabajo con los cuales discutía mucho sobre los acontecimientos de un período agitado.

Yo tenía mis ideas, ellos las suyas, que eran extremadas. Las mías eran las que me habían inculcado en la escuela de los Hermanos y en el Orfelinato religioso, y emanaban de la mentalidad hereditaria de





# La transformación del silencio

## Reportaje sobre el ALTAI soviético

Montañas y nieves. La «taiga», cuyos lagos fríos y límpidos reflejan el cielo. Un espeso tamiz de agujas de pino se extiende muellemente bajo vuestros pies. Hechiceros embrujados batiendo frenéticamente sus tambores. El humo de los caballos sacrificados a una divinidad salvaje y el silencio. El silencio se levantaba aquí como un muro transparente, aislando la «taiga» del mundo de los ruidos, del movimiento y de la actividad humana. Este Altai exótico ha muerto. El silencio secular ha sido roto y el hombre tiene la palabra.

Desde las desiertas alturas del Oulygan hasta la ruta de la Tchonia; desde el Koch-Agatch en la frontera de Mongolia hasta el lago Teletskoié, entre la Biia y el Katoun, a través de todo este país de montañas que ocupa el Sudoeste de la Siberia, la palabra la tienen hoy los combatientes, los atacantes. Comunistas y miembros de las Juventudes, campesinos de las kolkhoz y delegados de las mujeres, liquidadores del analfabetismo, alumnos de los cursos de todas clases, administradores de los «aimaks» o cantones, todos los que luchan por el nuevo Altai soviético, todos los que crean este Altai por sus esfuerzos cotidianos, tienen la palabra de la Historia.

A través de la confusión de razas, de lenguas y de religiones; a través de lo abigarrado de las costumbres, de los regímenes sociales y de los niveles de cultura; a través de las disensiones nacionales heredadas de la política zarista, el Altai soviético desfila victoriosamente festejando el X aniversario de su liberación y de su pacífica edificación.

El valle de Tchoulychman, al Sur del lago Teletskoié, es habitado por los Telenghitas, bautizados por los misioneros ortodoxos. La mayor parte practica una agricultura muy primitiva y otros se dedican a la caza y a la pesca.

A lo largo de la Tchonia y del Katoun, habitan los Altai-Kiji, bien diferenciados de los Telenghitas. Estos casi no han conocido a los misioneros. Entregados al culto de los bourkhanes (combinación original del antiguo culto del Altai con el lamaísmo) son nómadas y se dedican a la cría de ganado. Solamente en estos últimos años han empe-

En Oulala, Tchemal, Ongoudai, en las kolkhoz y en la tierra. zado a acostumbrarse a la vida sedentaria y a la cultura de los internados, crecen los hombres nuevos. Han desterrado ya las arcaicas vestiduras tan admiradas por los viajeros. Si todavía las conservan en cierta proporción, es por un detalle de descuido en comparación con su trabajo, de sus ideas, de sus exigencias, de su voluntad de construir de nuevo, de llegar al Socialismo.

La vida ha verificado un brusco viraje. Ha pasado a nuevas riberas y los hombres devienen nuevos, desconocidos.

La vida se transforma.

Aquí más rápidamente, allá con una lentitud, pero por doquier va liquidando los jirones odiosos del pasado. Las fuerzas que la impulsan no cesan en su crecimiento. Conquistan sin cesar nuevos rectores del frente, de ese frente de millares de verstas que rodean la sexta parte del globo.





## «Al llegar el alba, Erlik, el espíritu maligno, bebe la sangre»

Las creencias de los Oirotas a la más alta antigüedad, a la época en que los mongoles dominaban todo el continente.

«En las tinieblas infernales, sobre un trono de siete castores, en un palacio de hierro, reina Erlik, el espíritu maligno. Al llegar el alba bebe la sangre humana.»

¡Así hablaba el hechicero o «kam»! El Oirota trataba de aplacar al espíritu sanguinario por medio de sacrificios. Este rito reunía a los vecinos que llevaban presentes y regalos al hechicero. El «kam» lleva un gorro decorado con plumas de pájaro, siete campanillas en la espalda, en honor a los espíritus, y en las manos un enorme tambor forrado de piel: danza hasta media noche, golpea frenéticamente el tambor, invocando a la divinidad. Los ojos le salen de las órbitas y la espuma rebosa de sus labios como en un poseído.

De madrugada el rito se cumple. Sobre una cabeza formada por dos pértigas dirigidas al cielo, es atado un caballo. Un nudo corredizo es pasado por su cuello y el «kam» lo estrangula con sus propias manos. Luego se vierte la sangre, aún humeante, en una caldera, y el hechicero, con sus dedos, embadurna con ella los ojos del ídolo, que sirve para batir el tambor. La piel del caballo queda suspensa sobre el altar hasta que se seca por completo, y bajo ella se desarrolla el festín del sacrificio.

He aquí lo que ocurría. Pero...



La Revolución de Octubre ha roto el silencio secular. Ha precisado mucho tiempo para librar a los trabajadores del Altai del triple yugo del hechicero, del koulak y de los blancos. Fué a principios de 1923 cuando la guerra civil finalizó en estas regiones.



## El hombre tiene la palabra

En Koulada vivía Kokhaieva. Ella hervía el té, molía el centeno, fumaba desde su juventud igual que sus compañeros. Su vida era desabrida, como la atmósfera humeante de la choza paterna. Pero Koulada ya no era la aldea de antes, donde reinaban las costumbres de los antepasados, donde se robaba a las jovencitas, donde la mujer no era más que una esclava del hombre. Con la kolkhoz, una vida nueva ha comenzado. También para Kokhaieva las cosas han cambiado.

La reunión de la célula del partido ha decidido enviar a Kokhaieva a estudiar a la Casa de Cultura de Engoudai.



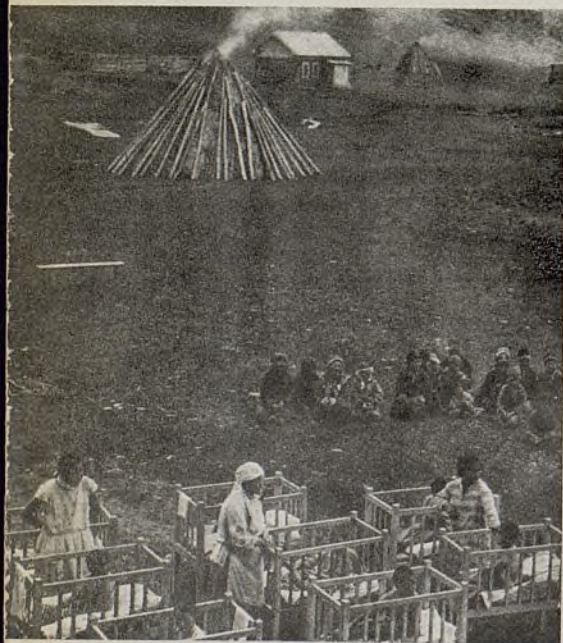
La Casa de Cultura de Ongoudai tomó a su cargo la educación de la joven Oirot. Kokhaieva no solamente aprende allí los elementos primarios, sino que se desarrolla políticamente, se habitúa al jabón y al cepillo de los dientes, adoptó vestidos higiénicos. Kokhaieva ha renunciado a la costumbre de dormir sin desnudarse, así como a todo aquello que envejece y debilita tan rápidamente a la mujer Oirot. Al mismo tiempo se le instruye en todo aquello de que tendrá necesidad para su trabajo futuro: coser, cuidar de los niños, ejercer los primeros socorros médicos...







De Ongoudai, Kokhaieva ha vuelto muy diferente. Desde este momento ella ha sido para su aldea natal la iniciadora de la vida nueva.



Kokhaieva dirige ahora una casa-cuna. Es preciso ver con qué habilidad se desenvuelve en esta tarea complicada y minuciosa, con cuánta paciencia y perseverancia se las arregla para que los niños de Koulada no conozcan jamás el abandono, las privaciones y las enfermedades que ella misma ha sufrido en sus tiempos.



**El décimo aniversario de la Oirocia ha sido una fiesta nacional. Trabajadores de las kolkhoz y las soukhoz, estudiantes y deportistas, llegados de todos los rincones de la comarca, han manifestado su deseo de trabajar y de crecer en el seno de la gran familia de los pueblos de la U. R. S. S.**



un hijo de gendarme, de una madre procedente de la vieja nobleza normanda, puesto que por su parte mi abuela era, antes de su matrimonio, la señorita Laurence Lecoq de la Garde, antigua familia aliada a los Le Mouton de Boisdeffré, Joré de Moriniere, etc., etc.

Todo esto para demostrar las casualidades analógicas de individuos que el destino recoge, une y conduce al mismo objeto por el mismo ideal, con la diferencia de que yo entraba en la vida militante a la misma edad —o con diez meses menos— con que mi amigo salía de ella. El había realizado su obra, yo tenía que continuarla.

### Transformaciones

Pero, antes de contar la vida de Peloutier, es necesario que se sepa cuándo y cómo conocí al precursor admirable del sindicalismo obrero y cómo me hice amigo suyo.

Hacía ya alrededor de una decena de años que llevaba la vida de taller, penosa y malsana, mal retribuida, sin esperanza alguna de mañana y, a fe mía, poco dispuesto a ver esta vida de color de rosa. Por lo tanto, no fué muy fácil para mis compañeros de taller hacerme comprender cuán poca cuenta me daba de las realidades de la vida, obcecado como estaba en los horrores del dogmatismo y las mentiras sociales. Mi cándida credulidad no les desanimaba; sin insistir, me rogaban simplemente que leyera, reflexionara y refutara los argumentos de los artículos de Elíseo Reclus y Kropotkin, que aparecían en *La Revolté*, primero, y en *Les Temps Nouveaux*, más tarde. Me hicieron leer también los atrevimientos de lenguaje, el buen sentido y las ideas fuertes, del *Père Peinard*. Después, con ellos, fuí a oír una serie de conferencias de Sebastián Faure, a la sala de Arras. Entonces, aquello fué una revelación. Me parecía que desde largo tiempo antes yo pensaba todo aquello, me descubría ante mis propios ojos como anarquista, libertario de corazón y espíritu. Me parecía no haber pensado nunca de otra forma. Bajo el encanto de la elocuencia persuasiva del incomparable conferenciante, se afirmaban para siempre mis convicciones que ya no tuve más que cultivar por medio de la lectura, la reflexión, la discusión y, sobre todo, con

la observación de los acontecimientos y los hombres de aquella época curiosa y formidable, en la que las ideas y las pasiones más contrarias se encontraban en lucha, a finales del pasado siglo.

Entonces se transformaron todas mis ideas cristianas de paciencia y resignación en ideas de justicia y rebeldía. Y me repetía a mí mismo el verso de Pierre Corneille:

«La fe que en nada actúa, es una fe sincera?»

Me sentía animado de un ardor parecido al de Polyenete y, a menudo también, me acudía a la memoria la exclamación de Paulina, como una voz de mi conciencia que decía:

«Veo, sé, creo, estoy desengañado.»

Se me hacía tarde para afirmar también mi entusiasmo y mi fe en las nuevas ideas. Era el neófito del ideal anarquista, dispuesto a todo por su triunfo, que yo veía próximo. Muchos otros, creo que tenían parecidos sentimientos y semejante ardor. ¿Qué hacer por mis ideas? Yo leía y discutía mucho, eso era todo.

La efervescencia aumentaba en el país de los Derechos del Hombre y Ciudadano. Los escándalos políticos y financieros se sucedían. Los trabajadores se organizaban y se ponían a reivindicar. Las huelgas engendraban las represiones. En el primero de mayo, la nación entera estaba en estado de guerra. El Gobierno pretendía ya salvar la República reprimiendo las manifestaciones obreras contra el paro y el hambre. Ese fué el sistema de los gobernantes, que no hizo más que ir creciendo después.

Sobrevino entonces el período, muy agitado, de la propaganda anarquista, luego el del asunto Dreyfus. Podrá imaginarse el hervidero de las ideas. Estas son cosas que no se olvidan jamás.

¡Cuántos proletarios no dudaron en lanzarse a la pelea! Era la lucha entre el pasado y el porvenir; la reacción, con todas sus fuerzas clericales y militares, formaba el frente único para una ofensiva definitiva contra la Revolución, que unificó sus fuerzas para resistir. Era preciso estar a una parte u otra de la barricada, según las convicciones. Tal era aquella época. Ninguno de los que la han vivido la podrán olvidar.



¡Ay! Se creía ya marchar a grandes pasos hacia la Revolución Social... No se marchaba más que hacia el siglo veinte, que comenzó, por una parte, con la maravillosa Exposición Universal y, por la otra, con la afirmación potente de un proletariado que se organizaba, dándose cuenta de su fuerza y sospechando sus capacidades de emancipación futura.

Fernando Pelloutier, hacía cinco años que no había cesado de prodigarse por su *Federación de las Bolsas del Trabajo de Francia y sus Colonias*. Estas crecían, aún más en importancia de resultados para el porvenir que en potencia numérica, bajo la ardiente influencia metódica de su animador.

Por sus artículos y folletos, por la parte que tomaba en el movimiento obrero, yo conocía a Pelloutier de nombre. Pronto iba a conocerlo personalmente.

Pues, desembarazado de las ideas religiosas, patrióticas y de resignación social, tenía mis ideas propias, bien contrarias a aquellas de que habían atiborrado mi inteligencia infantil en la escuela y en el Orfelinato religioso. Ya he dicho que era necesario estar en *pro* o en *contra* de la Revolución. He tratado de demostrar que mi educación primera, mi situación desgraciada de persona sin familia, me ponían en situación de no ser más que un desdichado, resignado como tantos otros y que el azar de la vida obrera me abrió los horizontes nuevos de esperanza y fe en el porvenir.

En fin, me resta para terminar esta autobiografía paralelamente —demasiado breve— de Fernando Pelloutier, aplicarme a hacer comprender como me consta a mí mismo, que la feliz oportunidad del frecuente trato con mi pobre amigo es lo que ha hecho de mí el modesto militante que soy. Si tengo algún mérito, a él es a quien se lo debo y le rindo este homenaje, una vez más.

Aprovechando las enseñanzas de Pelloutier, me aplicaba a poner mis actos de conformidad con mis ideas.

### Nuestro encuentro

¿No había él preconizado a los libertarios víctimas de la explotación patronal, esclavizados al capitalismo, unirse a todas

las otras víctimas que se juntaban en los Sindicatos?

Entonces me hice un sindicato ferviente. En vez de no ser más que un benévolo cotizante, aspiraba a ser un sindicalista. Bien pronto fui, en la Sección 21 de la Federación del Libro, un militante, de oposición a aquella tendencia reformista, muy reputada, de la corporación de los tipógrafos. Mis opiniones libertarias y revolucionarias se afirmaron. Fui elegido síndico, a pesar del agravio que se trató de inferirme por no haber estado siempre sindicado, desde el aprendizaje. ¿No resultaba una querella cómica, bastante parecida a la que podría presentarse por haber sido bautizado antes de ser libre-pensador? Pero estas mezquinas explosiones de la intolerancia con respecto a mí fueron poca cosa comparadas con las calumnias que se lanzan de ordinario contra los mejores militantes. Pelloutier conoció algo de esto... Pasemos.

No contento con militar en el Sindicato, seguí aún los buenos consejos de un anti-guo libertario, un amigo de Pelloutier y mío, el apóstol de la cooperación, Daudé-Bancel, y vine a ser secretario de la Cooperativa La Unión Económica del Bel-Air (distrito XII<sup>o</sup>). Con dicho motivo fui delegado para representarla en el Comité de Acción de la Cristalería Obrera de Albi, que era una continuación del Comité de Socorro de los huelguistas de Carmaux. Allí es donde me eduqué.

Aquella huelga de Carmaux conmovió, en su tiempo, a toda la Francia obrera. En algunas palabras, recordemos que el señor Resseguier, patrono de la Cristalería de Carmaux, por razones de política sobre todo, quiso obrar como un potentado frente a sus obreros y castigarlos por tener, como explotados, otras ideas que las de sus explotadores. Fuera lo que se quiera, la huelga duraba por la solidaridad de los trabajadores, pero era necesaria una solución. Entonces fué cuando, bajo la influencia de Juan Jaurés, se realizó un esfuerzo grande y prolongado por las Cooperativas de consumo, para asegurar la vida de una fábrica modelo edificada por los vidrieros huelguistas.

Extraigo de un artículo de Fernando Pelloutier, publicado en el primer número de *L'Ouvrier des Deux Mondes* (1.<sup>o</sup> de febrero de 1897), las líneas siguientes, que dirán,



## L'OUVRIER DES DEUX MONDES

Revue mensuelle d'Economie Sociale

Abonnement annuel :  
France 2 fr. 50  
Etranger 3 fr. 50  
15 exemplaires

Editeur-Gérant : FERNAND PELLOUTIER

ABONNÉS  
La ligne  
Mars 1897  
11, rue des Deux Mondes, ParisAdresser  
Relevés aux Propriétaires  
à Paris (rue de la Harpe)

19 janvier 1897

Cher ami

Hélas ! moi, les amis arrivés, j'ai peu écrit, et j'ai peu lu et si je n'ai fait que peu de choses et si je n'ai pu rien faire d'important, au moins j'ai pu faire quelques choses de bien et de bon. Je n'ai pu rien faire de grand, mais j'ai pu faire de bon. Je n'ai pu rien faire de grand, mais j'ai pu faire de bon. Je n'ai pu rien faire de grand, mais j'ai pu faire de bon.

Quand vous voyez le journal, n'oubliez pas que l'œuvre n'est pas terminée. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire. Elle est en train de se faire.

Notre article, moi au point, est à l'impression. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier. J'attends seulement le bon papier.

Quant aux décisions prises pendant la dernière séance de la Fédération, relatives au point de vue, évidemment, vous savez que je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées. Je les ai bien examinées.

Proposé d'engagement (pour que le point de vue soit bien compris, j'ai écrit au point de vue de l'engagement) et que, depuis, j'ai été beaucoup travaillé par les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération, les décisions de la Fédération.

J'ai fait la même remarque que vous à propos du Bulletin de la Fédération. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée. Mais j'ai remarqué que la Fédération n'est pas terminée.

Je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris, car je ne puis pas le faire à Paris.

Felloutier

AUTOGRAFO DE FERNANDO PELLOUTIER

Carta dirigida a su gran amigo Georges Ivetof, autor de este trabajo, y publicada en "L'ouvrier des deux mondes", que dirigea el propio Pelloutier.

Ayuntamiento de Madrid



mejor que yo pudiera expresarlo, el origen y esperanzas de porvenir de la Cristalería Obrera de Albi, en el Comité de Acción, de la cual hice el conocimiento personal de Pelloutier y me hice amigo suyo. Dicho artículo comenzaba así: «Favorecida entre todas, la Cristalería Obrera de Albi ha obtenido todos los recursos que necesitaba una empresa industrial de su importancia. Aunque la suscripción de los billetes de veinte céntimos, imaginada por las Cooperativas y los Sindicatos obreros de París, no haya bastado, como se esperaba, a constituir la totalidad del capital social, la Cristalería ha podido completar por otra parte la suma que le faltaba y posee actualmente unos cuantos millares, más o menos, los 500.000 francos indispensables para su normal funcionamiento... *(Seguía una descripción técnica de la nueva fábrica y su funcionamiento, su construcción moderna y su utillaje perfeccionado, y terminaba con estas líneas):* En suma, la Cristalería Obrera habrá recibido en su nacimiento las posibilidades de éxito más alentadoras y las más ciertas.»

Hay que tener en cuenta que Pelloutier y sus amigos hicieron cuanto les fué posible, en el Comité de Acción de la Cristalería Obrera, para que ésta fuera establecida y funcionara sobre bases comunistas. Eso es, por lo demás, lo que él declara en estos términos: «... Si nos limitamos a comparar el sistema económico capitalista y el carácter comunista que, más que cualquier otro, nos hemos esforzado durante meses enteros en imprimir a la fábrica de Albi, seguramente deberíamos predecir a esta obra una caída fatal y próxima y nuestra predilección no tendría gran mérito, pues ninguna institución comunista es posible bajo un régimen de puro egoísmo.

»¿Pero qué debe ser realmente la Cristalería Obrera? En primer lugar, el medio de sustraer al yugo patronal algunos valientes camaradas que, sin el esfuerzo colectivo cuyo resultado se conoce, hace mucho tiempo que se hubieran visto obligados a doblegarse a las inaceptables exigencias del señor Resseguier; en segundo lugar, una fábrica modelo digna de los obreros que la explotarán y que, como todos los «conductores de huelgas», son artesanos escogidos, un campo de educación, en fin, donde los vidrieros pueden

hacer el aprendizaje de sus intereses y de la libertad.»

Después de haber examinado las posibilidades de vida de la Cristalería, si la competencia patronal no conseguía matarla, si las simpatías concedidas eran bastante potentes y numerosas para triunfar de los odios, entonces —decía— los vidrieros podrán, y deberán, hacerlo todo para dar al proletariado lo que espera de ellos. ¿Y qué espera? ¿Una obra comunista? No, pues sabe cuán vano sería semejante sueño en la sociedad actual. Aquellos mismos (y ya estamos) que han afirmado hasta la exageración que la empresa de Albi sería un ensayo social y comunista, han obrado como hombres que piden mucho para obtener alguna cosa y que conocen la fuerza de las palabras de fe. ¿Una obra capitalista, es decir, una fábrica preocupada únicamente en la ganancia, una nueva sociedad de azogadores? Nada de eso, pues ninguna de las Sociedades obreras que han contribuido a la edificación de la Cristalería, estamos convencidos de ello, ha tenido por objetivo el aportar a los huelguistas de Carmaux valores de Bolsa.

«Lo que el proletariado espera de ellos es una acertada explotación de su utillaje, una prudente gestión de sus finanzas y, sobre todo, la prueba de que al mismo tiempo que los obreros son capaces de escogerse inteligentes administradores, los obreros convertidos en administradores son lo suficientemente dignos para no cesar nunca de ser los iguales de sus camaradas de trabajo y para volver a sus filas, llegado el día, sin tratar de buscar en la autoridad el medio de retardar aquel caso...» Enseguida Pelloutier da a los administradores y a los administrados magníficos consejos de tolerancia, inteligencia y dignidad. Define la necesidad, para los administradores, de tener el escrúpulo muy loable de ser controlado, de exigir este control, y a los administrados les pide que, muy lealmente, no confundan el derecho de crítica franca con el de denigrar a los administradores.

«Importa —dice también— que la política no se convierta nunca en una fuente de odios y que, a condición de que cada cual, teniendo consciencia de su responsabilidad, ejecute fielmente sus tareas, todas las opiniones sean absolutamente libres. Los administradores de una Sociedad



obrero deben recordar constantemente que su misión se limita a la gestión técnica y financiera de la obra, que su *poder* comienza en el trabajo y finaliza con el trabajo, y que, sobre todo, investidos de una autoridad legal, ellos, revolucionarios y convertidos a menudo en lo que son por haberse negado a obedecer las exigencias políticas de un patrono, tienen que hacer olvidar esta autoridad y sustituirla con los consejos, la predicación, la inteligencia.

»¿Estas condiciones son realizables en Albi? Sí; si no integralmente porque la educación humana es bien rudimentaria, al menos en parte, si la Junta de accionistas pone los medios. Es cierto que han surgido ya dificultades en Albi, entre obreros y administradores. Un reglamento con penalidades excesivas ha molestado no ya a aquellos cuya conducta motivó la implantación, sino a los hombres que siempre han comprendido y cumplido sus obligaciones y que, aunque estaban fuera del alcance de dicho reglamento, creían sin embargo que, en todo momento, la persuasión es mejor que el castigo, y que el equivocado, rebelde al rigor, escuchará el consejo. Y, después de unos debates bastante vivos, cuatro de ellos —nos avergonzamos al decirlo— han sido excluidos de la propiedad común.

»¿Cuáles han sido las causas de este lamentable incidente? Las divisiones políticas en principio, luego, el estado de acritud debido a los dieciocho meses durante los cuales los vidrieros —todos cargados de familia, ¡ay!— han vivido con las treinta y seis perrillas diarias que les reportaba su trabajo de albañil... cada vez que las lluvias no les ponían en la imposibilidad de ganarlas. Nos parece, pues, probable que, una vez desaparecidas las dificultades del período de organización, comenzada la fabricación, y a condición de que las divergencias políticas no intervengan en la ejecución ni en la apreciación del trabajo, se producirá una expansión general y el proletariado podrá contemplar una fábrica obrera, a la vez próspera y animada del espíritu socialista.

»Cualquiera que deba ser, en todo caso, su fortuna, la Cristalería de Albi, o más bien, el principio que la ha constituido, habrá tenido la afortunada consecuencia de despertar en las masas las ideas de asociación y de cooperación comunista.

Por nuevo que fuera el proyecto de una explotación sin dividendos, cuyos beneficios sirvieran para la ejecución de obras económicas, discutidas y determinadas colectivamente, donde las decisiones administrativas serían siempre susceptibles de apelación ante los miles y miles de fundadores, este proyecto no ha dejado de seducir a los oscuros, pero infatigables vanguardistas de la transformación social. Y de esta manera es como se elaborarán a la vez las tenerías, sombrererías y zapaterías obreras, cuyos estatutos serán los de la Cristalería de Albi.

»Puede que estas empresas resulten vanas; puede que olviden, bajo la presión del régimen económico, el principio que las inspiró. ¿Qué importa? Lo que es consolador es que el principio haya penetrado en los cerebros y lo que hay que recordar es que cada ensayo —afortunado o funesto— de trabajo asociado y libre hace dar al hombre un paso en el camino de la liberación.—F. P.»

No lamento haber reproducido estos extractos; ellos dan una idea bien elocuente de las ideas y la comprensión que había en Pelloutier sobre la cooperación de producción y sobre la asociación. Nos ponen además al corriente de los esfuerzos realizados por las Cooperativas de consumo y los Sindicatos obreros para edificar la fábrica que debía prosperar. En fin, el espíritu de libertad aparece bien latente en la lamentación hecha en favor de los *cuatro rebeldes* al reglamento.

Es Pelloutier de cuerpo entero el que se revela en aquellas líneas. Y me siento dichoso al revivir, rememorando el tiempo, el sitio y el ambiente en donde se formó, junto a Pelloutier e inspirándose en sus principios, el corazón y el espíritu del que le sucedió. Si yo he tenido, más que mi amigo, inclinaciones simpáticas hacia la cooperación, es porque he estado, por circunstancias de alojamiento en barrios obreros, en mejores condiciones que él para apreciar sus ventajas. La vida cara no es, en Francia, un problema nuevo, sino perpetuo, con sus crisis periódicas y diversas como sus causas. Desde este punto de vista, la cooperación de consumo es útil para el obrero y es también un terre-



no de lucha para el militante que quiere combatir la política y vencerla en interés del proletariado. Por otra parte, Pelloutier no se demuestra contrario, aunque después del ensayo de la Cristalería Obrera se manifieste poco entusiasta del cooperativismo en sus dos formas: producción y consumo. No ignoraba que las Bolsas de Trabajo, adheridas a la Federación que él animaba, practicaban la cooperación de consumo o de producción y a veces las dos.

He aquí lo que decía Pelloutier en el número 4 de su revista, *L'Ouvrier des Deux Mondes* (1 mayo 1897), a propósito de un libro que acababa de aparecer debido a la pluma de nuestro amigo Daudé-Bancel: *Le Cooperativisme devant les écoles sociales*:

«Este libro, cuyo autor es un comunista libertario, es a la vez la crítica severa y exacta de los cooperadores conservadores y un testimonio de confianza para la solución del problema social en un cooperativismo que ignora los sentimientos de lucro.

«Es —decía—, con ligeras diferencias de matices, la opinión que profesábamos nosotros mismos hace un año en *Les Temps Nouveaux* y que el ensayo de la Cristalería Obrera ha modificado singularmente.

«¡Ay! Cuanto más se acumulan ante el observador los ensayos sociales y cuanto mayor se hace su desarrollo, son más difíciles de evaluar las razones que militan en pro y en contra de cada experimento. Es evidente que la cooperación, puesto que es de ella de la que se trata hoy, es el medio de enseñar a los hombres a dirigir sus asuntos por sí mismos y a dar pruebas de iniciativa, de desarrollar, por consiguiente, las facultades intelectuales del proletariado; bajo este aspecto, cualquiera que medite la transformación social debe considerarla de una manera favorable; además debe, a lo menos teóricamente, familiarizar a los espíritus con el concepto comunista. Pero no es menos evidente que, en la práctica y en todas las clases de Cooperativas —incluyendo las de consumo—, la cooperación —a consecuencia, es cierto, del sistema económico capitalista, pero ambos son por el momento inseparables—, tiene por efecto inmediato e inevitable el desarrollar los fermentos del egoísmo y transformar al mismo socialista —porque es un hombre—

en un burgués ávido o autoritario; ¿entonces, qué?

«Decidir —se responde— que no habrán beneficios ni dividendos, sino la aplicación de todas las ganancias a otras obras sociales. Sea. Este fué el sistema sobre el que fué establecido la Cristalería Obrera de Albi...» (*Pelloutier recuerda lo que sucedió allí.*)

«En definitiva, para pronunciarse claramente en pro o en contra del cooperativismo, será necesario poder evaluar con precisión cuáles son sus ventajas o sus inconvenientes, y cuanto más reflexionamos, menos posible nos parece dicha evaluación. Si hay que atenerse a los hechos —y estos hechos han constituido algunas veces verdaderos escándalos—, un revolucionario condenará las Cooperativas; si, por el contrario, desprecia estos hechos, que, importantes con relación a nosotros mismos, son, en efecto, despreciables en el espacio y en el tiempo, entonces el revolucionario imaginará que la evolución intelectual prosigue siempre su marcha y que, por consiguiente, hay que sostener las Cooperativas, a pesar de sus inconvenientes aparentes, con la seguridad de que se modificarán pronto o tarde en el sentido socialista. Nosotros no pedimos a los cooperadores socialistas más que se abstengan de discutir a los que, como nosotros, muestran sus preferencias por los Sindicatos.»

Esto no puede ser más justo y también estoy de completo acuerdo con Pelloutier en cuanto antecede.

Como él, creo que nuestras ideas, nuestra combatividad, nuestras iniciativas, tienen su eficacia por doquier en los grupos proletarios, en los que se ha hecho alguna cosa mejor que política, puesto que se pone en práctica la acción económica y social en el terreno que conviene perfectamente a dicha acción revolucionaria por ella misma... Que nuestro amigo Daudé-Bancel, intelectual libertario, tenga ideas sobre el Mutualismo y el Cooperativismo y las quiera propagar, es su innegable derecho, y es innegable también el nuestro, el acoger fraternalmente su colaboración, como hizo Pelloutier en las columnas de su revista de economía social *L'Ouvrier des Deux Mondes*. Así fué como, en el número 11 (1.º diciembre 1897), acogía aún un artículo de nuestro amigo



Daudé-Bancel, titulado «El comunismo anarquista y el neocooperativismo». Este artículo, rehusado por *Les Temps Nouveaux*, iba precedido de las siguientes líneas:

«Nuestro camarada Jean Grave, demasiado aferrado probablemente a la agitación social actual, no ha creído deber conceder la hospitalidad de *Les Temps Nouveaux* al artículo que sigue, temiendo que la participación de los revolucionarios en el cooperativismo debilite su virilidad. Pero nosotros, que, sin ser personalmente partidarios de la cooperación, creemos en una *ineludible* evolución en el sentido del comunismo libertario y admitimos, por lo tanto, todas las formas que reviste la lucha económica, no dudamos en publicar la opinión de Bancel, creyendo que la fe revolucionaria capaz de ceder a las sugerencias del cooperativismo, es una fe bien tibia, que aprovecharía poco en caso de conflicto para la causa socialista.»

La gran tolerancia de Pelloutier respondió así a la hermosa independencia del amigo Bancel, que sabía muy bien defender sus opiniones.

El artículo rehusado por Jean Grave para *Les Temps Nouveaux* no hizo ningún mal efecto en *L'Ouvrier des Deux Mondes*. Pelloutier sabía muy bien que Reclus y Kropotkin no lo hubieran rehusado en *La Révolte*. El artículo de Bancel comenzaba dirigiéndose directamente a Jean Grave; de esta significativa manera aparecieron tres hombres de carácter en su particular manera de pensar sobre un mismo tema. Usted juzgará:

«Estimado camarada: Acabo de leer su artículo *Actuar y discutir*. Según sus manifestaciones, los camaradas pueden entrar en las cámaras sindicales y en las asociaciones cooperativas de consumo para propagar nuestras teorías. Según usted, también, la acción corporativa y la acción cooperativa (basada en el consumo) no podrían entrar en nuestro programa general.

»El camarada Fernando Pelloutier ha indicado ya aquí mismo (*Temps Nouveaux*, año primero, número 27), y con razón, la necesidad de la acción corporativa para los camaradas. Ha tratado con preferencia el aspecto especulativo, despreciando el lado práctico e inmediato de la cuestión, que tiene también su valor y del que hubiera sido conveniente hablar.

»Sin embargo, si le parece bien y para abreviar la discusión actual, remitiré a sus lectores, en lo que concierne a las Trade-Unions, al artículo de Pelloutier, reservándome para la defensa de la acción cooperativa...»

Tal era el principio del artículo de Bancel para *Les Temps Nouveaux*, que rehusó publicar Jean Grave y publicó Pelloutier en *L'Ouvrier des Deux Mondes*. Que no se pretenda decir que este artículo estaba escrito para no decir ni probar nada. A la vista lo tengo, y si quieren convencerse, la tesis sostenida por Bancel se resume bastante bien en este párrafo, donde proclama formalmente legítima y clara su manera de pensar:

«He dicho y mantengo aún —escribía Bancel— que el neocooperativismo puede: Primero, aumentar el bienestar intelectual, moral y material de los camaradas; segundo, servir maravillosamente a la propaganda teórica, bien sea con los recursos que procura o con la enseñanza brutal de los hechos dada a las masas ignorantes, indiferentes o timoratas; tercero, preparar, desde este momento, por la libre asociación y fuera de toda presión autoritaria, la autonomía y la federalización de los grupos económicos del mundo entero, y cuarto, unir, agrupar sin distinción de ideas religiosas o filosóficas, en un compacto haz indestructible, opuesto al capitalismo internacional, a todas las fuerzas más o menos conscientes del proletariado mundial.

»También he dicho y mantengo, sobre todo, que allí donde los proletarios, hasta reaccionarios, estén agrupados en el terreno económico, los mismos hechos económicos les obligarán a unirse a nosotros cuando arreglemos definitivamente nuestras cuentas con la burguesía. Y estando mantenido esto, sostengo aún con mayor fuerza que las Trade-Unions y las asociaciones cooperativas son excelentes para preparar el terreno de la lucha inevitable, de la que surgirá la sociedad futura edificada sobre las ruinas de la propiedad privada y de la autoridad...»

Todo el artículo de Bancel es una hermosa y persuasiva defensa del cooperativismo, y comprendo que Pelloutier se haya dado el placer de insertarla, aunque se mostrara un poco escéptico ante las esperanzas de realización fundadas en el co-



operativismo por nuestro amigo Bancel, ¿Pelloutier no tenía la misma fe e idéntica esperanza en el corporativismo? Para mi concepto, estos dos apóstoles se completaban tan bien que me creo obligado a conciliar las dos tesis, teórica y prácticamente. Teóricamente, he preconizado que el *cooperador* esté sindicado y, recíprocamente, que el *sindicado* sea *cooperador*. Prácticamente he dado el ejemplo, siendo y continuando sindicado y cooperador. El Sindicato, organismo de lucha; la Cooperativa, centro de experiencia administrativa.

Pelloutier no ha dejado de ver y aprobar las Bolsas del Trabajo, que se han apoyado en la cooperación para subsistir. A mi vez, desde el Congreso de Niza (1901) y Argel (1902), he preconizado la cooperación de producción y consumo en las Bolsas del Trabajo, para asegurar su independencia y libertarlas de toda tutela material y moral, para no tener obligación alguna para con las municipalidades y no necesitar sus subvenciones. No pretendo que aquella propaganda fuera un éxito; que los resultados hayan sido mediocres no significa que el sistema haya sido malo, sino simplemente despreciado o mal comprendido.

Me he impuesto la tarea, al hablar aquí de Pelloutier, de extenderme algo excesivamente, sin duda, sobre la cooperación; sírvase excusarme el lector, pues puede que sea la primera vez que se da lo que ha pensado nuestro amigo Pelloutier sobre el cooperativismo. Esta cuestión me es tanto más cara cuanto que he sido puede que uno de los escasos militantes sindicalistas que la han preconizado, y Víctor Grifuelhes me ha rendido público homenaje al día siguiente de la guerra, en el transcurso de una conferencia que pronunció en París. Ciertamente que Pelloutier hubiera hecho lo mismo, si hubiera vivido lo suficiente para darse cuenta de lo que le haría falta al proletariado al día siguiente al de su triunfo revolucionario, en el momento de la reorganización de la producción y el consumo.

En cuanto a los principios federalistas que nos son caros, a nosotros, sindicalistas libertarios, Pelloutier estaba impregnado

de ellos hasta tal punto que simboliza para nosotros el espíritu federalista mismo, en lo que tiene de mejor.

Cierto es que no se puede impedir que cualquiera que desee protestar contra él lo haga; pero cuando menos, se puede impedir que digan aquellos que cambian de opiniones según las circunstancias —por no decir de acuerdo con sus intereses— que Pelloutier hubiera sido lo que ellos son. El sabía lo que quería y también continúa viviente la obra a la cual se dedicó.

Cualesquiera que sean las diferencias de unos y las negativas de otros; cualesquiera que sean las fluctuaciones y las conmociones de las ideas ante el choque de los acontecimientos trágicos que han sacudido al mundo y lo enloquecen aún hoy día, la acción económica que había concebido Fernando Pelloutier fué y continúa siendo la esperanza del proletariado, como obra de emancipación. El porvenir entrevisto por él resplandece como el arco iris tras de la tempestad.

Las divisiones actuales se atenuarán en el mundo obrero. Los trabajadores, ineludiblemente, volverán a encontrar el verdadero camino de la liberación. Sí, volverán por sí mismos a la unidad del Sindicalismo revolucionario de antes de la guerra, y los cálculos ambiciosos de la política no conducirán a una revolución social cuyo triunfo se afirmaría según sus deseos con la dictadura del proletariado, es decir: lo contrario de la Libertad.

Así, pues, no tengo ningún motivo que me impida repetir hoy lo que escribía hace algunos años ya, en ocasión del aniversario del precursor de nuestro sindicalismo:

«La clase obrera sabe muy bien que no hay otro medio que la acción revolucionaria de sus agrupaciones económicas para obligar a capitular a la sociedad burguesa. También comprende que para sustituir al Estado burgués, arbitrario, injusto y fatalmente dominador, se necesitan hombres conscientes en la administración de las cosas indispensables para la viabilidad de una sociedad basada en la libre inteligencia entre los productores. La clase obrera debe encontrar aquellos hombres en su seno, debe formarlos en sus centros económicos, como lo indicaba Pelloutier. En verdad, las divisiones desaparecerán de



los Sindicatos obreros cuando éstos quieran admitir que hay temperamentos diferentes, según las nacionalidades, como hay climas opuestos y costumbres diversas según los países.»

Y luego añadía: «La organización obrera está actualmente suficientemente desarrollada para que la burguesía se forme una idea de la posibilidad de una revolución económica susceptible de realizar las ideas de Fernando Pelloutier. El fué un precursor y no un soñador, porque creía en la conquista del Poder por la clase obrera con la ayuda de sus únicos medios de lucha económica. Las Bolsas del Trabajo o las Uniones locales y comarcales de los Sindicatos diversos no son otra cosa, en la organización obrera actual, que los Consejos del Trabajo o «Soviets» de nuestros admirables hermanos, los obreros y campesinos de Rusia.

Bueno es decir que la idea de Pelloutier no está muerta y que el espíritu federalista del Sindicalismo está todo entero en la realización perfecta de los Consejos Obreros o Comités de cada una de nuestras Uniones locales o comarcales de los Sindicatos, de donde se expulsa el espíritu de corporatismo estrecho, el egoísmo colectivo y profesional de oficio o de industria. Esos son nuestros Soviets para el mañana... ¡pero no para la dictadura!

«La antigua y buena idea de Pelloutier es la de los sindicalistas de hoy, de los que comprenden que a la nefasta organización de la explotación y la ganancia de la producción por la burguesía debe oponerse la organización de la fuerza y la acción directa de los productores, sin distinción.

«Fernando Pelloutier atribuía un papel bien definido a las Bolsas del Trabajo o Uniones de Sindicatos en la lucha de clases.

«He aquí lo que escribía ya en 1896:

*Las Bolsas del Trabajo declaran la guerra a todo lo que constituye sostén y fortifica el organismo social... Saben que el trabajador no aspira a ocupar el sitio de la burguesía ni a crear un Estado «obrero», sino a igualar las condiciones y a dar a cada ser la satisfacción que exijan sus deseos. También piensan, con todos los socialistas, en sustituir a la propiedad individual y su horrible cortejo de miseria e iniquidades, la vida libre sobre la tierra libre...*

«¿No es ese el programa de los Soviets? ¿Pelloutier no fué un poco padre del Sovietismo, puesto que el pueblo de Rusia fué libertado de la dominación burguesa por el golpe de Estado bolchevique, por el solo hecho de que el proletariado ruso ejerció el Poder sustituyendo con sus propias instituciones a las instituciones que mantuvieron por tan largo tiempo su horrible servidumbre? Esa es la aplicación misma de la que entreveía el secretario de la Federación de las Bolsas.

«Puede ser que, si se hubiera comprendido mejor la obra de Pelloutier, si se hubieran adaptado mejor las ideas de aquel precursor, los trabajadores se hubieran habituado mejor a no aceptar más que de ellos la obligación del deber, detestando y rompiendo toda autoridad.

«Y hoy, sacando provecho de los consejos de aquel apóstol del Sindicalismo, de aquel organizador inteligente de la clase obrera y teniendo en cuenta, para colmo, el fecundo ejemplo de los trabajadores de la Rusia revolucionaria, no deberíamos tener inquietud alguna sobre los destinos del Sindicalismo: es un porvenir hermoso el que se ofrece al proletariado de Francia, ¿qué digo?, al proletariado del mundo entero.

«Pelloutier deja dos libros admirables: *La Historia de las Bolsas del Trabajo y La Vida obrera en Francia.*

«Pero deja más aún: deja una organización viviente, un espíritu de rebeldía fecundo, no excluyendo en manera alguna el espíritu de organización y el de administración. En fin, deja a todos el recuerdo de un militante valeroso hasta el sacrificio; de un apóstol ardiente de la Revolución social y, a sus amigos, que siguen siendo sinceros y pobres como él, les deja su ejemplo.»

Ahora ya podemos creer que, por el comienzo de este estudio sobre Pelloutier lo hemos dado a conocer lo suficiente para que se desee conocer su obra. A ello nos vamos a dedicar con todo nuestro corazón de amigo al que le es grato imaginar que haciéndolo así lo hacemos amar por aquellos que lo ignoraban.

**Georges Ivetot**

(Continuará.)



# El sistema bancario y financiero de la U. R. S. S.

**L**OS acontecimientos de Alemania y, aunque con una menor influencia, las medidas adoptadas por el Gobierno francés con motivo de la debilitación de los grandes establecimientos bancarios, tales como el Banco Nacional de Crédito, incita al observador imparcial a pensar que, en un próximo porvenir, la política tradicional de los Bancos, con respecto a la ayuda a la producción, sufrirá graves modificaciones.

Bien pronto, sin duda, el crédito individual habrá cedido su sitio al crédito colectivo.

Ya no ocurrirá más que un Banco aislado, bajo su exclusiva responsabilidad, conceda un crédito a una determinada empresa particular. Será la central bancaria (cualquiera que sea el nombre) dirigida, financiada, mantenida por el Estado o la nación, la que, en función de un plan de economía nacional, consentirá los descubiertos o anticipos en cuentas corrientes, procurará los fondos de entretenimiento necesarios a tal rama de la industria o la agricultura, a tal trust de fabricación.

La decidida orientación de los Bancos alemanes, que reforzará aún la nacionalización bancaria, hacia una política de crédito colectivo, es particularmente característica a este respecto. Pero en la U. R. S. S. es donde se pueden estudiar mejor, desde ahora, las modalidades y consecuencias de semejante política.

El papel importante del sistema financiero de la U. R. S. S. en la reglamentación del desarrollo económico planteado, está determinado por el hecho de que, en la etapa actual, continúan las relaciones monetarias y de crédito, es decir, que la circulación de los productos entre las unidades económicas va acompañada de una circulación inversa de su equivalente expresado en moneda. La misión de la política financiera consiste, en estas condiciones, en establecer en la economía nacional determinadas relaciones financieras, cierto reparto de las rentas nacionales entre las diversas ramas y sectores de la economía nacional, de forma que aseguren

la posibilidad de la construcción capital proyectada, especialmente en las ramas y en las relaciones establecidas por el plan de la economía nacional.

Todo esto significa exigencias considerables al sistema financiero: éste debe movilizar el máximo de recursos para financiar la construcción capital; además, tiene que armonizar su programa de finanzas, en las ramas especiales de la economía nacional, con el plan de la economía nacional y con las medidas del Gobierno que tengan por objeto repartir los materiales de construcción nuevamente creados, el utillaje, las primeras materias y los restantes medios de producción, entre las diversas ramas y empresas; todas las medidas encaminadas a asegurar las correlaciones y cadencias indicadas en el plan...

«La misión del sistema financiero y del presupuesto de Estado de la U. R. S. S. consiste, ante todo, en repartir las rentas nacionales entre los diferentes órganos de la economía nacional, en conseguir el máximo de recursos para financiar la economía nacional...

»El sistema financiero de la U. R. S. S. tiene igualmente que crear a la actividad económica de cada empresa las condiciones financieras que la obligan a movilizar todas sus posibilidades y, por ello mismo, a multiplicar las posibilidades de la reproducción aumentada de las fuerzas productivas...

«¿De qué manera el sistema financiero podrá llegar a crear un régimen financiero que asegure la movilización máxima de las posibilidades productivas de la industria? Se han obtenido grandes resultados con la supresión del financiamiento puramente comercial y el establecimiento de otro procedimiento, por medio del cual los medios de cada empresa se componen de los recursos siguientes:

- 1) Capital social y fondos de entretenimiento;
- 2) Créditos presupuestarios para construcciones capitales (renovamiento de utillaje y ampliaciones);



3) Crédito bancario para las necesidades corrientes y temporales;

4) Beneficios de la empresa.

»El financiamiento de toda empresa es operado de tal manera que, para estar en condiciones de desarrollar su producción, ésta tiene que ejecutar completamente su plan de producción y de rebajamiento del precio de costo. Semejante organización exige el establecimiento de un plan financiero único, en el que estén coordinados todos los recursos financieros:

- 1) Del presupuesto de Estado;
- 2) Del sistema bancario;
- 3) De la acumulación interior de la economía socializada.

»De ahí es de donde se deriva ese régimen financiero riguroso, formando una poderosa palanca para estimular a las empresas y a los trusts a realizar las tareas que les son trazadas, en lo que concierne a la producción terminada y la baja del precio de costo y para introducir en toda la actividad económica el orden y la disciplina.»

*Boletín económico* de la Banca de Estado de la U. R. S. S., VII año, número 1.

El Banco del Estado de la U. R. S. S., instituido por el decreto del 12 de octubre de 1921, está destinado a proporcionar por medio de sus 500 sucursales los créditos necesarios para el desarrollo de la industria y la agricultura, bajo las formas siguientes:

Créditos para objetivos industriales y agrícolas;

Préstamos sobre garantía de mercancías, divisas o metales preciosos, o en forma de anticipos en cuentas corrientes especiales;

Descuentos y anticipos sobre efectos de comercio (operaciones comerciales con el extranjero);

Préstamos sobre letras de cambio o sobre consignaciones de mercancías.

Efectúa también todas las operaciones de banca y de caja que le son confiadas por el Comisariado de las Finanzas. Este, por lo demás, dirige la política general del Banco, ratifica las tasas de intereses y comisiones, sanciona el plan de operaciones para el año venidero y la Memoria sobre el ejercicio pasado.

La lectura del balance general del Banco del Estado de la U. R. S. S., del 1.º de enero de 1932, permite saber el ritmo se-

guido, en qué proporciones y con cuáles recursos se efectúa la política de financiamiento de la producción:

| ACTIVO  |                              |
|---|------------------------------|
|   | <i>En millares de rublos</i> |
| Encaje ... ..   | 208.852                      |
| Oro, metales preciosos, divisas extranjeras y cuentas de los corresponsales en valores extranjeros ... .. | 711.439                      |
| Obligaciones del Banco de Crédito a largo término para la industria y la electrificación ... ..           | 3.947.765                    |
| Operaciones de crédito a corto plazo ... ..   | 10.524.612                   |
| Préstamos a largo plazo a la agricultura ... ..   | 1.835.166                    |
| Operaciones por cuenta del Comisariado de las Finanzas  | 206.437                      |
| Otros activos ... ..  | 1.147.701                    |
| <i>Total ... ..</i>   | <i>18.581.972</i>            |

| PASIVO  |                              |
|---|------------------------------|
|   | <i>En millares de rublos</i> |
| Capital ... ..  | 400.000                      |
| Fondos de reserva ... ..  | 176.280                      |
| Billetes de Banco en circulación ... ..   | 2.784.413                    |
| Cuenta con el Comisariado de las Finanzas, cobrando los Bonos del Tesoro ... .. | 2.577.454                    |
| Fondos del Gobierno para préstamos a la industria y la agricultura ... ..       | 245.466                      |
| Depósitos y cuentas corrientes ... ..   | 7.077.308                    |
| Fondos del Gobierno para préstamos a largo plazo a la agricultura ... ..        | 1.672.667                    |
| Sucursales ... ..   | 974.970                      |
| Intereses, Comisiones, etcétera (saldo) ... ..                                  | 768.153                      |
| Otros pasivos ... ..  | 1.905.261                    |
| <i>Total ... ..</i>   | <i>18.581.972</i>            |

Dos partidas del pasivo merecen una explicación:

1. *Depósitos y cuentas corrientes.* A



causa de los cambios realizados en el sistema de contabilización de las operaciones de crédito, en 1931, el balance hizo resaltar la reunión de las cuentas corrientes, sirviendo a los descuentos con las cuentas corrientes ordinarias y las cuentas de depósitos.

2. *Intereses, comisiones, etc. (saldo).*

Esta partida comprende los beneficios no distribuidos del trimestre especial octubre-diciembre de 1930 y del año 1931.

Un sencillo examen del balance general del Banco de Estado y del presupuesto de Estado de la U. R. S. S. nos dará, en fin, una idea del conjunto del financiamiento de la economía soviética.

#### PRESUPUESTO DE ESTADO DE LA U. R. S. S.

|   | Ejecutado en 1931  |                                  | Plan para 1932     |                                  |
|---|--------------------|----------------------------------|--------------------|----------------------------------|
|   | Millones de rublos | Porcentaje con relación al total | Millones de rublos | Porcentaje con relación al total |
| 1. Financiamiento de la economía nacional comprendidas:   | 15.304             | 74'8                             | 20.061             | 74'5                             |
| Industria ... ..  | 6.265              | 30'6                             | 8.107              | 30'1                             |
| Agricultura ... ..  | 2.447              | 12'0                             | 3.480              | 12'9                             |
| Transp. ferr. ... ..                                      | 2.144              | 10'5                             | 2.187              | 9'2                              |
| Comercio e industria alimenticia ... ..                   | 1.751              | 8'6                              | 2.802              | 10'4                             |
| 2. Medidas sociales y culturales ... ..                   | 1.234              | 6'0                              | 1.527              | 5'7                              |
| 3. Defensa nación... ..                                   | 1.132              | 5'5                              | 1.278              | 4'7                              |
| 4. Administración ... ..                                  | 380                | 1'9                              | 583                | 2'2                              |
| 5. Fondo reserva del Consejo Comisarios del Pueblo ... .. | 610                | 3'0                              | 840                | 3'1                              |
| 6. Servicio emprést... ..                                 | 379                | 1'9                              | 1.000              | 3'7                              |
| 7. Financiamiento del presupuesto local ... ..            | 1.231              | 6'0                              | 1.249              | 5'3                              |
| 8. Gastos diversos ... ..                                 | 184                | 0'9                              | 211                | 0'8                              |
| <i>Total</i> ... ..                                       | 20.454             | 100                              | 26.749             | 100                              |
| Reserva ... ..  |                    |                                  | 500                |                                  |
| <i>Total general</i> ...                                  | 20.454             |                                  | 27.249             |                                  |

En la U. R. S. S., en el momento que una empresa ha conseguido hacer aprobar su programa de producción por las autoridades competentes, tiene el derecho teórico de exigir y obtener los créditos necesarios, independientemente de la opinión que los Bancos tengan de su rendimiento o de su solidez. Para que la demanda de créditos no sobrepase ampliamente el montante de los recursos bancarios, es necesario que todos los programas sean trazados teniendo en cuenta estos recursos.

Un decreto del Comité Central Ejecutivo con fecha del 30 de enero de 1930, entrado en vigor el 1.º del siguiente abril, organizó

el sistema y las formas de crédito de manera que se adaptaran precisamente a las necesidades de la economía soviética y «a liberar el crédito de las relaciones monetarias y de intercambio que estaban aún conservadas en el ciclo económico».

El primer artículo suprimió los giros, todos los créditos comerciales en los organismos económicos socializados y los reemplazó con los créditos bancarios.

Las operaciones de descuento desaparecieron, pues, naturalmente, del sector socializado con la aplicación de este artículo.

El descuento en la U. R. S. S. difería



esencialmente del descuento tal como se concibe y se practica en Francia, dada en principio la noción particular del efecto de comercio que tenían las autoridades soviéticas. Como hacía observar el *Mensajero de las Finanzas*, órgano del Comisariado de las Finanzas en su número de febrero de 1928, página 34: «El efecto librado por una empresa soviética difiere esencialmente del efecto librado por una empresa particular. En el sistema capitalista, se tienen en cuenta las garantías de reembolso al vencimiento. Entre nosotros esto es secundario, puesto que el efecto está girado por una empresa de Estado o por una Cooperativa. Sin contar que el efecto soviético tiene una garantía menor, desde el momento que no se podría prodigar su capital y que los órganos de control del Estado pueden oponerse a toda demanda de reembolso; importa decir que el préstamo de un efecto tiene para nuestras empresas de Estado y las Cooperativas consecuencias mucho menos graves que en los países capitalistas. Entre nosotros, un efecto es un instrumento más bien técnico que económico.»

Actualmente es el Banco del Estado el que está encargado del arreglo de las cuentas entre las empresas. En marzo de 1931, como la industria había recibido en el año créditos que pasaban en 1.500 millones de rublos del Plan Financiero, se decidió que en el futuro el Banco de Estado, para las transferencias de cuenta a cuenta de las empresas, debía llevar cuenta de las garantías y de las órdenes que llevarán la firma de las dos empresas contratantes solamente. De igual manera, en adelante no puede librar las sumas más que de conformidad con las operaciones verificadas entre compradores y vendedores.

Como las organizaciones económicas forman parte del sector socializado de la economía soviética, están, pues, privados del derecho de concederse créditos los unos a los otros, de cualquier forma que sean, resultantes de la entrega de mercancías. Los balances de las firmas industriales no contienen, pues, ya partidas acreedoras o deudoras.

Desde la entrega de las mercancías, las empresas obtienen la suma correspondiente por mediación del Banco del Estado. Como el saldo de cuentas se verifica prin-

cialmente entre diversos elementos del sector socializado, el papel más importante del Banco del Estado consiste en desarrollar al extremo las compensaciones entre aquellos elementos sin utilizar el dinero líquido, lo que puede llevarse a efecto gracias a la cuenta única abierta para cada empresa.

El Banco del Estado establece acuerdos con las empresas industriales y comerciales, organizando en detalle el arreglo de todas las cuentas de un cliente dado, teniendo en cuenta el carácter especial de las diferentes ramas de la economía nacional.

¿Cómo se efectúan entonces las aperturas de créditos a las industrias nacionalizadas y a las Sociedades cooperativas? De la manera más sencilla y más conforme también a las exigencias del Plan.

El Banco del Estado abre a cada empresa, a cada organización económica, una cuenta corriente. Esta cuenta puede comportar un saldo acreedor, cuando la empresa posee recursos disponibles, o un saldo deudor, cuando le ha sido concedido un crédito bancario a la empresa.

El plan financiero de la empresa está establecido sobre la base de su plan de producción.

El importe de los fondos de entretenimiento necesarios está determinado por el valor de las reservas materiales que se encuentran en los depósitos de la empresa, por la importancia de las operaciones de producción en curso y por el volumen de los productos terminados y semiobrados.

El total de aquellos valores, menos los fondos de entretenimiento de la empresa, determina el montante del crédito a corto plazo necesario para la ejecución del plan financiero.

Por otra parte, los planes deben de ser aprobados por el Banco del Estado y por el Consejo Supremo de la Economía Nacional.

Para obtener créditos es necesario que una empresa ejecute íntegramente el plan económico. En consecuencia, el Banco del Estado no concede crédito a sus clientes más que después de haber estudiado detenidamente su plan y vigila incidentalmente la ejecución.

Este sistema tiene, pues, por consecuencia directa, que el Banco del Estado asume el control de los organismos industriales y



comerciales, en lo que concierne a la realización del Plan Quinquenal.

«El formidable desarrollo de la colectivización en la agricultura, acompañado de cambios radicales en la técnica de la producción agrícola» hacían necesaria, según los términos del artículo 4.º del decreto, la reorganización del crédito agrícola.

En adelante, el crédito agrícola tiene por objeto el movilizar los recursos de los campesinos y dirigirlos hacia el financiamiento de las organizaciones agrícolas colectivas, y facilitar la acumulación de los recursos de los pequeños campesinos aislados, por medio de las explotaciones agrícolas colectivas, a fin de hacer posible aquella movilización.

Para alcanzar aquellos objetivos es necesario combinar el sistema de crédito agrícola con los trabajos de las Cooperativas agrícolas. Por este motivo, la reforma ha previsto la reorganización del Banco Agrícola Central, transformado en Banco Agrícola Panunionista de los Cooperadores y de los Kolkhoz, del que se convierten en sucursales los Bancos Agrícolas provinciales y regionales.

En la base del sistema agrícola se encuentran en adelante las Sociedades de crédito agrícola, privadas de todas funciones de producción o de comercio, y cuya actividad se limita exclusivamente a las operaciones de crédito a largo plazo.

Las Bancas Cooperativas, la Banca Panrusa de las Cooperativas y la Banca Cooperativa de Ucrania, han sido reorganizadas en las condiciones del decreto. Todas sus sucursales han sido suprimidas.

De ahora en adelante, el financiamiento de las operaciones normales de las Cooperativas de consumo, que efectuaban antes, y la concesión de créditos a corto plazo, han pasado a la jurisdicción exclusiva del Banco del Estado. Los Bancos cooperativos se consagran únicamente a otorgar créditos a largo plazo a las Cooperativas y al financiamiento del comercio cooperativo de importación y exportación.

La supresión de los giros y la reorganización del crédito bancario no tocan al sistema de crédito relativo a las operaciones comerciales con los países extranjeros.

En este caso se conservan los métodos de trabajo que corresponden a las relaciones existentes entre la U. R. S. S. y los establecimientos del extranjero.

En particular, el sistema de crédito, basado en los efectos de comercio, queda en vigor para todas las operaciones comerciales de las organizaciones soviéticas en los mercados exteriores.

**P. Ganivet**

París, diciembre.

## Advertencia

*Este número sale con algún retraso por causa de la huelga de tipógrafos valencianos ocurrida estos días pasados.*

*Por ello, causa de fuerza mayor, rogamos a nuestros lectores la benevolencia necesaria, ya que, por nuestra parte, procuraremos que salga siempre en sus fechas normales —del 15 al 20 de cada mes—.*

*Sirva esto de contestación a las muchas cartas que hemos recibido preguntando por la salida de este número.*



*Máximo Gorki*

(Máximo Gorki)



# ¿Hay que creer en una pronta recuperación de los negocios en el mercado mundial?

**A** partir de este verano, la gran prensa industrial y financiera ha publicado, muchas veces, informaciones que trataban de demostrar un cambio en la situación económica general.

En el mes de agosto, era especialmente la prensa americana la que hablaba de un alza significativa en los precios de ciertos productos de las industrias fundamentales. Las industrias de transformación habían reclamado las cantidades de primeras materias que las existencias agotadas por la larga crisis no permitían proporcionar. La navegación en San Francisco y otros puertos había mostrado signos de aumento, después de un profundo marasmo, y así sucesivamente.

Más recientemente, después de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, estos rumores, de vez en cuando ahogados, se han renovado. Este no es un fenómeno sorprendente, puesto que toda elección presidencial en los Estados Unidos va acompañada, durante algunos meses, de una disminución de los negocios, que, necesariamente, se amplían pasado el período electoral.

Esta vez, los periódicos industriales y financieros insisten sobre el hecho de que el nuevo presidente, Roosevelt, ha prometido siempre tratar de convocar una conferencia económica y aduanera internacional, a fin de dar un libre curso al comercio mundial.

La prensa pone igualmente de manifiesto que el punto más bajo de la crisis está indudablemente ya pasado; que los almacenes de los Estados Unidos se llenan de nuevo, sobre todo en las industrias textiles y del vestido, y que, en el mercado financiero americano, el dinero aparece en mayores disponibilidades. El optimismo se restablecerá poco a poco en los negocios.

Ante todo, lo cierto es que nosotros no vemos nada, en ninguno de los países europeos, de todos esos síntomas de recuperación de los negocios que se nos

quieren señalar en los Estados Unidos. Al contrario, el paro forzoso, el malestar general, parece acentuarse aún por doquier, a tiempo y medida que nos aproximamos al invierno.

El 15 de noviembre habían inscritos en las oficinas del Trabajo alemanas 5.265.000 parados, o sean 220.000 más que en la misma época en 1931.

La Sajonia, el tercer Estado alemán en magnitud, el país más rico, desde el punto de vista industrial, del mundo entero, acaba de lanzar en el *Reich* una llamada de socorro. El país está al cabo de sus fuerzas; dos quintas partes de su población viven de la asistencia pública.

Los rumores actuales de recuperación me hacen recordar aquellos, análogos, que la especulación americana hizo correr a finales de 1907, entonces que la crisis aguda no había comenzado más que dos meses antes e iba a prolongarse hasta 1909.

En aquel tiempo, diciembre de 1907, eran las mismas canciones: el pequeño ahorro quedaría tranquilizado, una casa de banca de Nueva York había anulado ya una orden de compra de una determinada cantidad de oro a importar de Inglaterra, noticia que se recibió en la Bolsa con alaridos de triunfo, etc.

En cuanto a la situación mundial presente —finales de 1932—, debo decir que he tenido que hacer demasiados estudios económicos en mi vida para ver, esta vez aún, otra cosa, en los rumores de cambio en esta situación, que los efectos de la especulación americana.

Los financieros son, en demasía, gentes que juzgan la situación económica mundial según los signos de la superficie, sin tomarse mucha molestia en penetrar hasta las causas fundamentales de la crisis. Observan, o se imaginan observar, que el dinero se presenta en situación más disponible; recuerdan que el nuevo presidente americano es un adversario de la guerra aduanera internacional y, en virtud de al-



gunos hechos más del mismo género, están ya dispuestos a prever el final de la crisis mundial que nos azota.

Saben que la vuelta de la confianza general podría ser un factor potente para llegar a la recuperación de los negocios y se imaginan que esparciendo, en la prensa que tienen a sueldo, rumores optimistas, podrán colaborar a devolver la confianza a los otros.

Sin embargo, ese factor de la confianza no tiene importancia más que cuando se basa en causas reales y fundamentales y no se podría confeccionar la confianza, en materia de industria, comercio y agricultura, por medio de informaciones tendenciosas de la Bolsa, si la situación mundial no ha cambiado en las bases de la producción y del consumo.

Toda crisis económica es un desequilibrio entre la producción y el consumo de bienes de diferentes especies.

Examinemos, pues, primero el aspecto de la producción:

Los inventos y descubrimientos de las últimas decenas de años, y especialmente, también, las medidas de la «racionalización» de la producción, introducidas por los capitalistas emprendedores después de la Gran Guerra en todas las ramas de la industria, así como en la agricultura, han acelerado la producción mundial de una manera que hubiera parecido fantástica e increíble a principios de nuestro siglo.

Esta reorganización y este ritmo acelerado de la producción han lanzado a la calle a millones de trabajadores. De los veinticinco o treinta millones de parados actuales, nada menos que diez millones se encuentran en los Estados Unidos, el país de la racionalización por excelencia.

La producción se ha acentuado y se ha perfeccionado hasta tal punto, que ni siquiera una disminución general de la jornada de trabajo, que la dejara en seis horas diarias o cuarenta horas semanales —y tengamos bien en cuenta que la jornada de ocho horas está lejos de estar concedida generalmente por los capitalistas emprendedores, ni aun en los países más avanzados—, podría ya salvar la situación. De las decenas de millones de parados hay que contar con que por lo menos *un tercio no encontrarán ya nunca trabajo*; lo que quiere decir que de cada tres trabajadores, uno por lo menos sobra y tiene

que morir, por haberlo hecho inútil el maquinismo moderno.

¿Para qué sirve que, en las industrias fundamentales, dominadas todas por trusts y cartels rígidos, los grandes magnates del capital se pongan de acuerdo para aumentar los precios y lo hagan saber, por medio de su prensa, al mundo entero? Lo esencial es saber si el público empobrecido, que no podía ya comprar a los precios bajos, podrá comprar ahora mejor a precios más elevados, subidos por la especulación de los acaparadores. Pues, he ahí el problema...

Miremos, pues, también del lado del consumo, pues únicamente un consumo muy fortificado podrá restablecer el equilibrio mundial.

¿Hay por esta parte síntomas de mejora?

Un tercio del mercado mundial queda cerrado para todos los artículos de consumo. La China está en plena ebullición y ningún emprendedor capitalista enviará allí sus mercancías sin que se las paguen por anticipado. Aquel vasto país en revolución ha boicoteado los productos japoneses, exactamente igual como la India ha boicoteado las mercancías inglesas.

Rusia y Siberia están bloqueadas para el comercio. Los países soviéticos aceptan bien determinadas mercancías —especialmente las máquinas y elementos de construcción—, pero a condición de lanzar enormes cantidades de otras mercancías al mercado, en pago, lo que hace protestar a los grandes emprendedores capitalistas europeos, alocados contra lo que ellos llaman el «dumping ruso».

Los Estados de la América del Sur parecen encontrarse en un estado de revolución permanente, si no de guerra, y asustan tanto a los capitalistas como el Asia.

La Europa central está arruinada —en parte por las reparaciones y las deudas de la guerra— hasta un grado desconocido desde hace medio siglo. Muchos países de aquéllos se encuentran ante el abismo de la bancarrota.

¿Son estos los síntomas que pueden hacer creer en un rápido y beneficioso aumento del consumo mundial?

¿Y qué hacen los Gobiernos de los países capitalistas, seguidos, si no precedidos, por los emprendedores particulares? Disminuyen por doquier los salarios y los sueldos de obreros, empleados y funciona-



rios y hacen así disminuir, de semana en semana, el poder adquisitivo de las masas laboriosas, creando un estado de inquietud que arrastra las economías suplementarias.

Para llevar al colmo la miseria y la exasperación de las poblaciones, todos los Gobiernos elevan los derechos de aduanas y entorpecen más y más el comercio mundial, con medidas de represión, formación de contingentes, etc., que impiden la entrada a las mercancías de otros países, encarecen continuamente la vida en el interior y, en el exterior, cierran las salidas por represalia.

¿Dónde habrá, pues, que buscar el cambio profundo de la situación económica de todos los países de la civilización capitalista, ese cambio profundo, sin el cual no es posible la curación de la enfermedad general?

¿No se ve que las poblaciones de todos los países capitalistas se verán obligadas a hacer, ante todo, lo que se llama «tabla rasa»?

Durante todo el tiempo que la producción social continúe siendo comparable a

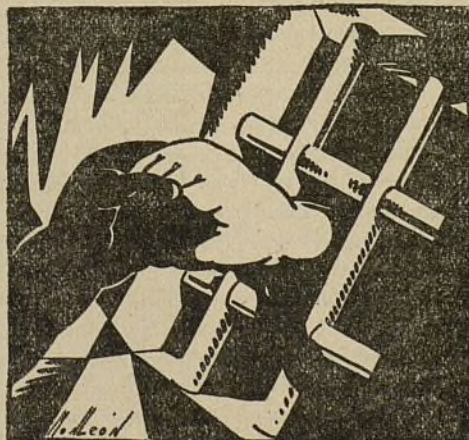
un inmenso coto donde el primer emprendedor capitalista llegado tenga el derecho de caza, a fin de realizar beneficios particulares; mientras la producción no sea controlada local, nacional e internacionalmente y adaptada, *directamente*, al consumo social, a las necesidades vitales de las poblaciones, no existirán los medios para que los pueblos salgan definitivamente del marasmo general.

Es posible que, durante algún tiempo, los negocios parezcan reanudarse un poco, pero no habrá descanso, prosperidad posible para la Humanidad, antes de la liquidación completa de la cuadra capitalista.

Esperando dicho acontecimiento, millones de trabajadores, útiles, pero superfluos, morirán de hambre y frío rodeados de granjas repletas de trigo y de almacenes abarrotados de ropas y toda clase de artículos de consumo diario.

**Christian Cornelissen**

París.



Ayuntamiento de Madrid



# La Iglesia y su política

## II

**H**ASTA donde es posible conocer las intenciones del Catolicismo, en todos los tiempos, se afanó para dominar el mundo de las *conciencias*, para mejor apoderarse del mundo de las *finanzas*; su arriendo del cielo es un negocio bancario, enfocado a ganar la tierra; su mística, excluyendo algunos poquísimos elegidos desprendidos de la materia, santos raros de la Iglesia, está encaminada a atontar las almas, quitándoles el dominio del «yo», y la entrega absoluta de la conciencia, suplantando con la personalidad del director espiritual y de la Iglesia, como rectora de la vida humana, el control del «yo» y la libre voluntad de regirse, cada hombre, a sí mismo. El Catolicismo, desde que dejó de ser Cristianismo, es una almohada, mejor, un lecho, donde se acuestan los hombres, desentendiéndose de sus conciencias, arrojando sobre el confesor, el párroco, el director espiritual, el obispo, el papa, el fardo de la vida, obrando según sus consejos, sus mandatos y sus insinuaciones; un verdadero católico, que cumpla con sus deberes religiosos minuciosamente, es casi un autómatas, que obra, como los muñecos de un gran Guiñol, donde hilos ocultos hacen hablar y moverse a títeres de materia, sin más alma que la de sus manipuladores.

Ese afán de los últimos tiempos, de la Iglesia, de hacer confesarse y comulgar, todos los días, a todos los cristianos, normas aconsejadas por los últimos papas y tan del agrado de los jesuitas y demás frailes, es el último grito *político* de la Iglesia, para tener dominados y entontecidos a los fieles; no hace muchos años la comunión diaria se ofrecía sólo a los perfectos, casi a los sujetos canonizables; ahora, grandes pecadores, sobre todo mujeres, apegados a los confesonarios, donde buscan algo más que la absolución del cura, consideran indispensable, como vermut antes del desayuno, su comunión diaria y su confesión previa.

Este es el secreto de un recrudecimiento de falsa piedad y de un recrudecimiento también de escándalos *genésicos* relacionados con confesores de moda; frailes,

buenos mozos, y curas, jovencitos e inexpertos.

Allí, en el confesonario, está la raíz del poder *político* de la Iglesia y sus posibilidades de dominación en los Estados. También está la explicación de crímenes sociales y atentados a la soberanía de los Estados y a la tranquilidad de los pueblos. Es el laboratorio donde se preparan las almas para obrar y defender a *la Iglesia y a Cristo*; claro es que la *Iglesia y Cristo* no son más que la Curia romana y sus altos auxiliares de dominación y explotación: la burguesía eclesiástica; y Cristo es... el papa, jefe y exportador máximo de esa *Iglesia anticristiana*.

Ya hemos visto, en el artículo anterior, cómo agradeció la Iglesia el derecho a vivir libre, como un culto más, entre los existentes en el Imperio romano; las leyes criminales que obligó a dictar, para acabar con todos los cultos, robusteciendo y haciendo único el suyo; cómo pudo transformarse en fuerza política, suplantadora del Imperio cesáreo, su primitiva Fraternidad comunista y libre, un poco anárquica y federal; cómo el pontífex Máximus, *emperador*, se trocó en pontífex Máximus, *papa*, con su título, triple corona, manto, litera, conducida por hombres más esclavos que aquellos que llevaban al emperador, y su ímpetu ciego de dominar al mundo.

La Iglesia romana es esencialmente cesárea, al modo que lo eran los emperadores romanos; su postulado fundamental es éste: Fuera de mí no existe la Verdad, ni el Bien, ni la Moral, ni la salvación; y obra en consecuencia de este principio. El cesarismo es esencialmente la confusión de las funciones diversas, la absorción de todos los títulos y de todos los derechos en el poder administrativo; el sectarismo es aquel espíritu de mediocridad, que está persuadido de encerrar en sí mismo toda la luz, toda la ciencia absoluta, la verdad total. La Iglesia romana posee estas dos vanidades y, cada día, se afirma más en esta vanidosa afirmación; la Iglesia es, actualmente, y desde hace muchos siglos, una organización política, perfectamente dispuesta para la dominación material y social, utilizando su poder espiritual, trans-



formándolo en fuerza coercitiva actuante sobre las conciencias, la voluntad y la razón, todo el alma y el cuerpo, para, mediante medios humanos, semejantes a los usados por las demás organizaciones humanas, ejercer una acción continua de dominio político, terreno, temporal, encaminado a apoderarse del Poder, el honor, el dominio y el dinero, en especie o en numérico, que Cristo y los primitivos cristianos despreciaban o aplicaban a remediar las necesidades de todos, en grupos, que vivían y trabajaban en común y repartían el producto de este trabajo según las necesidades de cada uno, después de haber puesto en común todos sus bienes, que pertenecían a la comunidad.

Es interesantísimo ver el criterio dogmático de la Iglesia, en nuestro siglo, sobre el tema político de formas de gobierno en relación con el liberalismo, y la aspiración de la Iglesia a este respecto.

«En primer lugar, no son ese liberalismo las formas políticas de cualquier clase que sean, por democráticas o populares que se las suponga; las formas son formas nada más. Una República unitaria, federal, democrática, aristocrática o mixta; un Gobierno representativo o mixto, con más o menos atribuciones del Poder real o con el máximo o mínimo de rey, que se quiera hacer entrar en la mixtura; la monarquía absoluta o templada, hereditaria o electiva, nada de eso tiene que ver con el liberalismo ese; tales Gobiernos pueden ser perfecta e integralmente católicos. Como acepten, SOBRE SUS PROPIAS SOBERANÍAS, LA DE DIOS Y RECONOZCAN HABERLA RECIBIDO DE EL, Y SE SUJETEN, EN EL EJERCICIO DE ESTA SOBERANÍA, AL CRITERIO INVOLABLE DE LA LEY CATÓLICA Y DEN POR INDISCUTIBLE EN SUS PARLAMENTOS TODO LO DEFINIDO POR LA IGLESIA Y RECONOZCAN, COMO BASE DEL DERECHO PÚBLICO, LA SOBERANÍA MORAL DE LA IGLESIA Y EL ABSOLUTO DERECHO SUYO, EN TODO LO QUE ES DE SU COMPETENCIA, tales Gobiernos son verdaderamente católicos y nada les puede echar en cara el más exigente ultramontanismo, porque estos Gobiernos son verdaderamente... ULTRAMONTANOS.» «Suponed una monarquía como la de Rusia o como la de Turquía, o un Gobierno de los llamados conservadores de hoy, EL MÁS CONSERVADOR QUE OS SEA DABLE IMAGINAR, y suponed que tal monarquía abso-

luta o tal Gobierno conservador tenga establecida su Constitución y basada su legislación, no sobre principios de derecho católico ni sobre la indiscutibilidad de la fe, no sobre la rigurosa observancia del respeto a los derechos de la Iglesia, sino sobre el principio o de la voluntad libre del rey o DE LA VOLUNTAD LIBRE DE LA MAYORÍA, TAL MONARQUÍA O GOBIERNO CONSERVADOR SON PERFECTAMENTE LIBERALES Y ANTICATÓLICOS.»

Donde dice Dios, póngase papa; donde dice derecho católico, póngase leyes dictadas por los papas; donde dice soberanía de Dios, póngase soberanía infalible del papa, único representante y gerente de Dios en la tierra, y quedará explicado todo el armadijo católico, contra todos los Estados que no se sometan y acaten la voluntad absoluta de Roma y sus pontífices, manifestada a los gobiernos por mediación de sus nuncios y delegados papales, verdaderos diplomáticos y agentes políticos, en la más plena acepción de esta palabra.

En buen castellano, pudiera condensarse así: Estado esclavo en la Iglesia, libre y soberana; Estado sumiso, obediente, mangoneado por Roma y sus delegados apostólicos, nuncios y obispos, persecución y destierro de todo lo que Roma no acepte, como moralidad, ciencia, verdad, desde la cima hasta los cimientos sociales. Leyes, Parlamento, enseñanza... Toda la vida nacional, controlada y dirigida por los hombres de Iglesia, aceptando cualquier forma accidental y externa, creada para contener la doctrina y aspiraciones de Roma; ultramontanismo, eso es lo esencial, según declaraciones de la propia Iglesia; pero ultramontanismo, todos lo sabemos, es igual que jesuitismo, inquisición, fanatismo, persecución a todo lo que no aceptan los representantes oficiales de Roma en cada país, obediencia a los mandatos e instrucciones del papa infalible y sus representantes, odio y exterminio de todas las conquistas democráticas y liberales, en el orden político, científico y social, negación de todos los derechos humanos y liberales, salvaguardia de todo lo consignado en el *Syllabus*, en la Encíclica *Quanta Cura*, en los Concilios, en las Encíclicas papales y en todas las normas de acción social, dadas por el papa a sus representantes nacionales; en una palabra, destrucción de la actual sociedad



*liberal y laica*, para reemplazarla por el gusto del pontífice, *católica y ultramontana*.

«El Papado no nació con el Cristianismo; se desarrolló de modo análogo a como el poder absoluto nace en las democracias; primero, la autoridad espiritual; después, la disciplina, la gestión de los intereses comunes, *a espaldas de la Comunidad*; luego, el gobierno de un hombre, sobre todos, en el orden espiritual; más tarde, también las pretensiones temporales de dominio político y, por fin, el delirio de una monarquía universal que abarcase todo el hombre; su dominio espiritual y su dominio temporal; este hecho se creó lentamente y con gran esfuerzo y protestas continuas de los verdaderos cristianos.»

Ese estado de cosas culminó en la Edad Media, sin dejar de mostrarse hasta nuestros días; aparece, desaparece, según las posibilidades de acción política y social que permita el Estado, y se muestra más o menos agresivo, según los países, leyes y fuerza agresiva que tiene el papado.

Donde son toleradas todas las religiones, menos la católica, pide humildemente, en virtud de un derecho natural, la libertad de vivir en paz con los otros cultos practicados; donde su situación es privilegiada, exige del Estado la intolerancia absoluta de otro culto que no sea el suyo, bajo pretexto de ser la única verdad; y siendo las otras religiones el error, no tienen derecho a convivir con el catolicismo.

Donde triunfó la Reforma y existen Iglesias nacionales; donde el Jefe del Estado es pontífice o jefe espiritual supremo, por dioses el derecho de ser aceptado, como una rama del Cristianismo, el Catolicismo, sin privilegios ni ventajas; donde el Estado está sometido al papa, impide y persigue a las Iglesias evangélicas que lo admitieron en sus propios territorios originales y coacciona todo ejercicio de culto que no sea el suyo, toda manifestación externa de signos evangélicos, todo intento de proselitismo; en los países llamados de infieles o paganos, nada más pagano que el catolicismo de Roma, como hemos probado en un libro, titulado *Las religiones desenmascaradas y la Ciencia, religión triunfante*, se introduce arteramente, imitando las prácticas de las religiones paganas, sus ritos, sus trajes, sus costum-

bres, provocando graves conflictos políticos, como las guerras encendidas por los jesuitas en China y Japón, los horrores de nuestra conquista de América, denunciados por el Padre las Casas, que con el venerable Palafox, arzobispo de Puebla, dijeron la verdad al mundo sobre los abusos políticos y sociales de la Iglesia de su época, costándoles gravísimas persecuciones y no haber podido pasar de venerables, a pesar de ser dos verdaderos santos de esos que el nuevo Humanismo aceptaría como suyos.

Donde entra como un favor, se convierte, en cuanto puede, en el amo, en el señor único, desplazando a los demás a lugar secundario; y, si puede, acaba con las otras religiones que lo aceptaron *fraternamente*; se alía a toda fuerza retardataria y conservadora, a todo poder despótico y fascista, mientras espera lucrarse de algún modo; se asocia a toda empresa encaminada a detener el mundo, a consolidar el poder de la burguesía, a destruir el poderoso empuje de la democracia y la justicia social; simula todas las doctrinas, imitando, bajo nombres sonoros, todas las formas de democracia, queriendo hacer guisos de liebre sin... liebre; es decir, democracias sin contenido democrático, sometidas al poder romano en absoluto, aceptando cualquier forma de gobierno mientras se someta a su voluntad y acepte sus mandatos...

El criterio de la Iglesia es invariable, y en vano pasan los siglos y las generaciones para ella; desgraciadamente para la Humanidad, su criterio, del que hace gala, es infalible; y, cada día, se afirma más en esta infalibilidad, centrada en el papa romano, su jefe, administrador y guía, suplantador de Cristo, elegido por aquellos que él mismo eligió antes, para este oficio, en las personas de sus cardenales; violando los principios y prácticas de la Iglesia primitiva, conservadas rigurosamente hasta el siglo x; el papa arrancó al pueblo y a los sacerdotes el derecho de elegirlo y deponerlo; derecho democrático conservado por la Comunidad de los fieles desde el siglo primero hasta el x, que consta, entre otros lugares, en las Actas de los Apóstoles, donde San Pedro demanda el sufragio de los fieles para reemplazar a Judas, por sufragio directo y universal; San Bernardo se quejaba ya en el siglo XII de esta cos-



tumbre antiapostólica, agravada con el transcurso de los siglos, conseguida violentamente y definitivamente por los papas, para cohonestar la elección de sus *bastardos y familiares*, mediante una corte propicia de cardenales elegidos entre incondicionales; y, no pocas veces, entre los más viciosos y malvados, como lo prueba la muchedumbre de papas tildados, aun por la Historia eclesiástica ortodoxa, de los peores vicios y de los más nefandos crímenes.

La prohibición de intervenir por sufragio directo y universal de todos los fieles, retrotrayendo el papa para sí este derecho en las personas de los cardenales elegidos por él, para asegurar la elección del nuevo papa y las restricciones de nombrar cardenales, no italianos, para papa, destruyó la forma de elección democrática apostólica y circunscribió a Italia el derecho exclusivo de elección pontificia, convirtiendo en una cosa *política y nacional* lo que hasta el siglo x era una cosa *internacional y democrática*. Así fueron excluidos los *pequeños* de la Iglesia, que son realmente los *mayores*, de toda intervención en asuntos de disciplina y jerarquía, obligándolos a obedecer y callar, amenazándolos, según los tiempos, con la excomunión o la hoguera, la confiscación de bienes y beneficios, la persecución, franca o encubierta. Este abuso convirtió a la Iglesia en una autocracia, consolidándola en una sociedad *despótica, política y ultramontana*, sin remedio posible.

El derecho al veto, consolidado en algunos Estados, para la elección de papas, llevó otro factor *político* de la peor especie a la Iglesia; Austria lo ejerció hasta nuestros días, impidiendo al cardenal Rampolla ser papa, y otras naciones lo ejercieron también más o menos clandestinamente.

Otro factor importantísimo, que influyó en la Iglesia y en los Estados, fueron los confesores reales, elegidos por Roma, ciertamente, aunque parecía libre su elección. Estos intrigantes tenían una clave secreta para comunicarse con el papa y ponían toda su influencia, que era mucha, sobre sus confesados, reyes o príncipes, para sostener los llamados derechos de la Iglesia, por todos los medios a su alcance, forzando la voluntad real y mangoneando los asuntos del Estado.

Aunque no caben en un artículo más que generalidades, apuntaremos algunos hechos, conocidos y reseñados por la Historia, sobre estos personajes siniestros. El único mortal del reino autorizado para amonestar y exigir al rey, es su confesor; él sólo tranquiliza su conciencia, le habla en nombre de Dios, lo amenaza con las penas del infierno, influye, de una manera decisiva, sobre su conciencia, sobre su razón y su voluntad; el cargo de confesor se lo disputaban encarnizadamente los partidos políticos y las comunidades religiosas, los favoritos y familiares del rey, todos los que sabían hacer de él un instrumento de sus ambiciones; era un aliado de Roma y contaban con su influencia sobre el rey todos los ambiciosos, intrigantes y conspiradores.

El confesor del rey representó siempre, en la historia de las monarquías, un lazo tendido arteramente entre la Tiara y el Estado; el espía del papa; el abogado que defiende, cerca del rey, los negocios de Roma; el diplomático del Vaticano; el que gobierna el reino, cuando el rey es débil y fanático; el que estorba todas las decisiones liberales y progresivas; el que vende a la Curia romana los secretos políticos del Estado y el rey; el mayor intrigante de palacio; el que cuida más de los negocios temporales de Roma, a quien sirve, que del alma del rey, a quien explota y traiciona.

La Historia ha dejado marcados con estigma de cieno los nombres de los padres Aliaga, Reluz, Matilla, Froilán, Nithard, Daubertón, Rábago, Claret, Montaña..., confesores todos del rey y causantes de muchos males que han quedado ocultos, constructores de almas de reyes manchadas, viles y hediondas, ludibrio de la Historia. ¡Tales directores, tales dirigidos!

Ni siquiera supieron guardar, *por caballerosidad*, eso que se llama secreto de confesión, impuesto por los teólogos, bajo penas gravísimas, que rara vez se cumplen, aunque se pruebe haberlos violado; más atentos a servir al papa y la Curia, en cuanto se cruzaban estos intereses en su camino, lo violaban.

Don Jaime I de Aragón mandó cortar a su confesor, el obispo de Gerona, la lengua, por haber violado un secreto confiado en confesión, al papa, referente a la



palabra de casamiento dada a doña Teresa Gil, con quien traía pleito en Roma; el papa lo excomulgó, *perdonándolo luego*; el papa se aprovechó, *para sus fines*, de un secreto de confesión, revelado por un obispo confesor de un rey y aun castigó al ofendido; Mariana, fraile y jesuita, dice en su *Historia de España*, LXIII, capítulo VI, «que el obispo escribió al papa, en cifra, aquella carta para que en todo se guardase más recato», y en otro lugar añade: «Venido luego que le tuvo en su presencia le mandó cortar la lengua; cruel carnicería y torpe venganza *de un desorden con otro mayor*, y con una nueva impiedad colmar el pecado pasado; si bien el obispo era merecedor de cualquier daño si descubrió el sigilo de la confesión y la religión de aquel secreto, cosa que nunca se permite».

La Historia, y a mí me lo aseguraron militares, que entonces estaban en Manila, *por su honor*, que no fué ajeno el famoso obispo Nozaleda al fusilamiento de Rizal y sus compañeros de martirio, conspiración descubierta a Nozaleda, *en confesión*, por una mujer muy allegada suya, cuyo nombre callo por piedad hacia ella, que aún vive.

El confesor de Luis XIV, Padre La Chaise, obligó al rey a declarar nulos los matrimonios entre protestantes, haciendo ilegítimos a sus hijos por haber sido habidos, decía, *en escandaloso concubinato*; su moral, como la de todos los jesuitas, era doble. Al rey, que era casado, le permitía vivir en escandaloso concubinato con su querida, madame de Montespán; Lanfrey, en su libro *La Iglesia y los Filósofos*, conserva las palabras del jesuita: «No pido a V. M. que apague, en un instante, una llama amorosa tan violenta, porque eso sería pedir lo imposible; pero procurad irla disminuyendo, poco a poco.» Catorce años duró este *poco a poco*, impuesto por el confesor al rey.

Le Tellier y La Chaise, los dos jesuitas y confesores de Luis XIV, ejercieron una verdadera dictadura sobre los asuntos eclesiásticos, trabajando sin descanso en beneficio de su Orden; elegían los obispos y dirigían, desde la cámara regia, toda la política de Roma; ellos arrancaron al rey la revocación del edicto de Nantes, que lanzó fuera de Francia medio millón de protestantes, provocando una larga y san-

grienta guerra civil; los Evangelios fueron perseguidos con una crueldad inhumana; se obligó a separar los hijos de los padres, para educarlos... *católicamente*; se destruyeron sus templos y se removieron y aventaron sus huesos, en los cementerios donde reposaban; los dos jesuitas, confesores del rey, le aseguraban que: «Con una obra fácil pagaría a Dios el rescate de sus debilidades con Mme. Montespán, *y otras*». Aquel rey que en su juventud luchó valerosamente contra el Papado, escandalizando a Roma con sus pretensiones, que influyó en el clero francés para que se declarase independiente del Vaticano, haciendo cortesanos de su omnipotencia a Bossuet y Fenelón, fué después un juguete en manos de sus confesores jesuitas, colocados a su lado por Roma, para dominarlo; estos miserables fueron el espanto de la conciencia del rey, viejo y aterrado de su pasada vida, *alegre y confiada*; su intervención, como confesores, explica el giro tomado en los asuntos políticoreligiosos en Francia, durante los años que vivió el monarca sometido a la voluntad y *la magia negra* de estos bergantes; el abuso fué tal, que al morir el rey se pensó en expulsar a los jesuitas, apropiándose de sus bienes en beneficio de las Universidades. Otro jesuita, el padre Georgel, en sus *Memorias*, dice que Lepellier, confesor del rey, abusó de la vejez y de la religión de Luis XIV PARA ELEVAR LA GLORIA DE SU ORDEN. Y Fenelón lo retrata con estas palabras: «Vuestro confesor —dice en célebre proyecto de Memoria al rey— no gusta de la sólida virtud y no ama sino a las gentes profanas y VICIOSAS. Vuestra Majestad es el único en Francia que no sabe que el Padre La Chaise es un ignorante, de espíritu estrecho y grosero... Habéis hecho de un religioso UN MINISTRO DEL ESTADO QUE DESCONOCE LO QUE SON LOS HOMBRES Y SE DEJA ENGAÑAR DE TODOS LOS QUE LE ADULAN O LO COMPRAN.»

Continuaremos este tema interesante para la República.

**Matías Usero Torrente**





## Philéas Lebesgue: el poeta campesino

**H**ABÍAME propuesto dejar por un día a París; quería visitar a Philéas Lebesgue en su finca de Neuville-Vault, a unos quince quilómetros de Beauvais. Le comuniqué este deseo y su respuesta me llegó de Mulhouse: había terminado una pequeña excursión de vacaciones y también de estudios a través de la Alsacia y se detendría un día en París. Renuncié a un viaje que me habría librado un poco de las obsesiones de las capitales. Pero esperé con alegría esta entrevista con un hombre que representa el espíritu francés y la cultura francesa con más veracidad y modestia que los mandarines de las Academias y que los tañedores de bombos de la literatura de los grandes bulevares.

Algunos críticos le llaman «el poeta-campesino», como si quisieran situarle en una categoría inferior. Sin embargo, no conozco ejemplo más espléndido y más conmovedor de esa realización de la armonía entre el trabajo y el pensamiento, entre la tierra y el alma, entre el lugar natal y el mundo.

Nacido en 1869, en Neuville-Vault, Philéas Lebesgue es descendiente de una antigua familia de artesanos y de campesinos de Picardía. Ha permanecido en su finca. «Ningún trabajador de la tierra — escribe M. Coulon —, ya sea de Picardía, de Normandía o de otra parte, gana mejor que Lebesgue su pan con el sudor de su frente.» Labrador auténtico, pero también verdadero poeta, de una cultura universal que no se ha asimilado como un dilettante, sino con la tenacidad que es patrimonio de los grandes espíritus creadores. Es poeta, y asimismo novelista, dramaturgo, crítico, filósofo, lingüista y posee a fondo cada una de esas cualidades. Sería pedantería el enumerar aquí los títulos de sus obras —unas cincuenta— y mencionar su colaboración en innumerables publicaciones literarias o de especialidad.

Remito a los que ignoran aún esta prodigiosa actividad, a la biobibliografía he-

cha por Ad. van Bever, en el volumen de homenajes aparecido en 1918 (1). La lista de sus obras se ha aumentado después. Se hallará en esta obra colectiva una veintena de artículos en los que se hallan expuestos otros tantos aspectos distintos de la actividad de Lebesgue. Y para poseer un fresco sintético de la actividad de Lebesgue, hay que leer el volumen *Páginas escogidas*, recogidas por Marcel Coulon, y divididas en seis grupos: poesía, drama, novela, crítica, filosofía y diversos, precedidos cada uno de una glosa bibliográfica y crítica (2).

Renuncio, por tanto, a bosquejar aquí la personalidad compleja y unitaria, sin embargo, de Philéas Lebesgue. Este campesino llega hasta informar a los lectores del *Mercure de France* de la literatura moderna portuguesa y yugoeslava (ha escrito también algunos volúmenes: *El Portugal literario de hoy*, *La República Portuguesa*, *Los cantos femeninos servios*, y con la firma de Demetrios Asteriptis publica cartas sobre la literatura neogriega (volúmenes: *La Grecia literaria de hoy*, una novela cretense, *Kalochori*). Pero su información no es libresca. Deja su finca cuando en los campos se han terminado los trabajos más duros, para recorrer Francia y los países meridionales.

Posee una docena de lenguas. Un erudito como F. Funk Brentano ha demostrado, por ejemplo, la competencia de Lebesgue como medievista, y un regionalista, Camilo le Mercier, de Erm, su afinidad con el dialecto bretón. Yo me permito aportar también mi humilde testimonio: Philéas Lebesgue lee también el rumano. He recibido con frecuencia de él pruebas de la simpatía que sustenta por la literatura rumana, simpatía que data de más de

(1) *Philéas Lebesgue*, edit. Los Humildes. París, rue Descartes, 4.

(2) Ediciones de La République d'Oise, place Ernest Gérard. Beauvais.



veinte años, cuando aparecía *La revista rumana para el arte y la literatura*, redactada por N. Patrascu.

Pero en el centro de esta eflorescencia intelectual palpita el corazón de poeta. Yo le veo tal como le evoca Ad. van Bever: «Su ruda silueta se destaca sobre el cielo bajo, en el límite extremo de la llanura picarda, se armoniza con el tono gris del paisaje. Rima su verso al andar de sus caballos. No es tan sólo el hombre de la tierra el que se ofrece a nosotros; es también el intérprete elocuente de las virtudes del suelo. Su gesto es a la vez el gesto que promete la recolección y el que la magnifica. Poeta-campesino, este representante instintivo de la cultura clásica ha realizado el sueño de las sociedades primitivas: crear cantando...»

Philéas Lebesgue, en efecto, ha permanecido fiel al canto que viene del corazón. En *La zarza ardiente* y en *Las Servidumbres*, hay páginas de una grave y rica inspiración. Aunque retenida, la emoción tiene amplitud. Otro manantial de inspiración se revela en *Las canciones de Margot*: frescura, abundancia, facilidad melancólica. Así como lo muestra Tristán Klingsor, Lebesgue es de la raza de aquellos trovadores o romanceros de Picardía que han creado canciones que se han hecho populares. Sin embargo, no imita el antiguo estilo. Su inspiración es libre y su numen inagotable. Es un hombre de Francia que labra la tierra, que lanza los granos en los surcos y que vuelve indolentemente a la alquería y canta: el ritmo, la medida, surgen espontáneamente y bastan pocas palabras para hacer una poesía. Algunas de las poesías de Lebesgue reclaman una melodía; él mismo ha dado algunos ejemplos de canciones, tan sencillas, tan inquietas...

Lamento no poder ver a Lebesgue en su cuadro natural, en la alquería que Mauricio Wullens ha descrito con amor. Cuando llegó allí, estaba Lebesgue en la alcaldía (pues este poeta es también alcalde de Neuville-Vault). Había esperado «en la sala inmensa y desierta, donde, ante la chimenea abierta, la abuela prepara la comida. No puedo hacer ya más que esto —me confía ella en un momento de descanso—. La infatigable campesina se desconsuela al no poder ya seguir por los campos a su hijo, a su nuera y a sus nietos;

deplora sus piernas que se debilitan y su vista que disminuye. Y este sentimiento retrata a toda una raza». En la cena «alrededor de la gran mesa de madera blanca, dueño, invitado, niños y criados se sientan... Lebesgue me parece poseer el secreto de ponerse de su grado al nivel de los más humildes, como a la altura de los más eruditos». Y, cuando la familia se hubo acostado, «delante del hogar vacío y negro, continuamos nuestra conversación. Los asuntos más diversos son evocados sucesivamente: el verso libre y el verso clásico, las relaciones entre las lenguas rusa, polonesa (polaca), servia y checa, entre el neogriego y el griego clásico, la hostilidad secular de la Francmasonería y de los jesuitas, la poesía de Verhaeren y la de Samain, etc.» Al día siguiente por la mañana, en espera de la dura labor de la recolección, Lebesgue trabaja «en su jardín lujuriente y desordenado». «El verdadero retiro de un eremita —escribía Wullens—, ese jardín con sus flores sencillas, sus legumbres y sus frutas. Se comprende realmente cómo, aislado así de los hombres y de sus torpezas, en contacto incesante con la Naturaleza vigorosa y sana, el espíritu se purifica, se desarrolla, se eleva a alturas insospechadas, inaccesibles a los pobres arribistas, preocupados únicamente por una gloria efímera y cuán vana...»

Esta mañana, antes de ir a la cita, releo *El don supremo*, dramático relato del sacrificio necesario. Son páginas «de defensa de la libertad pura y del libre sacrificio». Trátase de una leyenda de la época de la invasión de los hunos en la Galia belga, cerca de Cæsaromagnus (hoy Beauvais). A fin de poder edificar la torre de defensa contra los invasores, Milius, un gran propietario, es obligado a aceptar el sacrificio de su propia hija Genovefa. Los muros son derrumbados por tres veces, pues pesaba una blasfemia sobre Milius y sobre su pueblo, pasado apenas al cristianismo. Solamente cuando Genovefa se marchó, sin que sus padres lo supiesen, para ser emparedada en los cimientos de la torre, fué cuando el muro comenzó a subir rápidamente, «como un árbol viviente». La sangre del puro sacrificio había redimido los pecados de un mundo y ha-



bía salvado al pueblo oprimido... ¿No hay en esto una gran semejanza con la leyenda del monasterio rumano de Curtea-de-Argesh? Pero la mujer del maestro albañil Manole, gemía bajo las piedras que le arrebataban la vida. Genovefa, por el contrario, se ha sacrificado con entera voluntad, iluminada por el gozo de la salvación:

Soy el vivo cimiento  
Que pone de acuerdo a los hombres y a las mujeres  
Para construir el edificio  
De corazones gozosos y de almas fuertes...  
Sobre la Justicia  
haced un muro  
sólido y duro  
De voluntades compenetradas;  
¡Tomad mi sangre, mi joven sangre,  
Para hacerla más vigorosa  
Que la ola brusca de las mareas!  
¡Señor, Señor,  
Que la salvación de todos sea realizada sobre mi co-  
[razón!

Encontramos esta leyenda de los emparedados vivos en la literatura universal de los tiempos más remotos. Es la leyenda más hermosa y más verídica, porque corresponde a la ley del sacrificio. El espíritu no vence a la materia, sino cuando la penetra, cuando mezcla su eternidad al peso ciego de la materia. Que sea encerrada en los cimientos de un templo, de un monasterio o de una fábrica (pues los accidentes técnicos son para la mayor parte también sacrificios), la vida humana afirma su victoria más allá de los siglos y por encima de las fatalidades. La Genovefa presentada por Lebesgue se halla aún más próxima de la concepción moderna del sacrificio: no es éste solamente divino, sino también lúcido y voluntario. Es la conciencia iluminada que domina a las multitudes ignorantes y rara vez valerosas ante la muerte...



Cerca de una hora en el Metro, desde la estación de San Lázaro hasta la Puerta de Orleáns. No he sido lo bastante ágil para coger los trenes de enlace y, sobre todo, para orientarme en esos tubos subterráneos, semejantes a galerías de hormiguero, donde los indicadores se pierden entre los carteles y los reclamos polícro-

mos. Parecíame a veces que una segunda ciudad vivía allí, debajo de la metrópoli victoriosa, con sus miles de esclavos condenados a un esfuerzo perpetuo, como las hormigas obreras, para la gloria de algunas divinidades fecundas y tiránicas...

Pero cuando salí en el bulevar Brune, me creí en otra capital, lejos de París. No se veía ya aquel hacinamiento gris que disimula sus muros enmohecidos bajo cristales y placas de mármol, no había ya el aire artificial del centro, lleno de flúidos eléctricos y nerviosos. Había aquí espacio, luz y también aire que revoloteaba en la rara lluvia que daba a los árboles un frescor de bosque. Villas en los jardines. Manzanas de casas, de ocho o diez pisos, pero claros, cómodos y estilizados por arquitectos que se ingenian en realizar el nuevo urbanismo.

He aguardado a Philéas Lebesgue en una de esas manzanas, en casa de A. M. Gosez —poeta y crítico—, en un salón de antigua moda francesa, con pequeñas butacas doradas y con cofres meticulosamente cincelados. Su amigo Gosez es uno de esos finos intelectuales, correctos, en su levita de profesores, de faz delgada, iluminada por miradas azules y prolongada por la perilla rubia.

Pero cuando entró Philéas Lebesgue, con su andar lento y pesado, vi aparecer ese tipo de *campesino*, corto de talla, rechoncho, mal a gusto en su traje de ciudad, de músculos fuertes, un poco encogido por su trabajo de los campos y también por sus vigiliias de escritor. Su mano ruda de dedos nudosos estrechó la mía con esa cordialidad sencilla y profunda que yo había experimentado también en sus cartas. En el rostro de este sexagenario, la sonrisa era difusa y radiante, con frecuencia, en las pequeñas pupilas como dos puntos de acero. El viento y el sol habían dado una tonalidad purpúrea a sus mejillas. Su alta frente, surcada por el arado del pensamiento, parecía acariciada también por las brisas del ensueño. De cabellos cortos, apenas encanecidos, y de perilla escasa, diáfana, como un puñado de dientes de león, sembrados y prontos a ser diseminados por encima de los campos...

¿Podía yo hacerle también las preguntas preparadas? Comprendí que no podía pedirle una entrevista a este hombre y que, para que su pensamiento se abriese



ante mí (pues su corazón me había sido abierto y su grave dulzura me envolvía, sosegada), érame menester suscitar aquellos planos divergentes de dos mundos distintos, aunque tan estrechamente dependientes uno de otro. El ciudadano y el campesino. El hormiguero de la técnica y la casa de campo aislada. Y le confesé mi nostalgia de hombre de ciudad, huésped a veces de la Naturaleza, que él contempla con más frecuencia desde la ventanilla de un expreso que desde el claro de un bosque, en la proximidad de los campos cultivados y extendidos con tapices multicolores...

—Nuestro siglo es el de la máquina, de los trusts y de la revolución. Pero, ¿cómo está considerado por un hombre habituado a meditar con la mano sobre el mango de su arado?

Philéas Lebesgue me miró con indulgencia; su silencio era una preparación. Y su voz profunda, atenuada como un murmurio, me hizo el don de un principio de confesión:

—En plena oscuridad, sin conocernos, nos hemos inclinado sobre el abismo en que se agita, como en un círculo infernal, la Humanidad actual, la de la Máquina, de la especialización y de la standardización. Poco a poco, nuestras miradas, deslumbradas primero por fulguraciones cegadoras, han visto sobre la superficie tersa de un lago inmóvil, el lago de las lágrimas cuajadas, reflejarse nuestros dos rostros fraternales...

Era el poeta y el visionario quien hablaba:

—La sombra de Tolstoi erraba lentamente por la orilla desierta. Nosotros nos hemos puesto en pie y vos me habéis hablado. El silencio os había revelado mi angustia, mi frenética necesidad de amor —es decir, de armonía y de belleza, mi fe en el esfuerzo individual hacia una conciencia más segura de sí misma, en la virtud de la libre elección, en la economía voluntaria, la economía moral se entiende, que proviene del sacrificio consentido en toda independencia—, mi culto de la vida perpetuamente creadora, mis aspiraciones hacia un mundo pacificado por la unión fecunda del Ensueño y de la Acción, fuera de las fórmulas puramente utilitarias de lógica abstracta...

Un momento más de silencio, pero todo

vibrante con los ecos de esta profesión de fe:

—La Máquina —prosigue Philéas Lebesgue— se halla en vías de avasallar al Mundo, mientras que en el espíritu de sus inventores debía de servir para libertarle. Ahora bien, los inventores han vivido pobres, e incluso algunos se han muerto de hambre. Las maravillas que crearon han sido captadas por hombres preocupados únicamente por beneficios personales y no por el bienestar general... Nació el Capitalismo y, para asegurar su hegemonía, imaginó exasperar las necesidades de manera sistemática. Así ha organizado el reinado de la Materia y disminuido las prerrogativas del Espíritu. Voluntades desfallecientes, tradiciones desmoronadas, libertad individual entregada más bien a los caprichos de la fuerza... Al cabo de esta evolución, ya no hay otro ideal que la intriga. Entretanto, el espíritu guerrero, nacido de un egoísmo sin contrapeso, no cesa de desarrollarse y, en el seno de alguna próxima convulsión, sangrienta, corremos el riesgo de ver desaparecer las maravillas científicas de las cuales nos hallamos tan orgullosos y de volver al estado salvaje, habiendo sido roto todo freno de conciencia...

—Hay, por desgracia, bastantes siniestros presagios.

—La *traición de los clérigos*, denunciada por Julián Benda, es un temible síntoma. Esta traición se halla en el trance de impedir toda reconstitución de una *élite* cohesiva y directora. Los valores morales se están aboliendo, la proclamación de soberanía absoluta de los Estados es la pura negación de ellos, y no se ve bien cómo, en este mundo sometido exclusivamente al Dinero, podría ser reconstituída la noción esencial de lo *Sagrado*, base de todo vínculo social verdadero. La experiencia inédita que persigue hoy la Humanidad, la experiencia *mecanicista*, es, por tanto, particularmente peligrosa. Estamos sentados sobre un volcán, piensen lo que piensen las sectas antagónicas que sueñan con realizar cada una para sí la unidad humana bajo un mismo dominio y que, para lograrlo, no cesan de librar los combates más encarnizados, sin ver que el azar de los temperamentos sitúa automáticamente a los seres en un campo o en otro, de suerte que las soluciones no son



nunca más que provisionales... Armonizar no es forzar ni destruir. Cada individuo por su nacimiento, y cada pueblo por sus afinidades, tienen su función y su misión propias. Hay que permitir a cada cual que ocupe el lugar que le corresponde. Por eso el propio individuo, para ser completo, no debe dejar sin cultivo ninguna de sus facultades... La mano debe de ayudar al cerebro. ¡Cuántos diplomados de las más altas escuelas ignoran las menudas condiciones de la vida práctica y, a falta de haber efectuado nunca ningún trabajo manual, legislan de manera inicua, aun cuando se hallen animados de las mejores intenciones. A este propósito, la vida en el campo hállase llena quizá de enseñanzas más directas que la existencia en la ciudad. El campo, que no es sino una simple reunión de familias, únese directamente al mundo entero, y a través del planeta, todos los hombres del campo, particularmente los labradores, tienen rasgos comunes que les preparan para fraternizar por instinto. El error de los Estados industrializados del Occidente consiste en haber enseñado a los terratenientes el menosprecio de su condición, aun cuando ella sea tal vez la más noble de todas, en tanto que los métodos puramente industriales no llegan a viciar su carácter con la preocupación exclusiva de la Cifra. Con la Cifra desaparece el Canto que vincula el alma individual al alma universal y la hace comulgar con el Cosmos...

—Los que creen en el imperativo de la producción, no comprenderán seguramente esa protesta de la Poesía.

—Piensen lo que pensaren los dueños de la hora, los nuevos evangelistas —insistió Lebesgue con la misma dulce sonrisa—, el hombre no ha nacido exclusivamente para ser un coeficiente de producción obligatoria (obligatoria y consentida, dicen nuestros políticos), sino para llegar a ser una Conciencia. El *standard of living* no debe ser el criterio del grado de civilización de un pueblo, sino su capacidad de amor reflejado frente a los grandes ideales de Libertad, de Justicia, de Armonía espiritual...

—¿No deberíamos exigir esa capacidad de amor consciente en primer lugar a los que creen formar esa llamada «élite de la inteligencia»?

—La verdadera vocación del hombre,

consagrado a las obras de la Inteligencia, a la creación del arte, al apostolado científico o religioso, es a base de desinterés, y toda sociedad bien organizada debería tomar a pecho el poner a su *élite* de este orden al abrigo de las necesidades materiales inmediatas. Sin embargo, nada de prebendas; pues la carne es débil y pronto hace que se sumerja el Espíritu. En el estado actual de cosas, el intelectual digno de ese nombre debiera hallar más moral el exigir sus medios de existencia a otra profesión que al envilecimiento de su talento. La prostitución es siempre una lacra... Y yo admiro más a un Francis André que, lleno de pasión por el whitmanismo, canta al trabajo agrícola que le hace vivir, que a muchos novelistas mimados por el éxito. Además, tiene la ventaja de conocer bien lo que celebra (1).

Y Philéas Lebesgue seguía el hilo de sus pensamientos, tenaz, tal como lo habían formado la línea circular del horizonte de los campos y el surco en que se adentraba en pos del arado.

—Lo repito: el creador de valores científicos o literarios debiera ser puesto también a trabajar con toda independencia. La sociedad actual, que no se halla nunca falta de invenciones demagógicas propias para arruinar las conciencias rectas y altivas, obraría con más honradez y con más prudencia si cuidara de asegurar solamente el pan cotidiano a quien hiciera voto de pobreza en el trabajo intelectual y artístico. A cambio del apoyo material, el Clero, para volver a citar el llamamiento de Julián Benda, haría don de su obra a sus hermanos. Pero veo venir la objeción y ésta es de peso. ¿Consentirían los Amos de lo *Temporal* en dejar su completa independencia a lo *Espiritual*? En el estado actual de las conciencias, de seguro que no. Y no he expresado hasta ahora más que un simple voto, cuya realización próxima o lejana se halla subordinada a la restauración de la noción de lo *sagrado*. Sagradas son las obras del Espíritu. Son la más sublime expresión de la Vida...

El rostro de Philéas Lebesgue se abrasaba de esa luz interior de los grandes creyentes. Su mano tosca y nudosa se alzó lentamente, como para una bendición. No

(1) Francis André, joven campesino belga, ha debutado, en 1928, en la literatura, con un tomito de versos: *Poemas campesinos*.



osé formularle ninguna pregunta árida. Dejé que su pensamiento se desarrollara hasta el fin:

—Los verdaderos intelectuales, los intelectuales libres, no pueden hacer otra cosa en la lucha social, política y económica, que tratar de unirse internacionalmente, fuera de toda formación política, pues la política pertenece a lo temporal, y para la Inteligencia no puede hacer de otro modo que ser parasitaria...

Yo escuchaba esto como un eco de mis propias convicciones.

—Sí —precisaba Lebesgue—, la política lleva al empleo de la fuerza, a la intolerancia en el dominio moral y religioso, y el Espíritu no puede ser sino libre. Para salvaguardar esta libertad, no podrían existir demasiados sacrificios...

Quise desflorar un problema esencial, un punto neurálgico para muchos intelectuales que pueden ver más lejos que las fronteras artificiales. El antagonismo entre el patriotismo y el internacionalismo, ¿será irreducible? Lebesgue, vinculado de tal modo a un pedazo de tierra sobre el cual había laborado toda una vida, respondió con vivacidad y franqueza:

—No veo, por mi parte, que el amor del suelo natal, el vinculamiento razonado a una patria determinada se oponga a la busca de simpatías internacionales. No puede negarse que la cultura moderna se halla orientada totalmente hacia la organización de un nuevo *humanismo*, que necesita una aportación de cada pueblo o nación a la obra común de armonía. Las bases de este humanismo, ¿deben de ser distintas en absoluto a las que han presidido la edificación del antiguo? No podríamos pensarlo; pero este humanismo antiguo debe de ser ensanchado en una vasta síntesis presidida por la Razón intuitiva. Cada pueblo tiene su genio propio, y este genio se expresa en su lengua, en las tradiciones populares, en la Música, en la Poesía y en la Arquitectura. Hay que separar de ese genio particular todo lo que pueda contener de *general*, para parearlo a sus vecinos. Este estudio es el más apasionante de todos, pues nos hace comulgar con el alma de las razas y remontarnos a los orígenes del pensamiento y del sentimiento humanos. Los servidores del Espíritu no tienen, a mi entender, tarea más urgente que la de informar a los pueblos

acerca de sus afinidades. Todo dogma preestablecido hállese demasiado en la ocurrencia...

Acepté con una silenciosa inclinación estas verdades proclamadas por un anciano para quien la vida ha sido una experiencia ininterrumpida, un trabajo apasionado y una creación exaltada.

—Así —y Lesbegue esbozó el gesto de una conclusión lógica— será preparada fructuosamente la vida social futura, que debe realizar *la síntesis entre la Materia y el Espíritu*, asegurando la supremacía de esta última, esto es, su completa independencia. Pensemos en las catástrofes que el maquinismo sin contrapeso puede reservarnos para mañana. Aún es posible conjurarlas, sin duda, pero no hay minuto que perder. ¿Y quién sabe si la salvación de la Humanidad no exigirá mártires una vez más...? Esforcémonos, en todo caso, en hacerlo reconocer a sus verdaderas élites, y rehusemos a la Fuerza bruta todo género de culto. Hay tres cosas primitivamente contemporáneas: el Hombre, la Libertad y la Luz —dicen las Triadas bárdicas...

Lebesgue se levantó y sus manos vigorosas rodearon —fraternales y protectoras— mis hombros.

—He sentido —añadió en el momento de separarnos—, qué fervor nos animaba y qué alta esperanza guiaba vuestro apostolado. Nada podía conmoverme más, creedlo bien...

Bajé la escalera dirigiéndome en voz baja como una especie de reproche: soy yo quien debiera haber dicho estas últimas palabras a Philéas Lebesgue, con toda mi gratitud por la gran enseñanza que me había dado: la del poeta piadoso y visionario que, mezclado con los humildes, sufre como ellos, pero por más justicia y más belleza en esta tierra fecundada con tanta sangre y con tantas lágrimas...

**Eugen Relgis**

(Traducción de E. Muñiz.)

Lebesgue traduce también el español. Ha hecho una adaptación de *El Evangelio del Amor*, de E. Gómez Carrillo, que han publicado en francés las Ediciones Flasque, París. (N. del T.)



# Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

## VIII

**P**ERO lo más interesante de cuanto venimos reseñando del movimiento obrero de aquel tiempo, es el desdoble que sufre «Solidaridad Obrera». Como dijimos al dar cuenta de su constitución, en principio, «Solidaridad Obrera» no era más que una Federación Local de Sociedades Obreras. Ciertamente es que desde el primer momento recibió adhesiones de Cataluña y de España. Pero estas adhesiones no tenían más virtualidad que animar a los camaradas de Barcelona a proseguir la labor por ellos emprendida.

Pero otras poblaciones se prepararon a imitar el ejemplo de la capital de Cataluña. La primera, en el orden de organización, fué Badalona.

Siguiendo el propósito de los obreros barceloneses, los trabajadores de la vecina ciudad de Badalona tomaron el acuerdo de constituir «Solidaridad Obrera» local, o sea, la Federación Local Badalonesa.

Las entidades que la integraron ya desde el primer momento, fueron las siguientes: albañiles, peones de albañil, vidrieros, carpinteros, metalúrgicos, cordeleros, arte fabril, barberos, cristaleros, panaderos, pintores y Artes y Oficios.

Comunicado este acuerdo a «Solidaridad Obrera, de Barcelona, el Consejo de ésta acogió la iniciativa con el mayor entusiasmo y cariño, y, al efecto, organizó una visita colectiva a Badalona, dándole a la misma carácter de acto público, que se celebró por la mañana en el Teatro Cervantes, y de Asamblea regional, que se celebró por la tarde en el mismo teatro, a la reunión de delegados que de distintas localidades acudieron al acto de Badalona.

Las entidades que enviaron representación, tanto al mitin como a la Asamblea de la tarde, fueron las siguientes: De Barcelona: cincuenta y siete entidades que integraban la Federación *Solidaridad Obrera*, y, además, las Sociedades de Doradores, Lampareros, Constructores de Cajas de embalajes, Vidrieros, de Sans y

la Bordeta, y Fideeros. De *Badalona*: las entidades ya señaladas, y que formaban la Federación Local. De *Mataró*: el Centro de Corporaciones Obreras; Sociedades: Géneros de Punto, Pintores, Unión de Obreros Albañiles, Peones de Albañil, Unión Obrera del Arte Fabril y Sociedad de Oficiales y Aprendices de Albañiles. De *Canet de Mar*: Solidaridad Obrera, Arte Fabril, Oficios Varios y Albañiles. De *Premiá de Mar*: Arte Fabril y Peones de Albañil. De *Vilasar*: Tejedores. De *Caldas de Montbuy*: Canteros y Adoquinadores de la región catalana. De *Manresa*: Tintoreros. De *Igualada*: Curtidores. De *Capellades*: Oficios Varios. De *Manlleu*: Federación Obrera Local. De *Vich*: Federación Obrera Local. De *Sabadell*: Federación Obrera Local. De *Tarrasa*: Federación Obrera Local. De *Roda*: Hiladores y Anudadores. De *Berga*: Aserradores Mecánicos. De *San Feliu de Codinas*: Arte Fabril. Total de entidades representadas: 132, de 150 que pertenecían a la provincia de Barcelona.

En el mitin celebrado por la mañana hicieron uso de la palabra cuatro delegados de Barcelona, tres de Badalona, uno de Mataró, uno de Sabadell, uno de Tarrasa y otro de Manlleu.

La peroración de los oradores giró en torno a la importancia del acto que se estaba celebrando, pero su sentido unánime fué el de excitar con frases entusiastas la unión y la organización de la clase trabajadora para defenderse de la explotación capitalista, y demostrando que la asociación y la solidaridad son el único medio por el cual podemos mejorar nuestras condiciones de vida y de trabajo, perfeccionándonos hasta que por nuestro esfuerzo podamos alcanzar nuestra total emancipación económica y social.

Resumió el camarada presidente del acto y dióse el mismo por terminado, desparrándose por Badalona todos los camaradas llegados de fuera, hasta la sesión que debía comenzar por la tarde.



A las tres y media de la tarde dió comienzo la reunión, que fué presidida por el secretario general de «Solidaridad Obrera», de Barcelona.

Los temas puestos a discusión fueron los siguientes:

1.º Asociación y forma de la organización.

2.º Medios para la propaganda.

3.º Forma de pagar el periódico *Solidaridad Obrera*.

4.º Actitud que debemos observar en el Primero de Mayo; y

5.º Asuntos generales.

«Sobre el primer punto de organización expusieron su opinión distintos delegados, tendiendo a dar carácter regional de momento a la Federación de «Solidaridad Obrera», modificando si es preciso los Estatutos para que puedan ingresar en ella todas las Sociedades obreras de Cataluña y, más tarde, de España, sobre la base de la mayor autonomía posible. Sobre precisar las formas de acción dentro de la organización obrera, acordóse que «Solidaridad Obrera» convocara un Congreso de todas las Sociedades de la región, a fin de que se discuta más ampliamente, invitando a las Sociedades a que presenten temas sobre este importante asunto.

»Sobre el punto de realizar una acción común por la propaganda, expusieronse también distintos criterios, predominando, sin embargo, el de que en cada localidad se procure organizar los pueblos comarcanos, constituyendo asociaciones donde no las hubiera y prestándose el apoyo necesario todos los organismos o Sociedades existentes. Se expuso la necesidad de constituir un fondo especial para propaganda entre todas las Sociedades para que pudiera permitir una excursión general por medio de excursiones; mas no recayó sobre este asunto acuerdo definitivo hasta saber la opinión de las demás localidades de la región.

»Sobre la forma de prestar apoyo y pagar el periódico *Solidaridad Obrera*, propusieronse varios procedimientos, adoptándose definitivamente que cada Sociedad procure adquirir semanalmente un número determinado de ejemplares los expendia y distribuya como crea más conveniente.

»Sobre la actitud que debemos adoptar en el Primero de Mayo, a propuesta del

Consejo de «Solidaridad Obrera», se convino en dejar a cada Sociedad y localidad respectiva su autonomía para celebrar o no la fiesta en dicho día; pero se aceptó el criterio de que los trabajadores deben conmemorar este día dignamente como su origen merece y con la seriedad propia de una fecha que significa un episodio histórico de las reivindicaciones proletarias. En este sentido se conviene por la Asamblea que se realicen en dicho día actos de cultura y de propaganda social en todas partes, poniendo en conocimiento la Presidencia a la Asamblea que el Consejo de «Solidaridad Obrera» ha acordado la celebración de una velada literaria sociológica para la víspera del Primero de Mayo y una función teatral, con un drama revolucionario, en dicho día, cuyo producto se destinará a la propaganda en general.

»Por último, entrando en los asuntos generales, un compañero delegado dijo, en nombre de su entidad, que sería conveniente que las Sociedades se preocupasen del proyecto de ley de reglamentación de huelgas que se propone llevar a efecto el Gobierno; con asentimiento de la Asamblea, leyóse dicho proyecto, que, en efecto, resulta trata de cohibir el derecho a la huelga; mas como otro compañero delegado parece que no estaba conforme en discutir los actos de los Gobiernos, pues que ya se sabe que éstos, mientras predomine el Estado capitalista, nada bueno pueden inventar para los trabajadores, se muestra partidario de que los obreros; hemos de ocuparnos para nada de lo que se refiere a política; por este motivo se produjo alguna efervescencia en la Asamblea, sin que, a nuestro entender, hubiera motivo para ello, pues creemos que, sean los asuntos que sean, deben tratarse con serenidad, con el buen ánimo de entendernos y llegar a una solución.

»Terminado el incidente, después de alguna satisfacción de ambos delegados, el compañero secretario general de «S. O.», de Badalona, dirigió algunas frases de reconfortación al público y terminó el acto, por ser ya una hora avanzada para marchar los delegados, dando fin a la jornada en medio de vivos y animados comentarios entre los concurrentes, que son siempre señales del interés que se siente cuando se tratan grandes cuestiones.

»En resumen, pues, la jornada del miér-



coles fué un acto de vida de «Solidaridad Obrera», como decimos al principio, y un día laborioso para nuestras reivindicaciones proletarias. ¡Adelante! ¡Viva la solidaridad obrera!»

En principio, la organización del acto había sido acordada para el domingo, 22 de marzo; pero la falta de tiempo para que las entidades de la región que lo desearan pudiesen estar representadas en el mismo, hizo que éste se aplazara hasta el miércoles, día 25 del mismo mes. Por lo mismo, fué el día 25 de marzo de 1908 que «Solidaridad Obrera», de Barcelona, dejaba de ser una Federación Local para convertirse en organismo regional, aunque más propiamente podríamos decir provincial. Pero el primer impulso estaba dado; lo demás vendría poco a poco, como así fué.

Las repercusiones del acto de Badalona fueron rápidas e inmediatas. La primera fué el nombramiento de un nuevo Consejo de «Solidaridad Obrera», que modificó, en parte, el anterior. Después lo fueron las adhesiones, que llegaron en cantidad suficiente para pensar en algo más serio que lo hecho en Badalona. Y decimos más serio en el sentido de extensión, no de intensidad. Pues en este acto se había hecho lo más que podía hacerse.

Paralela a esta labor de reorganización del organismo confederal, va la otra, la de reorganización del proletariado de todos los ramos, tanto en Barcelona como en la provincia y en la región. Al mismo tiempo, también se desarrolla intensa y bien orientada labor de propaganda sindical. Afirmamos que muchos de los trabajos publicados entonces en el periódico *Solidaridad Obrera*, primera época de su aparición, podrían reproducirse hoy sin menoscabo de las ideas.

Sin confusionismo, sin ditirambos, sin truculencias de lenguaje, como las que suelen usarse hoy en nuestra prensa, aquellos camaradas hacían una verdadera labor de capacitación y revolucionaria. Sus artículos sobre orientación sindical y de lucha de clases, conservan una lozanía y un sentido de la realidad no envejecidos por el tiempo ni mucho menos gastados por las luchas.

Pruébalo el desarrollo que alcanzó la organización y, además, el respeto que había para la diferencia de tendencias de los individuos que actuaban en la misma.

Aparte esto, cabe señalar cómo enfocaban los problemas que interesando, quizá más directamente que a nadie, a la clase trabajadora, interesaban también al pueblo en general.

Por aquel entonces comenzó la reforma de Barcelona, con el derribo del dédalo de calles, callejones y callejuelas de lo que es hoy la Gran Vía Layetana.

Las organizaciones obreras de Barcelona, preocupadas de las condiciones económicas en que la reforma podría hacerse en la parte correspondiente a los obreros que hubieran de emplearse, se dirigió al Ayuntamiento varias veces pidiéndole explicaciones. Y el Ayuntamiento hizo oídos de mercader a tales demandas.

Producto de esta indiferencia a las demandas de los trabajadores organizados por parte del Ayuntamiento, fué que aquellos publicasen un documento dirigido a la opinión pública, del que entresacamos lo más esencial.

Decía así:

«... ..»

«Sin embargo, los abusos que preveíamos se realizan fatalmente; entre muchos, que iremos señalando desde nuestro periódico *Solidaridad Obrera*, basta por hoy citar los siguientes:

»1.º Que no se cumple por ningún contratista del Municipio el establecimiento del jornal mínimo de trece reales, que debieran percibir los obreros carreteros y peones en general.

»2.º Que no se respeta en los trabajos la jornada de ocho horas, acordada por el Ayuntamiento, a petición de los obreros y confirmada por una real orden.

»3.º Que en la mayor parte de los oficios que trabajan por cuenta directa e indirecta del Municipio, no se pagan los salarios estipulados en los mismos.

»4.º Que no se observan debidamente en los trabajos las condiciones de higiene y seguridad para los obreros.

»Todo esto, que debiera en primer lugar ocupar la atención de un Ayuntamiento que se precia de popular y de demócrata, se consiente, al contrario, no obstante ser los que más contribuimos a las cargas del Municipio.

«... ..»

»Asociémonos; hagamos fuertes las Sociedades de resistencia en cada uno de nuestros oficios, y evitaremos por nosotros



mismos todos los abusos y las injusticias de nuestros explotadores, prescindiendo de intermediarios, que sólo buscan elevarse con vanas oratorias.

«...asistid todos a los actos que a este efecto os convoquen vuestras Sociedades, demostrando así que estamos dispuestos a sostener la dignidad de nuestras entidades y hacernos respetar nuestros derechos, abandonados por el Ayuntamiento y atropellados por unos cuantos contratistas acaparadores de las obras del Municipio.

«Os desean salud y emancipación social.

«Las Sociedades de Aserradores Mecánicos; Albañiles, de Barcelona; Canteros y Adoquinadores, de la R. C.; Marmolistas; Albañiles, de San Martín; Carpinteros, de Barcelona; Cerrajeros de obras; Albañiles, de San Andrés; Ladrilleros, de Sans; Cargadores y descargadores de hornos; Carpinteros, de Gracia; Albañiles, de Sarriá; Papelistas; Carpinteros, de San Martín; Canteros, de Montjuich; Albañiles, de Gracia; Picapedreros; Pintores; Albañiles, de Sans; Carpinteros, de San Andrés; Lampareros, Latoneros y Hojalateros; Albañiles, de Horta; Peones de albañil; Encañizadores; Yeseros adornistas; Carpinteros, de Sarriá; Yeseros revocadores de paredes, y, en apoyo moral de dichas entidades, «Solidaridad Obrera».

Publicó la organización otros documentos, refiriéndose a las condiciones en que las contrataciones habían sido hechas, denunciando abusos y corruptelas.

Por otra parte, «Solidaridad Obrera» comenzó a extenderse por Cataluña. La reunión de Badalona se celebró en marzo, como ya hemos dicho, y en mayo, organizada por el Consejo de «S. O.» se realizó lo que podríamos llamar un trabajo de exploración en diversas poblaciones de la región.

Blanes, Calella, Arenys de Mar, Mataró, Vich, Roda, Manlleu, Torelló y Villafranca fueron objeto de la visita del Consejo y de delegados de la organización de Barcelona. Y aunque en alguna de estas localidades, puede decirse que en todas, existía ya organización, la visita y sondeo de los delegados de «S. O.» venía a fortificar los lazos de solidaridad y el compañerismo allí donde no existían; a establecerlos donde no los había, y a laborar por la organización de los oficios y profesiones desorganizados o inorganizados hasta entonces.

Lo importante del caso es que fué una labor personal, hecha de camarada a camarada, aunque por parte de los delegados de Barcelona tuviese, como es de suponer, carácter marcadamente oficial.

Conflictos por entonces, primeros del año 1908, en Barcelona y Cataluña, no hubo muchos. De los más importantes fué el que sostuvo Arte de Imprimir con *El Poble Catalá*, diario nacionalista, en el que colaboraban hombres que pocos años antes, período de Montjuich, no tuvieron escrúpulos en llamárselo, algunos, y otros en ponerse al lado de los anarquistas perseguidos.

La campaña hecha contra *El Poble Catalá* fué intensísima. Pero como la razón estaba de parte de los obreros, la opinión no tuvo inconveniente en ponerse a su lado.

Hubo también una huelga de anudadores del Arte Fabril, en Manlleu.

Los albañiles de Roda también se declararon en huelga, solicitando un real de aumento en el jornal diario, petición negada por los patronos.

Mítines, conferencias, veladas instructivas se organizaban varias semanalmente. Tanto en Barcelona como fuera de la capital, aunque más particularmente en ésta.

Entre las reivindicaciones más en boga en aquellos tiempos, quizá la que preocupaba más a los trabajadores, después del aumento de salario, que ha sido siempre la preferida, merece citarse el descanso dominical. La casi totalidad de las profesiones no lo aplicaban; y donde era obligatorio aplicarla por mandato legal o por tácito convenio entre obreros y patronos, éstos no la respetaban, vulnerándola a cada paso. Ciertamente es que la mayoría de los obreros lo consentían. La idea de llevar un jornal más a casa cada sábado les cegaba la razón, no dándose cuenta del daño que a sí mismos se causaban.

Pero el caballo blanco de los ataques más inmediatos, preferentemente, lo era el comercio, pues la dependencia estaba verdaderamente esclavizada. Y entre los oficios, merecían citarse los barberos y peluqueros.

También habían de organizarse periódicamente actos de protesta contra los atropellos del Poder público, por las detenciones arbitrarias. Uno de ellos fué organizado para el domingo día 18 de febrero





## **CINEMA LA CANCIÓN DE LA VIDA**

### **FILM DE ALEXIS GRANOWSKY**

Hace sólo diez años, el cine era un inocente pasatiempo, distracción pueril, que no podía soportar cualquier persona dotada de inquietud estética. Hace cinco años no existía en Europa verdadera producción cinematográfica; el cinema americano lo había invadido todo. Y el cinema americano es bueno para americanos: he aquí por qué no se podía ir al cine.

Afortunadamente han variado las cosas: Europa, la vieja y doliente Europa, ha vuelto por los fueros de la producción cinematográfica; Francia, Alemania y Rusia han dado cineastas extraordinarios, que han revolucionado la técnica cinematográfica paralelamente al triunfo indiscutible del cine sonoro, realizando creaciones magníficas y elevando el cinematógrafo a la categoría de un nuevo arte plástico.

Ejemplo de lo dicho anteriormente es el gran film, de Alexis Granowsky, «La canción de la vida», emotiva y sensible interpretación de un *lied* alemán, que presentó en Madrid Estudio Proa-Filmófono, en cumplimiento de la elevada misión que se ha impuesto. En efecto, para comprender el acierto supremo de Granowsky, es condición indispensable que el espectador no olvide precisamente eso: que «La canción de la vida» es una canción llevada a la pantalla. He aquí por qué es inútil que pretendamos hallar en él aquellos elementos ordenadamente episódicos que lógicamente exigiríamos en otros. Es un film que, cual las canciones, condensa y simboliza, en breves ritmos e imágenes, vastos y complejos aspectos sentimentales y realistas de nuestra existencia.

Estampas profundamente humanas, como los versos de un cantar se suceden: Un decrepito aristócrata prusiano ha contraído nupcias con una sana y hermosa joven; alrededor de la mesa —refulgencias de plata, cristal y blondas— los invitados disimulan tras un bullicio correcto su concupiscencia; la vieja solterona, viciosa, espía a la joven desposada, la cual, mohina, con la cabeza hundida, llora el sacrificio de su





vida. Más tarde, huye de la alcoba nupcial y, en su desesperada carrera, cuando va a lanzarse al mar, es sorprendida por un joven vigoroso que impide el suicidio. A esta escena sucede en la pantalla una fantasía: embarcados en una gigantesca grúa, se elevan sobre el inmenso puerto, divisan el mar, la ciudad... y entonan un canto a la vida, al trabajo —muchas veces rudo y cruel—, a las bellezas del mar y de la tierra.

Sucede el idilio, idilio que Granowsky tiene el acierto de expresar como una fuerza universal que gobierna a los seres, haciendo aparecer en la pantalla visiones venturosas de amor en playas solitarias o deslizándose mecidos por un balandro sobre el mar, y paralelamente otras admirables escenas de amor entre mamíferos.

Tras la fecundación llega el fruto. Pero el parto se presenta difícil; precisa la operación cesárea —estampa de un realismo fuerte, interpretada con técnica sabia y original—. Los doctores luchan con la muerte, y sus ojos, lo único descubierto del rostro, expresan las vicisitudes de la tragedia. Las visiones deformadas por el influjo del narcótico en el cerebro de la paciente, emergen borrosas en la pantalla, y así como las gotas del cloroformo van cayendo, se oyen, cual un eco, golpes sordos, pausados...

Nace el nuevo ser y, en testimonio de su existencia, da un gemido estridente... y la canción dice: «Hijo mío, no estás solo en el mundo», y se ve en la pantalla una inmensa muchedumbre que desborda... «Aunque te creas con derecho a todo, piensa que millones de hombres tienen los mismos derechos que tú...»

El niño vive..., crece... El hogar. El juguete feliz: un barco, unos elefantes de trapo, que la imaginación del nene que despierta a la conciencia, los repite, agranda, los ve mover, vivir una existencia fantasmagórica, expresada incomparablemente en la pantalla.

El padre: —¡Baby crecerá! ¡Baby se hará grande! ¡Baby será marino, correrá el mundo! Y la madre: —¡No; Baby no será marino!... Y la canción de cuna sucede a esta pugna vulgar, corriente y sublime entre el padre y la madre. Entre los dos amores, que son dos matices en el amor, suele perder la madre, porque en la vida el hijo casi siempre es «marino», héroe...

La última estrofa de «La canción de la vida» es un canto a los marinos, a la vida fuerte e inquieta de las gentes del mar.

Los tripulantes se despiden con bromas que ocultan su congoja; los que se quedan, lloran. El navío se aleja, se pierde en la bruma... hacia América, Asia, Africa...

**J. Manaut Viglietti**

Madrid, enero 1933.

Ayuntamiento de Madrid



de 1908, en Barcelona. En él hicieron uso de la palabra varios compañeros, y el presidente, al resumir el acto, dijo lo siguiente: Que el acto no había tenido carácter anarquista ni socialista, y sí únicamente del más puro sindicalismo obrero. Sin embargo, los oradores casi todos fueron anarquistas.

También hubo huelgas en Premiá de Mar, contra el patrono Puig, y los barberos de Tarrasa, que la hicieron a primeros de abril.

Y fuera de Cataluña podemos citar Valencia, donde en la capital, sobre todo entre los tranviarios, existía marcado disgusto contra el director de la Compañía, señor Blanco, porque intentaba modificar las

bases de trabajo, introduciendo obreros de la Liga Católica.

Por otra parte, la labor de organización era intensa, no en la capital, sino en la región. Más particularmente entre los campesinos, pues con los restos de la Federación de Campesinos del Júcar, en plena desorganización, se trabajaba por constituir una Federación de Campesinos de la región levantina.

Y ha de citarse también a los obreros gasistas de Cartagena, que se declararon en huelga a últimos de mayo, apoyados por los Centros obreros y organizaciones de Murcia.

**Angel Pestaña**



*Los alemanes de 1932, vistos por Grosz*

Ayuntamiento de Madrid



# La clase obrera y las deudas de guerra

**D**ESDE el momento en que varias naciones europeas se han negado a pagar sus deudas a la América, el aspecto político, diplomático y presupuestario del problema de las deudas interaliadas no cesan de preocupar a la opinión. Sin embargo, no carece de interés examinar también el aspecto económico y social de este asunto.

De 1914 a 1918, los Estados Unidos vendieron a Europa inmensas cantidades de mercancías: mecanismos de guerra de todas clases, maquinaria, primeras materias, trigo y otros artículos alimenticios. Ya se sabe para lo que sirvieron todas aquellas mercancías. Europa «consumió» los cañones, ametralladoras y los carros de asalto americanos de la manera más apropiada, devastándose y demoliéndose a sí misma; empleó los materiales y las máquinas americanas en fabricar obuses y aparatos lanzallamas; las vituallas americanas sirvieron para nutrir y mantener a los ejércitos encargados de realizar aquella inmensa obra de destrucción.

El asunto resultó más lucrativo para el tío Sam que para la Europa. Antes de la guerra, los Estados Unidos debían a Europa cinco mil millones de dólares y pagaron esta deuda mediante los abastecimientos de material de guerra, etc., de que acabamos de hablar. Y, habiéndola pagado, continuando la guerra, más y más fresca y gozosa, se convirtieron a su vez en acreedores de Europa, por más de veintidós mil millones de dólares.

Europa ha derrochado, pues, además de los cinco mil millones que había prestado a América antes de la guerra, veintidós mil millones, cuyo pago exige categóricamente el tío Sam.

No hay que imaginar, sin embargo, que los fabricantes de obuses y los mercaderes de cañones yankis esperan siempre ser pagados. Presentaron sus facturas y cobraron al contado todas sus entregas. Mientras que los barcos atravesaban el Atlántico para transportar a Europa todo lo que hacía falta para hacer la guerra, el público americano, capitalistas y ahorradores, suscribían los empréstitos, cuyo

producto se empleaba en pagar a los abastecedores de guerra yankis. Su dinero no tenía necesidad de abandonar la América: salido del bolsillo de los suscriptores ingresaba inmediatamente en las cajas de caudales de los industriales americanos, abastecedores de Europa.

Los mercaderes de cañones americanos están, pues, pagados, desde hace mucho tiempo. Lo que Europa debe está destinado a reembolsar a los americanos que tan generosamente han adelantado sus dólares para ayudar a perfeccionar la destrucción de Europa.

En el fondo, se trata ahora de saber si la Europa ha podido «divertirse», desde 1914 a 1918, a cargo de la princesa, en el caso de los prestamistas americanos, o si debe, a fin de cuentas, pagar hasta el último céntimo la vajilla rota en el transcurso de su sangrienta orgía.

Pero las naciones están divididas en clases. La burguesía europea estaría dispuesta a pagar si pudiera imponer a su placer todas estas cargas a trabajadores. La burguesía americana cedería más fácilmente si estuviera segura de poder recuperar su dinero en las masas laboriosas de los Estados Unidos.

Pero las clases dirigentes, aquende y allende el Atlántico, deben contar con la resistencia, tan enérgica como resuelta, de los trabajadores, que ya sufren bastante con la crisis de que no son responsables, y que se levantan contra la idea de pagar aún durante largos años las quiebras de la guerra, de la que no son más responsables que de la crisis.

La negativa de algunos países europeos a pagar el vencimiento del 15 de diciembre constituye el primer paso hacia una liquidación general de las deudas de guerra. Amenazada de tener que cargar con los gastos de la liquidación, como ha cargado con los gastos de la guerra, la clase obrera tendrá ahora la palabra.

**Lucien Laurat**



# Entreacto y horizonte cerrado

## Las deudas de guerra

**T**ODA la atención internacional se ha concentrado este mes en el problema de las deudas de guerra.

Desde el principio de la crisis económica mundial —en 1929— el problema de las deudas viene trabando y entorpeciendo la vuelta a toda normalidad y restablecimiento financiero en el mundo capitalista. Buena prueba de ello es la progresiva rapidez —agosto 1929, junio 1931, enero 1932, junio 1932— con que se plantean imperativas modificaciones en el aplastante aparato de pagos de las deudas y reparaciones.

La situación el 15 de diciembre, fecha en que expiraba el plazo para pagar el último vencimiento a los Estados Unidos, era la siguiente:

## DEUDA TOTAL DE EUROPA HACIA AMERICA

|                       | Millones<br>de dólares |      |   |
|-----------------------|------------------------|------|---|
|                       | —                      |      |   |
| Inglaterra ... ..     | 9.840                  | 48'4 | % |
| Francia ... ..        | 6.361                  | 31'3 | % |
| Italia ... ..         | 2.381                  | 11'7 | % |
| Bélgica ... ..        | 701                    | 3'5  | % |
| Polonia ... ..        | 418                    |      |   |
| Checoslovaquia ... .. | 296                    |      |   |
| Rumanía ... ..        | 120                    |      |   |
| Yugoslavia ... ..     | 94                     |      |   |
| Estonia ... ..        | 32                     |      |   |
| Austria ... ..        | 24                     | 5'1  | % |
| Finlandia ... ..      | 19                     |      |   |
| Grecia ... ..         | 19                     |      |   |
| Lituania... ..        | 13                     |      |   |
| Letonia... ..         | 13                     |      |   |
| Hungría ... ..        | 4                      |      |   |

## IMPORTE DEL PAGO DEL 15 DE DICIEMBRE

|                       | Millones<br>de francos |
|-----------------------|------------------------|
|                       | —                      |
| Bélgica ... ..        | 53'0                   |
| Checoslovaquia ... .. | 37'0                   |
| Estonia ... ..        | 8'8                    |
| Francia ... ..        | 480'0                  |
| Finlandia ... ..      | 4'6                    |
| Inglaterra ... ..     | 2.386'0                |
| Hungría ... ..        | 1'0                    |
| Italia ... ..         | 31'0                   |
| Letonia ... ..        | 3'7                    |
| Lituania ... ..       | 2'3                    |
| Polonia ... ..        | 110'0                  |

Desde que el presidente Hoover declaró la moratoria de un año —junio 1931— la situación no había mejorado nada. Al contrario, la crisis, cada vez más grave y honda, arruinaba economías y deshacía los equilibrios presupuestarios. Los Estados Unidos, por otra parte, con su política de elevados aranceles —que naturalmente tuvo inmediata contrapartida en otros varios países— dificultaba el más pequeño, no ya resurgimiento, sino estabilización de la economía de los países europeos. En estas condiciones, el Gobierno de Wáshington exige el pago del vencimiento del 15 de diciembre, que asciende, como hemos visto, a casi 125.000 millones de dólares. Inmediatamente varios países —Grecia, Polonia, Estonia, Letonia, y un poco después Bélgica— declaran la imposibilidad en que se encuentran de hacer frente al compromiso. Italia pagará.

A partir de este momento la atención se concentra en la conducta de los deudores principales, Francia e Inglaterra, cuyos pagos a los Estados Unidos ascienden en junto a 2.866 millones de francos.

Ambos países habían desarrollado una política común en lo referente a reparaciones, a partir del acuerdo francoinglés



de Lausana —*gentlemen's agreement*— y desde el primer momento adoptaron la misma actitud frente al pago exigido por Wáshington. En lo que afecta a Inglaterra el pago era arriesgado, abandonado el patrón oro, para la estabilidad de su moneda. Francia se encontraba con un presupuesto en enorme déficit —17.000 millones de francos— y el pago la entorpecía singularmente para seguir, tanto su política exterior, de ayuda económica a los Estados europeos orientales que rodean a la U. R. S. S., como su política de armamentos.

Los dos países negociaron con Wáshington. El tono fundamental de las notas cambiadas entre los Gobiernos deudores y el acreedor era este pago, pero pago condicionado a una revisión total del sistema de las deudas; en suma, el deseo es pagar por última vez. Se repetía que Norteamérica sería más tolerante si estas peticiones eran acompañadas de proposiciones de reducción en los presupuestos guerreros; pero los países deudores no hicieron de esto la más ligera mención. Wáshington se mostró intransigente; exigió el pago sin condiciones y aquí se rompió la unidad francobritánica. Inglaterra acordó pagar su deuda, mientras que la Cámara francesa negaba su autorización para efectuar el pago, haciendo caer al Gobierno Herriot, partidario del cumplimiento fiel por Francia de todas sus obligaciones internacionales.

Necesariamente después de esto, el problema de las deudas había de quedar relegado a segundo término. Se temió el ejercicio por parte de los Estados Unidos, de represalias económicas contra los países que no habían pagado, represalias que no se produjeron. Desde el día 15, el Gobierno de Wáshington declara constantemente que es imposible todo trato o acuerdo con los países que no han pagado, mientras éstos no satisfagan su deuda.

Por otra parte, el presidente Hoover parece haber dejado a su sucesor Roosevelt la resolución del problema. Hoy es imposible hacer el menor vaticinio sobre la política que seguirá el nuevo presidente, pero, desde luego, no se llegará a ningún acuerdo trascendental antes de la próxima primavera, fecha en que Roosevelt —según se asegura en los círculos políticos norteamericanos— convocará a la Cámara

de Representantes en reunión extraordinaria para resolver el problema de las deudas, junto con el de la crisis agraria, la ley seca y otros varios fundamentales.

En suma, el problema sigue en pie. Es posible que las dificultades que ha originado —y originará, sin duda, todavía— el pago del vencimiento del 15 de diciembre, lleven a una nueva orientación en la cuestión de las deudas antes del próximo vencimiento de junio. Cada día se va haciendo más evidente, aun para los más ciegos, la solución de la anulación total. ¿Sabrán apreciarla los Gobiernos? Allá veremos.

## La situación en Alemania

### I.—EL GOBIERNO SCHLEICHER. SUS PRIMEROS PASOS

El general Schleicher no ha hecho más que sustituir a von Papen en el tinglado político que los grandes terratenientes y capitalistas tienen montado en Alemania. Su Gobierno tiene el mismo carácter que el de su antecesor, es decir, dictadura de los barones, aun cuando las intenciones, no muy explícitas, naturalmente, del nuevo canceller, indiquen una tendencia a la concordia con los grupos de la gran industria —apoyo personal y directo de Krupp a Schleicher— tendencia que no ha cristalizado en realidad, pues Schleicher no ha conseguido formar el Gobierno «nacional», de unión entre los agrarios y la industria ligera y pesada. Aunque procurará dar satisfacción a todos con medidas inflacionistas, de eficacia inmediata, pero que no harán sino agravar las contradicciones de la burguesía alemana que trajeron como consecuencia la caída de von Papen.

Los órganos periodísticos del gran capital subrayan sin rebozo el carácter transitorio del actual Gobierno, considerándolo como un simple instrumento para lograr una «tregua» social —ya sabemos lo que la burguesía entiende por tregua— que sirva para afianzar posiciones, al tiempo que decreta algunas medidas preparatorias de una política ulterior más claramente antiobrera y reaccionaria. Política de verdadera dictadura, amparada jurídicamente por una Constitución «reformada», que se encargaría de realizar un Gobierno de marcado carácter hitleriano.



Desde sus primeros actos, Schleicher ha dado muestras de una gran habilidad política. En apariencia, el nuevo Gobierno había de enfrentarse con el Reichstag. Pero algunos de los partidos de la Cámara, especialmente el Centro, Nacional y Nacionalsocialista, tienen sus fondos agotados y no podrían soportar ni los riesgos políticos ni los gastos que una nueva disolución y una nueva campaña electoral traerían consigo. Así, de hecho, el Gobierno contaba con una mayoría en la Cámara que, en efecto, con el voto en contra de los comunistas y los socialdemócratas, ha decidido clausurarse después de haber funcionado tres días, dejando al general las manos libres para una dictadura «jurídica».

Pero, antes de esto, el agente del gran capital ha empezado su «tregua» social con un gesto de pura demagogia. El general ha hecho votar una parcial amnistía política, más aparente que real, de la que se han beneficiado cierto número de personas.

Las otras dos medidas tomadas por el Gobierno Schleicher dan idea bastante clara del género de su política.

La primera de ellas ha sido derogar el decreto-ley de von Papen sobre las reducciones de salarios. La derogación afecta sólo a la parte del decreto que autoriza al Gobierno para efectuar nuevas reducciones. Pero continúan en vigor las restricciones operadas ya, así como las enormes cantidades entregadas a los patronos en concepto de subvenciones para sostener la economía alemana.

La reducción de salarios no ha cesado, sin embargo; sólo que ahora se hace por medio de sentencias arbitrales y acuerdos tomados, con toda la «libertad» que es de suponer, con los Sindicatos obreros.

En segundo lugar, el ministro de Hacienda ha contestado a las peticiones de socorro de invierno para los sin trabajo, diciendo que no se disponía de fondos y negándose a la más pequeña reducción en el presupuesto de Guerra. Entretanto, el paro aumenta, la crisis agraria es cada vez más aguda y el déficit general —Estado, Países y Municipios— llega a 2.000 millones de marcos.

Bajo cuerda continúan los manejos para llegar a un acuerdo con los nazis e incorporar al aparato militar y policíaco las sec-

ciones de asalto más «fieles». La burguesía alemana fortifica sus posiciones para dar la batalla decisiva a una clase obrera, debilitada por el hambre, pero cada día más radicalizada.

## II.—LA CRISIS DEL NACIONALSOCIALISMO

El partido nacionalsocialista ha perdido en las últimas elecciones al Reichstag dos millones de votos. Esta ha sido la señal de la desbandada. Partido formado por simple aglomeración de descontentos de toda especie, desde el obrero parado al pequeño burgués proletarizado; sin base teórica y con un programa lleno de contradicciones, la única fuerza de unión entre sus afiliados era la esperanza en una toma inmediata del Poder, como lo prometía su jefe, Hitler. Pero la hora H, la hora del triunfo, era constantemente retrasada. Unas veces porque el momento no era oportuno para el golpe de Estado, otras porque el Poder se iba a conquistar legalmente; por último, las negociaciones con los Gobiernos Brüning y von Papen servían para contener a los más ardientes, que exigían la toma inmediata del Poder.

Apenas conocido el resultado de las elecciones de noviembre, la desintegración del Partido nacionalsocialista ha comenzado. Rebeliones e indisciplina de las secciones de asalto, en Colonia, Hamburgo, Breslau, Munich y Berlín, indicios de fraccionamiento en varias alas, etc.

Por fin, la crisis ha llegado a la «Casa Parda», cuartel general del hitlerismo. Gregor Strasser, la cabeza más sólida del nacionalsocialismo, se ha separado. Strasser era partidario de la colaboración en el Gobierno von Schleicher, como única manera de librar al partido de una bancarrota total. En su carta de dimisión, Strasser explica sus discrepancias con la dirección, especialmente con Roehm; el invertido jefe de las secciones de asalto, al cual acusa, aparte de sus desviaciones sexuales, de intervenir con demasiada autoridad en la dirección política del partido, haciendo valer el poder innegable que le dan las fuerzas colocadas bajo su mando.

El juego político empuja cada vez más a Hitler a seguir la línea defendida por Strasser. Temiendo que sus acólitos, en la dirección del partido lleguen a oscurecer-



le, concentra en sus manos todos los mandos, según el sistema del dictador italiano, y no es difícil que, cediendo a los cantos de sirena de von Schleicher, acepte participar en el Gobierno de este nuevo émulo de Bismarck.

### **El imperialismo inglés.-El conflicto anglopersa**

En 1901, el Gobierno persa otorgó en 20.000 libras esterlinas, al inglés D'Arcy, una concesión para explotar el petróleo en las provincias del Sur de Persia, por un período de sesenta años, con la obligación de pagar el 16 % de sus beneficios al Estado persa. En 1903, Lord Fisher, partidario de dotar a la flota británica de motores de combustión interna, que duplicaban su eficacia, apoyó las gestiones financieras de la Sociedad que necesitaba capitales. Más adelante, Mr. Churchill, dos meses —extraordinaria coincidencia— antes de la declaración de la guerra mundial, en mayo de 1914, convenció al Gobierno inglés de la conveniencia de adquirir un paquete de acciones para hacerse dueño de la Compañía. Desde entonces, pues, la Anglo Persian formaba parte del Estado inglés y se convertía en uno de los gigantes de la moderna industria. La Anglo Persian no ha tomado nunca muy en serio las obligaciones contraídas con el Gobierno persa. Continuamente ha habido discusiones entre ambos, pues la Compañía disfraza sus beneficios, dedicándolos nominalmente a mejoras de material, o bien, dando subvenciones a otras empresas filiales, concediendo tarifas elevadísimas a las Compañías de navegación controladas por ella, exportando a Inglaterra, en concepto de impuesto sobre los beneficios, sumas enormes.

Sólo desde 1924 a 1930, el valor del petróleo exportado por la Anglo Persian ha aumentado sesenta y dos veces, y su capital ha experimentado un aumento igualmente monstruoso: de dos a veinticuatro millones de libras esterlinas.

De esta enorme montaña de beneficios, el Estado persa no ha visto más que el humo. A fin de 1931, sólo había recibido 11.265.000 libras, en tanto que lo percibido por el Gobierno inglés, sólo a título de dividendos e intereses, llega a 9.077.344 libras esterlinas.

Por otra parte, la actividad de la Compañía no ha sido siempre favorable a la nación persa. Por ejemplo, en 1924, organizó una sublevación de los príncipes indígenas contra el Gobierno central, con la consigna de formar con las provincias del Sur —precisamente las petrolíferas— una «región autónoma».

Por último, el día 2 de noviembre, el Gobierno persa anulaba la concesión, después de haberse negado a aceptar una disminución en el beneficio que le correspondía, puesto que la producción de la Sociedad había aumentado en el último año en seis mil toneladas. La medida ha sido acogida con enorme júbilo por toda Persia.

Por hoy el asunto está pendiente de un arbitraje internacional, pero, sea la solución la que fuere, el hecho es de gran importancia. No sólo para el porvenir del imperialismo inglés —los Estados Unidos acechan la oportunidad de establecerse en Persia— sino como síntoma de que los países «coloniales» no se avienen ya tan fácilmente al trato de explotación bestial que hasta ahora han llamado los Gobiernos de las metrópolis «política civilizadora».

### **Los incidentes entre Italia y Yugoslavia**

Las dos dictaduras vecinas vienen desde tiempo atrás desarrollando una campaña de excitación que recientemente ha hecho que se produzcan graves incidentes entre uno y otro país. En Trau, Pola, Fiume y Belgrado, por el más nimio motivo, se han organizado manifestaciones y producido colisiones entre italianos y yugoslavos; los últimos incidentes de Trau han tenido repercusiones en los Senados de ambos países.

Hasta ahora no se había prestado gran atención ni a tal propaganda ni a tales incidentes. Pero el estado de los espíritus, envenenados por los nacionalismos italiano y sudslavo, se ha mostrado de pronto tan peligroso que parece imprescindible una intervención amonestadora de las grandes potencias. En este sentido ha sido presentada al Gobierno inglés una propuesta, firmada por varios prestigiosos hombres públicos británicos, pidiendo la intervención de los Gobiernos francés e inglés —pues, sobre todo, el primero, tiene gran



influencia en la corte de Belgrado—exigiendo una inmediata reforma de la Constitución y un cambio radical en los métodos de bárbara represión dictatorial—espionaje, asesinatos por la policía de los jefes de las oposiciones, etc.—empleados en Yugoslavia. Termina el documento pidiendo que, como medida inmediata, se suspenda toda ayuda financiera al Gobierno de Belgrado.

Por su parte, la prensa francesa insiste sobre todo en la desorbitada protesta fascista, en la campaña desencadenada por los periódicos italianos contra Yugoslavia, acusándola de constantes manejos antiitalianos y en los preparativos militares realizados en la frontera de aquel país.

Lo cierto es que la enemistad entre Italia y Yugoslavia es uno de los focos en que más fácilmente puede prender una guerra. El Gobierno fascista repite siempre—como Japón en 1905—que para Italia sería salvadora una guerra «fácil y victoriosa», y atiza sin cesar el recelo antiyugoslavo de su protectorado de Albania. La dictadura yugoslava utiliza, en cambio, su propaganda contra Italia como un medio de represión de las oposiciones interiores, con el pueril motivo de que son fomentadas por el fascismo.

De todos modos, si llega a realizarse alguna gestión por parte de las grandes potencias, ésta no será muy apremiante. Al capitalismo internacional interesa tener siempre a mano un pretexto fácil para organizar una nueva guerra en caso de apuro.

### La farsa de la Sociedad de Naciones.-Japón y Manchuria

El «Comité de los 19» ha quedado encargado por la Asamblea de dictar sentencia sobre la conquista militar de Manchuria, por el Japón. Las cosas han ido despacio en Ginebra, pues la invasión japonesa empezó hace más de dos años. Entretanto, el imperialismo nipón sigue su política de «hechos consumados». En los últimos días de diciembre se ha registrado una nueva actividad guerrera y un recrudecimiento del carácter de ocupación militar del país por la sucursal del Japón, o sea el «Manchukuo».

Ya veremos lo que los «19» decretan. Sea la sentencia una u otra, no tendrá mucha eficacia. Por lo menos, el procesado

no se prepara a dársela. En unas declaraciones publicadas por un periódico de emigrados rusos blancos, el propio señor Matsuoka, representante del Japón en la Liga, lo ha dicho claramente. Sus declaraciones pueden resumirse como siguen: Primera: El Plan quinquenal soviético es una amenaza de guerra. Segunda: No sería difícil una nueva guerra entre Rusia y Japón, aun cuando éste no fuera atacado militarmente. Tercera: Mandchuria es la línea de defensa contra la U. R. S. S.; y Cuarta: Sea la que sea la actitud de la Sociedad de Naciones, el Japón seguirá su política.

Ahora que «sentencien» los «19». La paz mundial va por buen camino.

**Alfredo Cabello**

Madrid, diciembre.

## Al lector

Consecuentes con nuestro propósito de facilitar al público de habla española una rica documentación social, tan necesaria para la buena comprensión de los problemas actuales, publicaremos en el número próximo una documentadísima biografía del gran francés James Guillaume, escrita, especialmente para ORTO, por la documentadísima pluma de nuestro camarada Max Nettlau.

En este trabajo se reseña ampliamente, aparte de la vida de Guillaume, tan rica en matices sociales, una época movida e interesantísima que gira alrededor de la Internacional obrera: origen, actuación y consecuencias.

Completará su valor documental la publicación, en facsímil, de algunos documentos auténticos: cartas de militantes, manifiestos, notas marginales, etc., de un grandísimo valor social y todavía inéditos. En ellos se apreciará, con el aval de su firma fotografiada, la intervención que han tenido en las luchas sociales de aquellos tiempos militantes de universal renombre.

ORTO, que no regatea esfuerzo alguno en facilitar una buena documentación social a nuestros militantes, espera, en llamada cordial, que se interesen por su difusión aquellos elementos que se benefician con su lectura. Es lo menos que se puede pedir en esta época de grandes sacrificios y de pocos medios.

LA DIRECCION





**A**LAÚ, alaú, alaú! ¡hínquense, hínquense, hínquense! ¡Humillen ese cuerpo pecador y pidan perdón a Nuestro Señor Jesucristo! ¡Alaú, alaú, alaú! ¡Tiemblen de temor por la justicia de Nuestro Padre Celestial!

—¡Arí, taita curita; arí, taita curita! (Sí, padre curita; sí, padre curita.)

—¡Alaú, alaú, alaú! Hombres; mujeres. Lloren, lloren, lloren; porque Nuestro Padre, Nuestro Creador, Nuestro Redentor, está regando sangre por nuestros pecados.

—¡Arí, taita curita; arí...! (Sí...)

En la austera sencillez de la capilla serrana, cuatro paredes, formando un rectángulo regular, blanqueadas exprofesamente para la ceremonia, vibraba la voz chillona del quichua por boca del padre misionero. Hombre avezado al trato indígena, sabía de la insistencia, de la repetición, del martilleo persistente en los sermones. Nada de períodos largos ni alambicamientos retóricos. Las palabras salían como hachazos, silbaban haciendo dúo al crujir del viento por entre las rendijas del templo.

La simplicidad machacona insistía en la medula del idioma, en los verbos: «Hínquense, hínquense, hínquense... Lloren, lloren, lloren...» Y la indiada, de hinojos, asustada por los gritos, entre infantiles y apocalípticos, respondía hiposa como coro brujo:

—¡Arí, taita curita; arí...! (Sí...)

Un año hacía que la capilla de Chimba-

co no recibía la visita de ningún misionero, cuando un sábado, el sonido cascarriento de la campana, anunció la llegada del padre Bernardo, quien, periódicamente, recorría los más alejados caseríos indígenas.

Al domingo siguiente, la capilla fué el punto de confluencia de la indiada de todo el contorno. Indios que habían dejado de ser conciertos de derecho para continuar siéndolo de hecho.

La capilla estaba situada en una explanada de la cordillera, que terminaba al borde de un abismo cortado verticalmente, en cuyo fondo se veía diminuto el hilo serpentoso de un arroyo.

Mañana luminosa. El sol inundaba de vibración a la cordillera y la claridad azulina del cielo era surcada por nubes blancas, haciendo juego con la cumbre nevada del Cayambe que, encofado por el sol, resaltaba en el fondo lejano con su simbólica blancura, entre la mancha terrosa del paisaje.

La sierra era un hormiguero de colores que se desparramaba por todos sus flancos. Los indios acudían atraídos por el conjuro metálico del incesante repiqueteo de la campana. Los ponchos, oscuros, blancos, rojos, amarillos, se entremezclaban con las bayetas de todos colores de las macanas de las indias, haciendo contraste de clarooscuro los colores casi negros de



los «anacos» femeninos y el blanco lienzo de los calzones varoniles.

Los de las partes más altas, donde el frío entumece, vestían los «zamarros», dando impresión de animales mitológicos, medio carneros y medio hombres. Las indias, luciendo sus «guallicas» o gargantillas que chisporroteaban al sol, encendían el aire de luciérnagas diurnas.

Toda la sierra parecía en movimiento, como si se trasladara buscando un punto de conjunción. El sol contribuía a hacer ingrátida la lejanía, y la indiada, con su troceto, unos ascendiendo y otros bajando, parecían dar contracción a los valles y a las cumbres con ansias de fundirse en un abrazo los hombres y las cosas.

Y trotaban, trotaban. El sombrero «panza de burro», con el ala hacia arriba, el poncho tirado a la espalda, mostrando la musculatura de sus brazos y piernas, con el pelo negro, lacio y largo, distendido, los indios parecían sacerdotes de un culto melancólico y fuerte a la vez.

Las indias, crenchas al aire, con el «guaguá» cabeceando cargado a la espalda, mientras los senos, entrevistados por los lados del «cuxman», zangoloteaban en revuelto vaivén, seguían, en columna india, pisando los pasos de sus maridos.

La romería indígena iba llegando apresurada y sudorosa, tomando asiento en el suelo de la capilla. Pronto se llenó el pequeño espacio, amontonándose después en la explanada, frente a la puerta, para poder ver al misionero y no perder ni una sola palabra.

La capilla era un reverbero de velas, votos de fe y esperanza de la sencillez indígena. Un Cristo crucificado, ennegrecido por el humo, tosco de formas y lleno de manchas sanguinolentas, mostraba la caricatura de una faz con mueca entre sufrida y fastidiada. Sus brazos clavados simulaban dos aspas desasidas para siempre de su cuerpo.

La voz del misionero continuaba chillona:

—¡Alaú, alaú, alaú... hínquense... lloren...!

Y la indiada, en arrebatado de humildad y confesión pública, doblaba su cuerpo hasta el suelo y respondía compungida:

—¡Arí, taita curita. Arí...!

Después de la misa vino la serie de bautizos. Todos los nacimientos que tuvieron

lugar durante el año de ausencia fueron llevados ante el misionero para borrarles el pecado de haber nacido.

Luego llegó el turno a los matrimoniales. Parca fué la cosecha. Solamente el indio Maño (Manuel) y la india Rosario se armaron con los correspondientes padrinos para recibir la sacramental unión.

La choza de Maño se encontraba a unos doscientos metros arriba de la capilla, «huasipungo» del gamonal Bonifaz. En esa misma choza nacieron y murieron sus padres y abuelos, y de todos ellos, solamente quedaba como resto el Maño. Ni las libaciones de chicha, ni el trabajo, ni la crudeza del clima, ni la herencia de una milenaria esclavitud habían disminuído en él la energía de una musculatura de hierro, que hacía más imponente aún su cazarería dura e intransigente.

La boda fué rumbosa. Las libaciones de chicha se sucedieron incesantes, haciendo balancear a todos los asistentes entre gritos y babas. Al día siguiente, los rayos solares, después de arrumbar a la niebla fundiéndola en el infinito, mostraban la miseria de una orgía india desparramada por el suelo entre contorsiones de embriaguez.

—Patroncito; lo mejor será que me vaya de la hacienda.

—Ajá; ¿y por qué es eso?

—Sí, pues. Le estoy debiendo harta plata a su merced, que nunca le podré pagar.

—¡Elé; vean al indio bruto! Y como me debes harta plata, piensas largarte para no pagar.

—Sí, patroncito. Prontito no más mi mujercita parirá un guagüito, y como no tengo plata, otra vez tendré que pedírsela a su merced. Otra deuda más.

—¡Vean al indio canalla! En vez de procurar criar bastantes hijos para que trabajen y así pagarme lo que me debes, estás procurando largarte, ¿no? De la paliza que te voy a dar te desuello vivo.

—¿Así, que, patroncito, criando guagüitos podré pagarle a su merced?

—¡Claro, «mitayo» bandido! Y piensa que debías, porque así te comprometiste, pagarme la deuda de tu taita, y lo único que has hecho es aumentarla.

—¿Sí, no?

—Como lo oyes. Conque, ligerito. A la



choza a trabajar y cuidadito con largarse.

—Sí, patroncito. Y a criar guagüitos para pagarle a su merced.

—Pues entonces, ¿qué te creías, indio sinvergüenza?

—¡Aaaaaaah...!

Dos rurales conducían atados a Maño y a Rosario. Llegaron a la casa hacienda del gamonal Bonifaz. El interrogatorio fué corto y terminante. Por entre los espejuelos del gamonal brillaba la ira y su boca lanzó la sentencia.

—Cien latigazos a cada uno.

—Pero... patrón —tartamudeó el mayor-domo— que si se entera la...

—O cumples lo que te digo o te cruzo la cara a foetazos.

Uno, dos, tres, cuatro... hasta cien. Dos manchas sanguinolentas rubricaron la sentencia del gamonal Bonifaz.

Maño se revolvía taciturno. Una idea fija se le había intercalado en la cabeza, persistente, inmovible, que no le dejaba ni un momento:

—Criar hijos para pagarle a su merced. ¡Aaaah...!

La yunta de bueyes arrastraba el arado. Maño, mirando hacia atrás, veía que el surco se alargaba hasta el infinito, pero, hacia adelante, la yunta de bueyes seguía, seguía, lenta, crujiente, desesperante en su adormecedor balanceo, mostrando la inmensidad de una tierra que se abría retorciéndose al sentir en sus entrañas la reja del arado.

Hacia atrás veía Maño a sus padres y abuelos inclinados sobre la tierra, regándola con sudor y cosechando luego el grano que les rebosaba por todo el cuerpo. Hacia adelante veía una legión de hijos esperando inclinados a que se abriera el surco, para lanzar en él la semilla. Y así un día y otro día. Siempre:

—¡Para pagarle a su merced! ¡Criar guagüitos para pagarle a su merced! ¡Bueeeey! —y Maño clavaba ferozmente el puyón sobre las ancas de la yunta—.

Una vez vez más el Padre Bernardo se presentó en la capilla serrana en su peregrinaje misionero. La campana, en aurora metálica, anunció la llegada del buen pastor y la indiada se puso en movimiento en pos de la bendición cristiana.

Hubo misa, confesión, comunión, bautizos, matrimonios. Casi todos los sacramentos tuvieron su correspondiente ceremonia.

A la confesión se arrimó el indio Maño:  
—¡Taita; taita padrecito! Bendito sea Jesucristo.

—Bendito y alabado sea. Ven, hijo, ven. Acércate más. ¿Qué tienes que te veo tan tembloroso?

—¡Taita curita; yo no quiero criar hijos!

—¿Qué dices? Alma de piedra. ¡Tú estás loco!

—No; taita padrecito. No quiero tener hijos.

—¡Dios mío! Por las ánimas benditas. ¡Si los hijos son la bendición de Dios! ¡Si Dios te envía hijos para que sean el amparo de tu vejez!

—No, taita. Mis hijos vienen para pagar la plata que le debo al patrón Bonifaz.

—Lo que te digo. Tú estás loco. ¿Quién te dijo esa barbaridad?

—El patrón.

—¡El patrón! ¡Ah, vamos! Ya entiendo. El te habrá dicho que debes pagarle la plata que le debes, cosa muy natural, y que tus hijos te ayudarán en los trabajos para que te sea más fácil la tarea. Y tú, corazón soberbio, en vez de dar gracias a Dios que te envía un hijo para hacerte más llevadera la vida, reniegas de tu Dios al entristecerte por tu hijo.

—¿Sí, no?

—Reza, pecador, reza. Arrodíllate delante de Nuestro Señor Jesucristo clavado en la cruz, y pídele que tu hijo sea un buen cristiano.

—Para pagarle a su merced el patrón, ¿no?

—Y dale con la manía. Sí, para pagarle, porque si mueres con el pecado de la ingratitud clavado en tu alma, irás al infierno.

—¡Aaaah...!

Días después se presentó Maño en la vivienda del patrón.

—Buenos días, su merced.

—¡Hola!, buenos días. ¿Qué te trae por acá?

—Patroncito; mi mujercita parió anoche un guagüito.

—¡Ajá!, vamos hombre; no está mal. ¿Y qué quieres? ¿Plata, no?

—Sí, pues, patroncito. Unos medicitos para el guagüito, que nació desnudito.

—¡Elé! Y tengo yo que vestirlo. ¿No es eso?

—Sí, pues, amito.



—Por la... para pedir plata no estás flojo, pero pagar, ¿cuándo?

—Prontito no más mi guagüito y yo le pagaremos a su merced.

—Tu guagüito... hum...

—Sí, patroncito. Taita curita me dijo.

Maño no podía dormir aquella noche. Una desazón indomable le hacía dar vueltas y más vueltas sobre la tarima de ramas entretrejidas. Ocho días hacía que su mujer alumbró y fueron ocho días de martirio.

La idea clavada en la mente le talaba hasta las entrañas:

—Criar guagüitos para pagarle a su merced... o al infierno.

Y se imaginaba a su hijo tierno tras la yunta de bueyes, abriendo un surco interminable que esperaba la semilla... ¡para pagarle a su merced... o al infierno...!

—¡Achachay...! —y Maño apretaba las mandíbulas haciendo rechinar los dientes, mientras sus puños amenazaban a un enemigo invisible.

De pronto, pertinaz en su monomanía, buscó algo bajo el bulto informe de su cabecera. Sus manos apretaron ávidas el puño de un cuchillo. Se incorporó despacio, sin apenas respirar. El corazón parecía quererle saltar del pecho y se lo apretaba ansioso por miedo a que sus latidos despertaran a la mujer y al niño, hacia quienes se acercó suavemente.

Una violenta cuchillada en el corazón y otra que le desgarró las entrañas hicieron dar un grito a la india, grito que quedó estrangulado en el aire. Retorció el cuerpo y quedó muerta:

—¡Pschiiii...! —suspiró Maño— calla... que no oiga patrón.

Después, cogió al tierno guagüito por las piernas, le dió una vuelta en el aire y le estrelló la cabeza contra el suelo.

Salió de la choza. Una densa neblina hacía invisible a la noche. Caminó hacia la explanada como un autómata. Pasó frente a la capilla y al llegar al borde del precipicio se abrazó al abismo lanzando un grito que rasgó trémulo el horror de las tinieblas.

—¡Ahííaaaaaaa...!

## PALABRAS QUICHUAS Y ECUATORIANISMOS QUE SE ENCUENTRAN EN EL CUENTO

Anaco.—Tela larga, de lana, que, al enrollarse sobre el cuerpo, hace de pollera.

Concierto.—Trato por el que el indio quedaba servidor eterno del patrón, servidumbre que recaía sobre sus descendientes.

Cuxman.—Especie de camisa femenina.

Chicha.—Bebida fermentada de maíz molido.

Gamonal.—Latifundista.

Gualcas.—Gargantillas.

Guagua.—Niño de pecho.

Huasipungo.—Parcela que el gamonal concede al indio dentro del latifundio.

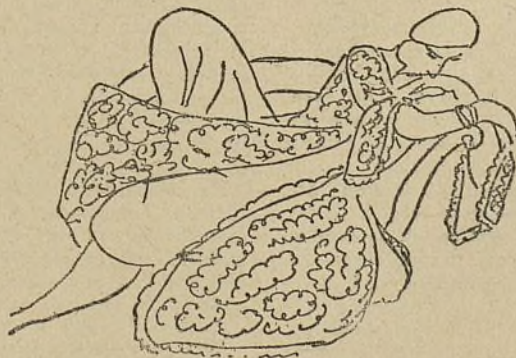
Macana.—Especie de pañolón.

Mitayo.—Indio.

Rurales.—Policía campesina.

Taita.—Padre, señor.

Zamarros.—Pantalones de piel de carnero.



Dibujo de Matisse (1931)



# Carlo Cafiero

(Prólogo de James Guillaume a la obra de Cafiero: «El Capital», de Carlos Marx, al alcance de todos, publicado por esta Biblioteca.)

**C**ARLO Cafiero nació en Barletta, ciudad del antiguo reino de Nápoles, sobre el Adriático, en septiembre de 1846. Murió en Nocera el 7 de junio de 1892, a los cuarenta y cinco años de edad.

Perteneciente a una familia rica y muy adicta a la Iglesia, recibió su primera educación en el seminario de Molfetta; tuvo allí por condiscípulo a Emilio Covelli, quien más tarde debía combatir a su lado en las filas de los socialistas revolucionarios. Fué enviado después a Nápoles para estudiar allí el Derecho. Cuando hubo obtenido sus diplomas, se trasladó a Florencia, capital entonces del reino de Italia; destinábasele a la carrera diplomática, y durante algún tiempo frecuentó los Círculos políticos y parlamentarios. Pero lo que vio en aquel mundo no tardó en inspirarle repugnancia, y algunos viajes al extranjero, emprendidos después, dieron a sus ideas una nueva dirección. En 1870, visitó París y Londres; en esta última ciudad, donde permaneció alrededor de un año, entró en relaciones con miembros del Consejo general de la Internacional y en particular con Karl Marx. En 1871, de regreso a Italia, llegó a ser miembro de la Sección Internacional de Nápoles. Esta Sección, fundada en 1868, había sido disuelta por un decreto ministerial del 14 de agosto de 1871, pero se reconstituyó por iniciativa de Giuseppe Fanelli, el viejo conspirador, antiguo compañero de armas de Pisacane y de algunos jóvenes, Carmelo Palladino, Errico Malatesta, Emilio Covelli, a los cuales se asoció. Cafiero fué encargado de la correspondencia con el Consejo general de Londres y comenzó un intercambio regular de cartas con Fr. Engels, secretario entonces del Consejo general para Italia y para España.

Era el momento en que, por su resonante polémica contra Mazzini, que acababa de atacar a la *Commune* de París, Miguel Bakunín ganaba al socialismo la parte más avanzada de la juventud revolucionaria italiana y la alistaba en las filas de la Internacional. Era también el momento en que las resoluciones de la Conferencia de Londres (septiembre de 1871) acababan de provocar en la gran Asociación esas luchas intestinas que iban a llevar, primeramente, a un triunfo momentáneo del partido autoritario en el Congreso de la Haya (1872), y luego, una vez que las intrigas de la camarilla dirigente hubieron sido descubiertas, al triunfo definitivo de las ideas federalistas y a la supresión del Consejo general (1873). Cafiero, engañado sobre el estado verdadero de las cosas por las cartas de Engels, habíase puesto de parte, en un principio, por los hombres de Londres; pero pronto fué desengañado: su buen sentido le hizo reconocer la verdad, su rectitud se rebeló por las maniobras jesuíticas empleadas contra Bakunín, y entonces declaróse resueltamente adversario del Consejo general. Fué él quien presidió la Conferencia (o Congreso) de Rimini (4 de agosto de 1872), donde se fundó la Federación Italiana de la Internacional y donde se votó la famosa resolución declarando que «la Federación Italiana rompía toda solidaridad con el Consejo general de

Londres, afirmando aún más la solidaridad económica con todos los trabajadores». Los internacionalistas italianos no quisieron enviar delegados al Congreso de La Haya, pero Cafiero asistió a él como espectador y pudo comprobar allí los procedimientos desleales que empleaban los hombres de la camarilla autoritaria con respecto a sus contradictores. Después con Fanelli, Pezza, Malatesta y Costa, representó a la Federación Italiana en el Congreso Internacional de Saint-Imier, que siguió inmediatamente al Congreso de La Haya.

En marzo de 1873, habiéndose trasladado a Bolonia para el segundo Congreso de la Federación Italiana, fué detenido con Malatesta, Costa, Faggioli y otros varios, y no fué puesto en libertad hasta mayo. Fué aquel año cuando, habiendo entrado en posesión de la parte que le correspondía de la herencia de sus padres, concibió el proyecto de crear en Suiza, en la proximidad de la frontera italiana, una casa de refugio donde podrían ampararse los internacionalistas proscritos por los Gobiernos. Compró a este efecto una villa llamada la Baronata, sobre el Lago Mayor, cerca de Locarno (Tessin): en esta villa instaló, para comenzar, a Bakunín y a otros amigos rusos e italianos. Pero esta empresa, mal concebida y mal ejecutada, fué una verdadera dilapidación de la fortuna del generoso e ingenuo revolucionario. En el mes de julio de 1874, Cafiero se hallaba casi arruinado. Empleó los restos de su patrimonio en los preparativos de los movimientos insurreccionales que estallaron en Italia, en agosto de 1874. Durante el año que siguió, confinado en la soledad de la Baronata (1), llevó una vida de anacoreta con su mujer Olympia Koutousof, con la cual se había casado en San Petersburgo en junio de 1874; después (octubre de 1875) entró como empleado en casa de un fotógrafo de Milán, mientras que su compañera volvía a Rusia para dedicarse allí a la propaganda socialista, y allí fué detenida a principios de 1881 y desterrada a Siberia.

Desde Milán, Cafiero se trasladó a Roma en 1876. Delegado en el tercer Congreso de la Federación Italiana —que no pudo reunirse en Florencia como había sido proyectado y para escapar a las persecuciones gubernamentales, tuvo que celebrar sus sesiones en un lugar retirado del Apenino toscano (21-22 de octubre de 1876)—, fué enviado por ese Congreso, con Malatesta, a Berna, para representar allí a Italia en el octavo Congreso general de la Internacional (26-29 de octubre de 1876). Durante el invierno de 1876 a 1877, que pasó en Nápoles, se ocupó, con Malatesta y algunos otros, entre ellos el revolucionario ruso Kraftchinsky (conocido luego bajo el seudónimo de Stepniak), de la organización de un movimiento insurreccional que debía estallar en la Italia meridional a comienzos del verano de 1877. Una traición obligó a los internacionalistas italianos a precipitar las cosas: aun cuando la organización no estuviera terminada y la estación fuese mala todavía, algunos de ellos tomaron las armas. Conocida es la historia de esta arriesgada expedición (5-11 de abril de 1877): comenzada en San

(1) Se hallará la historia detallada de la Baronata en el tomo III de *La Internacional. Documentos y recuerdos*, por James Guillaume. París, Stock, 1909.



Lupo, cerca de Cerreto (provincia de Benevento), terminó, después de la ocupación momentánea de los dos municipios de Letino y de Gallo (provincia de Caserta), con la detención, en las pendientes del Monte Matése, del puñado de heroicos jóvenes que, con Cafiero, Malatesta y Cesare Ceccarelli, habían intentado sublevar a los campesinos de la Campania y del Samnio.

Difícilmente se creará hoy que en el momento en que Cafiero y sus amigos eran encerrados en las cárceles del Gobierno italiano, a causa de su generosa tentativa, insultadores que se decían *socialistas* les cubrieron de ultrajes. Julio Guesde, colaborador entonces del *Radical*, de París, les escarneció en las columnas de este periódico, llamándoles «los fugitivos de Cerreto» y tratando de hacer creer que la gran mayoría de los socialistas italianos repudiaban toda solidaridad con ellos. El *Worwärts*, órgano central del partido de la *Sozial-Demokratie*, de Alemania, pretendió que la insurrección nada tenía de común con la Internacional y que los sublevados eran «simples malhechores» (*einfaches Raubgesindel*). Un periódico de Palermo, el *Povero*, en el cual escribía Malon, se distinguió por su lenguaje ignominioso contra nuestros amigos. Malon envió además al *Mirabeau*, de Verviers, una correspondencia calumniosa a la cual respondió Andrea Costa, indignado, tomando enérgicamente la defensa de sus camaradas encarcelados. En fin, en la *Tagwacht*, de Zürich, órgano del *Schweizerischer Arbeiterbund*, Hermann Greulich insinuó que Cafiero, Malatesta y sus compañeros eran «agentes provocadores» e hizo un acercamiento entre los internacionalistas italianos y las *blusas blancas* del Imperio.

En tanto que esta prensa, en la que escribían secretarios ruines o ciegos, le arrojaba cieno, Cafiero emprendió en su prisión, para sus camaradas italianos, la redacción de un compendio del *Kapital*, de Marx, que nadie conocía aún en Italia. Cafiero, como todos los socialistas revolucionarios italianos y españoles, como la mayor parte de los socialistas de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Holanda, de la Suiza francesa, de Rusia y de América, había luchado contra el espíritu autoritario de Carlos Marx y habíase negado a dejar que se estableciera en la Internacional la dictadura de un hombre. Pero rendía homenaje a la ciencia del pensador alemán y hubiera refrendado sin duda estas palabras escritas por Bakunín a Herzen, en octubre de 1869: «No podría desconocer los inmensos servicios prestados por Marx a la causa del socialismo, al cual sirve con inteligencia, energía y sinceridad desde hace cerca de veinticinco años y en lo cual nos ha sobrepasado a todos indudablemente. Ha sido uno de los primeros fundadores y el principal, sin duda, de la Internacional y esto es, a mis ojos, un mérito enorme, que reconoceré siempre, fuere cual fuere lo que haya hecho contra nosotros.» Bakunín y Cafiero tenían el corazón muy alto para permitir que los agravios personales tuvieran influjo sobre el espíritu en la serena región de las ideas. Y tanto es así, que ocurrió que la primera traducción rusa del *Manifiesto comunista*, de Marx y de Engels, fué hecha por Bakunín en 1862; que la primera traducción rusa de *El Capital*, fué comenzada por Bakunín en diciembre de 1869 (sabido es que la desdichada intervención de Netchaief le impidió continuarla); y que fué Cafiero quien primero emprendió, en 1877, el dar a conocer a Italia la gran obra de Marx.

El compendio de *El Capital* ocupó a Cafiero durante el invierno 1877-1878; en el mes de marzo

de 1878 su trabajo estaba concluido. En agosto de 1878, el veredicto del Jurado de la Audiencia de Benevento devolvió la libertad a los sublevados de la «banda del Matése», y en 1879, el opúsculo de Cafiero era publicado en Milán, en la Biblioteca socialista (C. Bignami e C.), de la cual forma el tomo V.

Sabido es que los últimos años de Cafiero fueron un doloroso martirio. Su razón habíase extraviado. Su valerosa mujer, evadida de Siberia en 1883, se trasladó a Italia y le cuidó (1886) con una abnegación que resultó impotente. Sus hermanos, a su vez, le recibieron en la casa paterna, en Barletta (1889), para tratar de curarle; pero hubo que reconocer finalmente que el mal era incurable. He tenido en las manos las cartas que el médico que le asistió desde 1890 hasta el fin escribió a madame Olympia Cafiero-Kouttouzof, vuelta entonces a Rusia, el 4 de julio de 1890, para describirle el estado del pobre enfermo, y el 5 de noviembre de 1892 para referirle sus últimos momentos; resulta de la última carta, que Carlo Cafiero sucumbió a una tuberculosis intestinal. Soportó su triste situación sin proferir nunca una queja. «Siempre que le preguntaba cómo se encontraba —escribe el médico—, me respondía siempre con su tranquila dulzura: *No sufro, doctor.*»

He pensado que el compendio de Cafiero, escrito de manera popular, sin ningún aparato científico, y dando, sin embargo, lo esencial del contenido de *El Capital* (es decir, del volumen aparecido en 1867, el único que ha sido publicado por el propio Marx), podría prestar servicio, traducido al francés, a aquellos lectores que no disponen de tiempo para estudiar el libro y que querían, no obstante, tener una idea de lo que se halla en él. En efecto, Cafiero ha resumido con mucha exactitud y en sencillo estilo, la parte teórica; su lúcido análisis, que no se detiene en las sutilezas, introduce la claridad en la dialéctica oscura y, con frecuencia desagradable, del original. Evitando las abstracciones, se ha consagrado a poner de relieve, como era de esperar por parte suya, el alcance revolucionario de una obra en la cual veía ante todo una admirable arma de guerra y, dando un amplio espacio a la parte histórica, así como a la descripción de las miserias del proletariado de la Gran Bretaña, ha sabido elegir de manera sensata, en el vasto arsenal de hechos en el cual tenía que abreviar, las citas más instructivas y las más sorprendentes. Todo el que haya leído con atención las cien páginas y pico de este pequeño volumen se habrá asimilado lo mejor de las ochocientas páginas del grueso libro alemán.

Cafiero se ha servido de la traducción francesa de J. Roy: ha tomado sus citas de esta traducción y a ella se refieren las indicaciones de páginas puestas en las notas. Al confrontar esta versión con el original alemán, he advertido que con frecuencia el traductor no había cerrado el texto por completo y que también a veces había cometido contrasentidos: por consiguiente, en lugar de transcribir simplemente la versión francesa, la he retocado allí donde esto me ha parecido necesario, es decir, allí donde las diferencias entre la traducción francesa y el original alemán no provenían de las modificaciones que el propio Marx ha hecho, como se sabe, en su texto primitivo con ocasión de la traducción de J. Roy.

**James Guillaume**

Ayuntamiento de Madrid



# Consultorio sociológico de ORTO

**PREGUNTA:** *¿Cómo se apreciará el valor de los bienes en una sociedad comunista libertaria y qué diferencia habrá entre esta apreciación y la de la sociedad actual?*

**RESPUESTA:** En toda forma de sociedad, el valor de los bienes dependerá, por una parte, de las estimaciones de sus productores (*valor de producción*), por otra parte de las estimaciones de los consumidores (*valor de uso*).

En la sociedad actual, predomina el valor de producción en la inmensa mayoría de los artículos de uso diario. Únicamente en las diversas categorías de los artículos de arte y de lujo, así como en los que tienen un valor histórico o presentan un interés personal particular, alcanza netamente la supremacía el valor de uso.

Sin embargo, los productores, imaginando realizar en el *valor de cambio* —combinación de las otras dos formas de valor— y en el *precio de mercado* (su expresión en moneda) un determinado *beneficio*, además de cubrir todos sus gastos, no están, en manera alguna, seguros de poder conseguir el *precio de mercado* que desean.

En una sociedad comunista libertaria, siendo la producción más estrecha y directamente adaptada al consumo, el valor de producción dominará casi exclusivamente en los precios. No tiene importancia alguna el saber si el precio se expresará en oro o bajo la forma de otra medida de valores. Personalmente, estoy convencido de que el oro —sólo o acompañado de otro metal— presenta aún tantas ventajas, comparado con otros bienes que se pudieran tomar como patrón, que se le escogerá siempre con preferencia. Por algún motivo, en el transcurso de largos siglos, el primer metal ha llegado generalmente a ocupar el este sitio como medida de valores.

Sin embargo, lo que es esencial es saber que, no teniendo necesidad la comunidad, en una sociedad comunista libertaria, de producir para realizar ganancias, todos los bienes necesarios para la existencia de los hombres se medirán entre sí, en lo que concierne a su precio, según su valor social de producción, es decir, según los *precios de costo* que les resulten a la sociedad, englobando estos precios el conjunto de los gastos de producción: materias primas y secundarias, trabajo, amortización de construcciones, maquinaria, etc., comprendiendo los gastos de manutención y de transporte.

Naturalmente, en la producción como en la distribución de los bienes, existirá una diferencia fundamental entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista libertaria, en el hecho de que aquéllas serán dirigidas por los productores organizados, que deberán entenderse con los consumidores y averiguar lo más exactamente posible las necesidades del consumo social, si no quieren que el valor de uso comience a establecer diferencias sensibles entre el va-

lor de los diversos bienes y conocer así, ellos también, las crisis económicas, exactamente igual que los capitalistas.

CHRISTIAN CORNELISSEN

**PREGUNTA:** *¿Qué libros me recomienda usted para formarme una cultura social, o mejor dicho, para estudiar a fondo el socialismo y sus variaciones desde su origen hasta nuestros días?*

**RESPUESTA:** Creo que «formarse una cultura social» es lo que precede, pues sobre esta base se puede formar uno su propio socialismo y entonces se leerán con el suficiente conocimiento de causa los libros que exponen el socialismo histórica y teóricamente. ¿Cómo emprender la cultura social? Esto es, según las inclinaciones, las aspiraciones y también según los conocimientos especiales. Unos comienzan por las Ciencias Naturales; otros, por la Historia, la Literatura, el Arte; algunos, por la Ética. En general, *El Hombre y la Tierra*, de Eliseo Reclus, es una magnífica introducción; este es un libro muy extenso, pero cada cual escogerá primero las partes que le interesen más y procederá más tarde a lecturas más ordenadas. *El apoyo mutuo*, de Kropotkin; las *Obras*, de Bakunin; *La incitación al Socialismo*, de Landaner; *Fuerza y materia*, de Bücher; *La Reacción y la Revolución*, y otras obras de Pi y Margall, son otros tantos libros educativos que ayudarán a dar un fondo de conocimientos, educación de sentimientos y amplitud de miras.

**PREGUNTA:** *¿Qué fecha y quiénes fueron los fundadores de la Primera Internacional?*

**RESPUESTA:** He tratado de responder a esta pregunta en un artículo. Pues desde que se deja la leyenda, se encuentra uno, en todo asunto, con una cantidad de hechos y problemas que demuestran la falacia de las soluciones simplistas.

Sin duda, las esperanzas y voluntades socialistas, renaciendo hacia 1860, después de diez años de reacción, y por ejemplo de nuevas insurrecciones en plena Europa (Italia, Polonia) y la crisis económica de aquellos años, crearon una atmósfera de nueva primavera para los pueblos, como en 1848. Pero de ahí llegar a una consolidación práctica de las relaciones entre grupos de trabajadores de diversos países, fué muy difícil y puede decirse que fueron los más inspirados socialmente, los verdaderos socialistas viejos y jóvenes, desde Ambrosio C. Cuddon, en 1862, a Le Lubez, en 1864, los que más han contribuido. Otros acudieron, después, o el 28 de septiembre de 1864, a última hora solamente, fecha y hora de las primeras relaciones de Marx con la Internacional naciente.

M. NETTLAU



# Notas de libros

## Otra novela de Baroja

Acaba de aparecer la tercera y última novela de la serie «La selva oscura», que el gran Pío Baroja ha escrito, cogiendo por base los tres puntos más esenciales de la revolución que se está verificando en España.

Comenzó por las jornadas, tristes y trágicas, del intento de Vera de Bidasoa (*Familia de Errotacho*), siguió con la gloriosa sublevación de Jaca (*El cabo de las tormentas*) y, hoy, nos describe la situación social, prerrevolucionaria del campo de Andalucía (*Los visionarios*). Pío Baroja. (Espasa-Calpe).

Este último libro, donde Baroja —genial siempre— expone más claramente su ideología rabiosamente individualista —anarquista 100 por 100—, tiene un gran atractivo, pues al problema social del campo del Sur todavía no lo había tocado ningún novelista de nervio, de visión humana.

Pío Baroja, con unas pinceladas coloristas, suyas, barojianas, nos presenta el problema en toda su extensión y a grandes rasgos nos describe algunos tipos castizamente andaluces que sirven para completar la visión que él nos quiere dar de Andalucía.

Esta novela, sentida a través de un temperamento fuerte, como es el de Baroja, tiene toda la fuerza necesaria para transmitir a distancia, del escritor al lector, toda la amplitud dramática de los que bajo falsos soles de tópico esperan una redención, próxima y fácil.

## Por Oriente sale el sol

Para todo aquel en cuya sensibilidad sienta los más ligeros movimientos de la inquietud social del mundo, acaba de aparecer un libro (*El despertar de China*). August Wittfogel. Editorial Dédalo, que tiene suma importancia; su autor, persona documentada y que conoce a fondo el problema social del extremo Oriente, hace un estudio de gran profundidad sobre las causas y consecuencias del alzamiento chino contra la burguesía interior y el imperialismo capitalista internacional.

Empieza la obra en el año 1925, cuando «las clases trabajadoras revolucionarias de China, asociadas a los intelectuales revolucionarios», comenzaron la lucha. Estudia después los principales momentos de la insurrección, y termina con unas conclusiones sobre el futuro del Celeste Imperio...

El libro, hecho a base de un método puramente marxista, es un documento amplio para los que se interesan por la historia de la revolución en China, aunque su autor crea que está incompleto, ya que por ser europeo no puede abarcar «con la metódica certeza de objetivo, aquella posibilidad de una orientación inmediata y universal que le capacitaría para aclarar las leyes del movimiento social en China».

## Consecuencias

Aquel espectáculo de luz, sangre y fuego que la burguesía organizó para hacer a su terminación un hábil cambio geográfico que conviniese a sus intereses, tuvo, además de aquellas cifras horribles de muertos y heridos, una consecuencia también numérica y si cabe más trágica: el paro obrero.

Al terminar la guerra —la industria de paz convertida en industria de guerra— y volver, en un intento fracasado, la industria de guerra a querer ser industria de paz, la industria terminó; y, al volver del frente, cansados y deshechos los obreros, iban a descansar una larga temporada...

La guerra antiproletaria e imperialista, consentida y apoyada por falsos partidos de factura social y revolucionaria —traición socialista de 1914—, no se contentó con destrozar en las trincheras a los obreros, sino que les preparó para su regreso un buen recibimiento. Les despidió del frente y de los talleres. La batalla estaba ganada.

La guerra se llevó de las casas hombres jóvenes; a unos los mató y a otros los devolvió transformados en obreros «sin trabajo». A las privaciones del frente, en las ciudades las sucederían días de hambre. Sacrificios de los obreros y Conferencias sobre la Paz.

La industria, tras un esfuerzo sobrehumano, moría; había que levantarla, conquistando nuevamente la energía, la materia e intensificando el trabajo.

Todo el proceso complicado que la burguesía ha seguido para recuperar su fuerza perdida, está estudiado al detalle, al número, en un libro recientemente aparecido (*Capitalismo y socialismo en la postguerra*. Otto Baur. Editorial España), en el cual su autor se propone, y lo consigue perfectamente, presentarnos «las nuevas fuerzas y condiciones de producción, con la aplicación de aquella marcha del desarrollo que hoy está comprendida bajo la palabra racionalización».

El libro, de limpio y amplio objetivo, nos sirve para orientarnos hacia los cuatro puntos cardinales de la economía del mundo que muere y del mundo que nace.

ALVARO ARAUZ

¿A dónde va el siglo? Rusia México-España, por Teófilo Ortega. Editorial Dédalo. Madrid.

Acompañado, esta vez, por Andrés Nin, Angel Pestaña y el ex conde de Romanones, que chalanear sobre el liberalismo de buena ley del autor, sale desde su tronera palentina Teófilo Ortega con un libro que es su «postura y gesto frente a nuestros días». Y he aquí la definición exacta y el justo título del libro. Ojos extáticos —de buho sabio— ante la inquietud y dramatismo del instante que se le ofrece como una «granada de enigmas». ¿Ojos de lince o ceguera? He aquí el problema.

De salida se encapucha —con la anguarina castellana— de unas acertadísimas palabras de Marín Civera, que le impulsan a una fecunda carrera ideológica. Después, el chantillí de un futurismo duhameliano le desvían, aunque las palabras de tan ilustre miope, no le impiden reconocer y proclamar, que el porvenir político se ha de establecer sobre los cimientos de una disciplina absoluta y de una limitación cada vez mayor de la libertad del individuo.

Nuestro siglo, ha parido ya la nueva estructuración del mundo. La vida es antes que la propiedad. Esta es y la misma, la leyenda de la ejecutoria de dos pueblos libres. La vida lo es todo, y sobre ella se



ha de edificar la pedagogía porvenirista de los hombres y de los pueblos.

Ortega mismo reconoce que no es absurdo pensar si acaso se moldeará la propiedad, el trabajo, el derecho individual, fijando allí los ojos.

La misma amplitud temática con que se abre el libro, perdura en la pregunta: ¿A dónde va España?

Nuestro país ha sido reconocido por los mejores clínicos, nuestra vida jacarera ha llenado las antologías del pintoresquismo, y con las lágrimas y los rezos de nuestras mujeres se han creado océanos que han manufacturado celosías de ignorancia y estupidez racial, pero el mayor mal ha sido el de nuestros políticos (demonios), que «han sido antes ángeles», y los archipolitiqueados holgaron perdurablemente apartados de las caravanas del progreso industrial.

«Las batallas actuales son sólo susceptibles de ganarse con la turbina y el martillo, conectado el estudio del ingeniero con el brío realizador del obrero.»

Los españoles, por su decantado renunciamento terrenal —Castilla tiene el orgullo renunciativo y de ¡no importa! de sus camellones retostados y estériles— esperaron de él en victoria, pero, ¡qué! ni la lección de la vida perdurable nos sacará de una colectividad sin planes ni conciertos terrenos.

Teófilo Ortega, dice: «Lo mejor se ha conseguido siempre por los que tienen hambre.» La verdad es que ésta no nos ha faltado nunca. Hemos dispuesto siempre de todas sus gamas.

¡Palentino Ortega, despierte los bríos de la juventud española y vuelva a escribir libros esperanzados donde no se pregunte ¿a dónde vamos?! Hay que señalar el camino, sin dudas, resueltamente y sin sibilismos de buho... que lo aprende todo en los libros.

### Siete domingos rojos, por Ramón J. Sender. Colección Balagué. Barcelona.

Si la novela española hubiera de ser siempre un reflejo —con retraso— de la novela seudonaturalista francesa, o hubiéramos de contentarnos con seguir al estúpido viajero de Morand o a la traviesa Colette, sin adentrarnos nunca en la maraña de la vida y de nuestro tiempo, serían innecesarios los ensayos —los estrenos— de obras que fueran concebidas y escritas al ritmo sanguíneo de nuestra pobre vida —¡pero vida, al fin!— de pobrecitos vividores.

¿Silencio? ¿Resignación cristiana y cigaña soterriña? Frigor de vida, vendaval de pasiones, traqueteo de fraguas y martinetes. Calor y aliento de alto horno, batidores de espumas y de esfuerzos. ¡Quede el silencio para los calveros!

Afirma Sender, «que la única verdad —realidad— que busca a lo largo de su libro, es la verdad humana, que vive detrás de las convulsiones de un sector revolucionario español». Sus hombres no ha tenido nunca cédula personal, y en verdad, no les hace falta que les empadronen, aunque bien pudiera descubrirse su filiación por la creación novelística.

En la copiosa novela de Sender se fragua el barro humano de los agitadores, de los místicos de la rebeldía y de los mártires del esfuerzo inútil y sangriento. Sobre el tejuelo de su anonimato de victimarios, se posan los decálogos de las libertades conseguidas por procedimientos similares, pero cuya sangre se ha borrado con los estropajos del orden y la civilización, lograda a fuerza de cruentos sacrificios heroicos. El fondo de este teatro de la Natura-

leza, agrio y rotundo, silvestre y ciudadano, sin actores de oficio, figurantes de las representaciones de siete días de huelga general revolucionaria, es la explosión vital del desguace de la nave del Estado —ahita de socolladas y hambrientas estadías— que los cuervos de la política y la indiferencia consumen en el abandono de los careneros, hasta los que llegan las olas grandes de las «realidades humanas de un tiempo de transición».

Novela densa, prístinamente social, con la que nos sumamos al movimiento de liberación y despegue de un inconcreto (por no inánime) «reflejo de aspiración» que mueve a los pueblos con el que se podría alcanzar, si se fomentara y desarrollara, el ser «lo que debemos y podemos» (Pavlov) apartando las generaciones archiamigas de sinecuras, trasnochadoras de la «severa y sabia verdad de la vida».

*Pues hasta Dios se enoja  
de oír los falsos rezos.*

### ¡En guardia!, por Máximo Gorki. Ediciones Europa-América. Barcelona.

Galsworthy se inclina ante el pasado con respeto y admiración, y, en cambio, Gorki, que conoce «la crueldad ignominiosa de hombre a hombre», que hace necesaria otra realidad a la que no se está acostumbrado a vivir, repite que lo que oprime y mutila a las gentes es el maldito pasado, que continuará ejerciendo su nefasta influencia hasta que hayamos cambiado las bases mismas de la vida: su economía. Odia al pasado, porque nos hunde en el pantano de una vida fastidiosa y miserable, y contra éste arremete en este libro, hecho con réplicas contra los fuegos fatuos del cementerio de un mundo viejo.

Está compuesto el libro con respuestas a los enemigos y exhortaciones a los amigos, todas en un tono áspero, violento, sin contemplaciones, porque el hombre «que conserva más recuerdos que teniendo mil años» cree porque sabe.

Gorki ha comido cuervo muchas veces y esto crea una textura diferente del que se nutre con palominos. (El palomino conduce a la cordura o a la enajenación.)

¡En guardia! es la obra del combatiente, guía y jefe de la «intelligentsia» proletaria, que edifica los nuevos módulos, a la que alienta y señala el camino, ayudando la obra de una edificación socialista, donde se descartaron las concepciones restrictivas y el individuo se ve conferir el derecho del libre desenvolvimiento de todas sus fuerzas y aptitudes, que le dan la consciencia de una voluntad gigantesca, destructora del individualismo burgués.

Romain Rolland, que firma el prólogo, fustiga (con nosotros) la juventud cobarde que busca su provecho en la domesticidad, al servicio de los «imperialismos» de los Midas con siete reflejos, y de los narcisistas del homosexualismo literario más o menos fascistas, que en los retretes de su cultura sentimental, purgan su sangre debilitada, con calomelanos Hitler, o con carabañas Mussolini.

Pues, para alcanzar una vida grande y bella que impida que se cumpla la sentencia de la Historia, matando la vida, hay que cooperar en la construcción que hace que fructifique la realidad, en el momento de «el último y decisivo combate» de todos los vigorosos pueblos cultos.

MIGUEL ALEJANDRO

Tip. P. Quiles, Grabador Esteve, 19, Valencia



B I B L I O T E C A

# ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.

PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.

PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.

TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.

JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.

SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.

COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin, Bogomólov, Guerchánovich*.—4 pesetas.

1945. EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO (una visión novelesca del porvenir), por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.

LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (el maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll), por *Julio Noguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*.—2 pesetas.

PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el *Dr. Benjamín Tarnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del *Dr. Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados en couché de todos los homosexuales célebres en la Historia.—2 pesetas.

EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 ptas.

## Advertencia a nuestros suscriptores

Todos los suscriptores de ORTO y de CUADERNOS DE CULTURA tienen derecho al beneficio del 30 por 100 en todo pedido de libros de nuestro catálogo.

Lea usted

## EL MARXISMO

(Origen, desarrollo y transformación)

por **MARIN CIVERA**

Precio: 5 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **70.** **La Educación sexual del niño**

Por WILLIAM J. FIELDING

N.º **71.** **Sindicalismo y unidad sindical**

Por ANGELE PESTAÑA

Seguirá: **La Masonería**

Por PEDRO GONZALEZ-BLANCO

---

Acaban de aparecer

**Cómo se curan y cómo se evitan  
las enfermedades venéreas**

por la señorita **HILDEGART**

**La Prostitución, el abolicionismo, el venéreo.**

Ilustrada con grabados.

Precio: 4 pesetas

**El proletariado ante el sexo**

**El derecho al aborto**

por **N. TARASSOW**

**El aborto legal y clandestino. Maternidad libre.**

Precio: 1 peseta

**«El Capital», de Carlos Marx,  
al alcance de todos**

por **CARLO CAFIERO**

Prólogo de **JAMES GUILLAUME**

Precio: 2 pesetas

HAGA SUS PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACION

Ayuntamiento de Madrid